

**Colin Wilson**

**G. I. Gurdjieff**  
**La guerra contra el sueño**

EDICIONES URANO  
Argentina - Colombia - España - México - Venezuela

Título original: *The War Against Sleep: The Philosophy of Gurdjieff*  
Editor original: The Aquarian Press  
Traducción: Juan Faci

Reservados todos los derechos.

© 1984 *by* Colin Wilson  
© 1986 *by* EDICIONES URANO, S. A.  
Enric Granados, 113, pral. 1.<sup>a</sup> - 08008 Barcelona

ISBN: 84-86344-18-2  
Depósito legal: B. 22.716-94

Fotocomposición: Autoedició FD, S. L. - Muntaner, 217 - 08036  
Barcelona  
Impreso por I.G. Puresa, S. A. - Girona, 139 - 08023 Sabadell (Barcelona)

*Printed in Spain*

Para Cyril Tilburn,  
por su inestimable ayuda.

## **Agradecimientos**

Deseo agradecer la amabilidad de la editorial Routledge y Kegan Paul por permitirme introducir citas de las obras de Gurdjieff y Ouspensky. Asimismo, debo agradecer a Turnstone Press Ltd. por haberme autorizado a incluir citas de las obras de John Bennett: *Witness* y *Gurdjieff f: Making a New World*. Debo agradecer también a Victor Gollancz Ltd. por haberme autorizado a incluir citas de la obra de Fritz Peters, *Boyhood with Gurdjieff*.

## Índice

<i>Nota introductoria</i>	6
1. El mago	7
2. Los primeros años	16
3. Moscú y San Petersburgo	26
4. Ouspensky, a la busca de milagros	35
5. El diluvio y la época posterior	46
6. El despertar del coraje	55
7. Nuevas orientaciones	65
8. ¿Gurdjieff contra Ouspensky?	75
<i>Bibliografía</i>	91

## Nota introductoria

Fue en 1951, un año después de que se publicaran *En busca de lo milagroso y Relatos de Belcebú a su nieto*, cuando tuve mi primer contacto con las ideas de Gurdjieff. Inmediatamente me di cuenta de que me hallaba ante uno de los grandes pensadores de este siglo. La primera vez que escribí sobre él fue en 1955, en el capítulo final de *The Outsider*, donde figura (junto con Ramakrishna y T. E. Hulme) como uno de los pocos que han atisbado una solución para la «enfermedad del hombre del siglo XX». Desde aquel momento he escrito sobre la figura de Gurdjieff en varias obras, entre las que destacan *Lo oculto* y *Mysteries*.

Cuando los editores de este libro me sugirieron que escribiera sobre Gurdjieff acogí su ofrecimiento con cierto recelo, pues tendría que repetir muchas cosas que ya había escrito sobre él. Pero, por otra parte, mis opiniones sobre Gurdjieff han ido cambiando a lo largo de los años, y la idea de reunir las entre las dos cubiertas de un libro me pareció un desafío interesante. Así pues, decidí desechar mis dudas, repetirme cuando fuera necesario y escribir el libro. Lo cierto es que al repetirme descubrí toda una serie de significados e implicaciones nuevas en Gurdjieff.

Resultó ésta una interesante lección sobre la diferencia entre «comprender» y simplemente «conocer», distinción que es fundamental en el pensamiento de este autor.

Por ello, no me excusaré ante quienes ya han leído otros escritos míos sobre Gurdjieff. Sin duda, sus ideas admitirán la repetición.

Uno

## El mago

En una radiante mañana de verano de 1917, una atractiva rusa de unos treinta años se hallaba sentada en el café Phillipov, en la Nevsky Prospekt de San Petersburgo, esperando la llegada de su amigo Peter Demianovitch Ouspensky. Cosa inhabitual en él, Ouspensky se retrasaba. Cuando finalmente llegó con aire apresurado, se hallaba en un estado de excitación poco usual en él. Sus primeras palabras fueron: «Creo que esta vez hemos encontrado lo que necesitábamos». A continuación, le contó que en Moscú, en 1915, había conocido a un notable profesor que hablaba con gran conocimiento y autoridad de los problemas fundamentales de la existencia humana. Su nombre era George Ivanovitch Gurdjieff. Añadió que Gurdjieff había llegado a San Petersburgo, y en ese momento les esperaba en otro establecimiento Phillipov, al otro lado de la calle. He aquí las palabras de la mujer, Anna Butkosvsky:

Cuando entré en el otro café Phillipov vi a un hombre sentado en una mesa situada en un rincón. Vestía un abrigo negro ordinario y el alto gorro de astracán que llevan los rusos en invierno. Sus rasgos finos y viriles y su mirada, que parecía atravesarte (aunque no de una manera desagradable) denotaban su ascendencia griega. De cabeza ovalada y tez olivácea, tenía ojos oscuros y su bigote era negro. De apariencia tranquila y relajada, hablaba sin gesticular. Estar sentado a su lado resultaba muy agradable. Aunque no era su lengua nativa, hablaba el ruso con fluidez, de forma diferente a como lo hacemos nosotros, más exacta y muy pintoresca. En ocasiones hablaba con una voz «perezosa», formando cada frase con sumo cuidado para adecuarlas al momento concreto, evitando las frases hechas que se utilizan normalmente en la conversación, desprovistas de poder creativo y de individualidad. Uno comprendía inmediatamente que tenía un don para asociar palabras de manera expresiva. Allí estaba yo sentada, pensando que me hallaba por fin en presencia de un gurú.

Gurdjieff causaba la misma impresión a todo aquel que le conocía. Tenemos tal vez una docena de relatos en los que sus alumnos describen su primer encuentro con él. Casi sin excepción, mencionan esa «mirada que te atravesaba». Un joven oficial llamado Thomas de Hartmann conoció a Gurdjieff en esa misma época. Mientras se acercaban hacia él dos hombres de bigotes negros y vestidos con abrigo oscuro, se preguntaba quién de los dos era Gurdjieff «pero mi incertidumbre se disipó al instante, al ver los ojos de uno de ellos.» J. G. Bennett, que conoció a Gurdjieff en Constantinopla en 1920, escribió: «Vi ante mí los

ojos más extraños que haya visto nunca. Eran tan diferentes entre sí que me pregunté si la luz no me había jugado una mala pasada». Todas estas impresiones diversas pueden quedar resumidas en las palabras que escribió la esposa del físico Kenneth Walker cuando conoció a Gurdjieff en París, en 1948: «La impresión fundamental que produjo en mí fue de un inmenso vigor y fuerza concentrada. Tuve la sensación de que no era realmente un hombre, sino un mago».

En efecto, Gurdjieff era una especie de mago. No cabe duda de que poseía poderes mágicos o psíquicos, pero aparentemente no les concedía importancia. La preocupación fundamental de Gurdjieff eran las *potencialidades* de los seres humanos, o, más específicamente, de la conciencia humana. Ouspensky lo expresó claramente en un breve libro titulado *La psicología de la evolución posible del hombre*, en el que afirma que la psicología corriente se preocupa por el hombre tal como existe realmente. Pero hay otro tipo de psicología que estudia al hombre «no desde el punto de vista de lo que es, o de lo que parece ser, sino desde el punto de vista de lo que puede llegar a ser; es decir, de su evolución posible».

Expresada de este modo, la idea parece vaga y general. Pero el enfoque de Gurdjieff era preciso y particular. En los escritos de sus discípulos encontramos numerosos relatos sobre la forma en que actuaban sus notables poderes. Fritz Peters, un norteamericano que conoció a Gurdjieff desde la niñez, nos ha dejado una descripción de lo que ocurrió cuando le visitó en París, inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial. Sus experiencias de guerra habían llevado a Peters al borde de una crisis nerviosa. En cuanto le vio, Gurdjieff comprendió que estaba enfermo.

Cuando llegamos a su apartamento, me condujo a través de un largo vestíbulo hasta una habitación en penumbra, me señaló la cama, me indicó que me acostara y dijo: «Ésta es tu habitación durante todo el tiempo que la necesites». Me tumbé sobre la cama y él salió del cuarto sin cerrar la puerta. Al verle, había sentido un enorme alivio y una emoción tan intensa que comencé a llorar desconsoladamente y empecé a sentir un martilleo en la cabeza. No podía dormir y por ello me levanté y fui a la cocina, donde le encontré sentado a la mesa. Se alarmó al verme y me preguntó qué me sucedía. Le dije que necesitaba una aspirina o alguna otra medicina para el dolor de cabeza, pero él hizo un gesto negativo, se levantó y señaló la otra silla que se hallaba junto a la mesa. «No te daré ninguna medicina-dijo en tono firme-. Te prepararé un café que beberás todo lo caliente que puedas». Me senté a la mesa mientras él preparaba el café. Me lo sirvió y caminó por la pequeña habitación hasta detenerse ante el frigorífico. Allí permaneció observándome. Yo no podía apartar los ojos de él y me di cuenta de que parecía muy cansado. Nunca había visto a nadie con aspecto tan fatigado. Recuerdo que me desplomé sobre la mesa mientras bebía el café y que en seguida comencé a sentir una extraña carga de energía en mi interior. Me enderecé de inmediato y le miré fijamente y fue como si una violenta luz eléctrica emanara de él y penetrara dentro de mí. Mientras ocurría eso, sentí que desaparecía mi cansancio, pero al mismo tiempo su cuerpo se desplomó y su rostro adquirió un tono grisáceo, como si la vida escapara de él. Le miré atónito, y cuando vio que yo estaba sentado erguido, sonriente y lleno de energía, dijo rápidamente: «Ahora estás bien. Vigila la comida

que está en el fuego. Tengo que marcharme». Había un tono de urgencia en su voz y yo me levanté rápidamente para ayudarlo, pero me detuvo con un movimiento de la mano y salió lentamente de la habitación.

A1 parecer, Gurdjieff, de alguna manera, había *vertido* energía vital en Peters mediante algún proceso psíquico, o bien había estimulado la fuente de vitalidad en el propio Peters. Sea como fuere, eso había dejado exangüe a Gurdjieff. Peters afirma: «Estaba seguro... de que sabía transmitir energía hacia los demás; también tuve la certeza de que eso suponía un gran desgaste para él».

Lo que ocurrió después es también muy significativo.

Durante los minutos siguientes se hizo evidente que sabía renovar su energía rápidamente, pues cuando regresó a la cocina observé sorprendido el cambio que se había producido en él. Parecía de nuevo un hombre joven, alerta, sonriente, astuto y lleno de buen humor. Dijo que había sido un encuentro afortunado, que si bien le había obligado a hacer un esfuerzo casi imposible, había resultado -como yo había presenciado- muy positivo para ambos.

Las palabras de Gurdjieff tienen una gran importancia. Cuando Peters llegó al apartamento, él tenía aspecto cansado («nunca había visto a nadie con aspecto tan fatigado»). Hizo un esfuerzo que le agotó aún más, al transmitir vitalidad a Peters. Y luego, al cabo de quince minutos se encontró totalmente fresco y renovado. La cuestión parece clara. El propio Gurdjieff había olvidado que tenía el poder de renovar su energía, hasta que el agotamiento de Fritz Peters le obligó a realizar un enorme esfuerzo. Antes de que apareciera Peters, Gurdjieff había considerado su fatiga como algo inevitable. A1 verter energía en Peters recordó que tenía poder para obtener de alguna forma energía vital. Ésa es la razón por la que le dijo a Peters que su encuentro había sido afortunado para ambos.

Esta historia nos permite comprender por qué la esposa de Kenneth Walker pensaba que Gurdjieff era un mago. También pone de relieve que sus poderes «mágicos» no eran del tipo de los que normalmente asociamos con «ocultistas» o magos famosos como Madame Blavatsky o Aleister Crowley. Según algunas historias, Madame Blavatsky hacía que resonaran golpes por toda la habitación, y Crowley lograba que algunas personas caminaran a cuatro patas y aullaran como perros, pero en ningún caso se ha mencionado que consiguieran producir en alguien un efecto tonificante de estas características. Ni siquiera hay que pensar que Gurdjieff revitalizó a Peters mediante alguna forma de transferencia telepática de energía; probablemente, un psicólogo afirmarí que lo hizo mediante alguna forma de sugestión.

Por lo que respecta al poder de Gurdjieff para renovar su propia energía, los psicólogos del siglo XIX habían comprendido su esencia, varios decenios antes de la época de Freud y Jung. William James se refiere a este aspecto en un importante estudio titulado «The Energies of Man».

A todos nos resulta familiar la sensación de estar más o menos vivos según los días. Sabemos que existen energías latentes en el individuo, que las emociones de ese día no

consiguen despertar pero que podrían aparecer en primer plano si éstas fueran más intensas. Muchos nos sentimos como si una especie de nube se cerniera sobre nosotros, impidiéndonos desplegar nuestra mayor claridad de discernimiento, seguridad en el razonamiento y firmeza en las decisiones. En realidad, estamos sólo parcialmente despiertos. Nuestra pólvora está mojada. Solamente utilizamos una pequeña parte de los recursos mentales y físicos posibles. En algunas personas esta sensación de sentirse desprovisto de sus propios recursos es extrema, y en tales casos se producen las temibles enfermedades neurasténicas y psicoasténicas que describen los libros de medicina, en las que la vida aparece encerrada en un tejido de imposibilidades.

En general, pues, el hombre vive muy alejado de sus límites; en tanto posee diversos poderes que habitualmente no utiliza. La energía de la que hace uso queda por debajo de su *maximum* y se comporta también por debajo de su *optimum*. Tanto en las facultades elementales, como en la coordinación, en el poder de inhibición y control, en todo lo que podamos pensar, su vida queda reducida como el campo de visión de un individuo histérico, pero con menos excusa, pues el pobre histérico es un individuo enfermo, mientras que en el resto se trata tan sólo de un *hábito* inveterado y negativo: el hábito de inferioridad respecto a nuestro yo total.

James cita el conocido fenómeno de la fatiga / recuperación como ejemplo de ese poder de utilizar las reservas vitales. Al hacer algún trabajo, afirma, solemos detenernos cuando nos sentimos cansados, cuando nos encontramos ante las primeras manifestaciones de fatiga. Si nos obligamos a continuar, ocurre algo sorprendente. La fatiga se hace más intensa, hasta llegar a un punto en que de pronto desaparece y nos sentimos mejor que antes. James dice que uno de los métodos habituales de tratamiento de los pacientes «neurasténicos» en el siglo XIX consistía en forzarles a realizar un esfuerzo más intenso de lo normal. «Primero se llega al agotamiento extremo pero luego se produce un alivio inesperado». Y añade: «Vivimos obligados a detenernos por diversos grados de fatiga a los que el hábito nos hace obedecer».

James define con esta frase la esencia de la obra de Gurdjieff. Es cierto que las ideas de Gurdjieff cubren una gran variedad de campos: la psicología, la filosofía, la cosmología e incluso la alquimia. Pero la idea central de su obra es el concepto de que poseemos poderes más amplios de lo que pensamos y de que nuestras limitaciones aparentes son consecuencia de una forma peculiar de pereza, una pereza que se ha hecho tan habitual que ha llegado a convertirse en un mecanismo.

¿Cómo podemos controlar o desactivar ese mecanismo? En su estudio de las reservas vitales, William James señala que recurrimos a esos poderes más profundos cuando nos vemos estimulados por una crisis o por un agudo sentido de urgencia, por una finalidad. Menciona el caso del coronel Baird-Smith, encargado de la defensa de Delhi durante las seis semanas en que la capital fue asediada por un motín de nativos en 1857. Su boca y su cuerpo estaban cubiertos de llagas; uno de sus tobillos estaba amoratado y ulcerado, y la diarrea había debilitado su cuerpo hasta convertirle en una sombra. Incapaz de comer, se mantenía prácticamente a base de coñac. Sin embargo, eso no parecía afectarle. La crisis -la necesidad de proteger las vidas de las mujeres y los niños- le mantuvo en tal estado de determinación que le hizo permanecer alerta y lleno de energía durante todo el asedio. Sin duda, hizo lo mismo que

Gurdjieff cuando dejó a Fritz Peters sentado en la cocina: buceó en su interior y encontró sus reservas vitales.

De hecho, este método de buscar deliberadamente un estímulo, una emoción, incluso una crisis, es uno de los sistemas preferidos por el hombre para escapar al sentimiento de que «una nube se cierne sobre nosotros». Por ejemplo, el ama de casa que se siente deprimida sale a la calle y se compra un sombrero. El hombre que está aburrido se emborracha, y el adolescente descontento roba un coche o descarga su rabia en un partido de fútbol. En general, cuanto mayor es la potencialidad de realización de una persona, con más fuerza trata de oponerse a ese sentimiento de sentirse «apartado de sus recursos». El capitán Shotover, en la obra de Shaw, le dice a Ellie Dunne: «A tu edad perseguía la dureza, el peligro, el horror y la muerte para poder sentir la vida dentro de mí con mayor intensidad». No es otra la motivación que llevó a Ernest Hemingway, por ejemplo, a utilizar gran parte de su tiempo cazando, toreando y trabajando como corresponsal de guerra.

Este deseo de romper las ataduras de su propia pereza puede conducir al hombre a actuar incluso en contra de su interés. Van Gogh renunció a un cómodo trabajo como comerciante de obras de arte para ir a predicar a los mineros belgas. Lawrence de Arabia rechazó diversos nombramientos de su gobierno para convertirse en un piloto más de la R.A.F. El filósofo Wittgenstein renunció a una fortuna heredada para ser un maestro de escuela mal pagado. A todos estos individuos les guiaba la necesidad de huir del sentimiento de estancamiento. Su objetivo era escapar a la «neurosis del hábito», el «hábito de inferioridad con respecto a nuestro yo total».

Ahora bien, sin duda es un tanto absurdo buscar deliberadamente el peligro o la incomodidad, ya que, por otra parte, pasamos tanto tiempo de nuestras vidas intentando evitarlos. *Deben* existir otras formas de alcanzar nuestras reservas vitales que no impliquen arriesgar nuestra vida o dormir en una cama de clavos. Por ejemplo, es claro que no es la crisis en sí misma lo que crea el fluido de energía vital, sino la respuesta ante esa crisis. Es como si una voz interior diera una *orden* que hace que algo dentro de nosotros se ponga en situación de alerta. La respuesta del coronel Baird-Smith ante el motín fue la de ordenarse a sí mismo continuar, ignorar el dolor y el hambre hasta que la crisis estuviera controlada. El motín sólo le hizo tomar conciencia de la gravedad de la situación, a la cual respondieron sus «reservas vitales». Y si un hombre puede generar ese sentido de la urgencia, de la necesidad de esfuerzo, debe ser capaz de hacer acopio de energías sin la necesidad de que se produzca un motín.

¿Cómo conseguirlo? Según Gurdjieff, la respuesta tiene dos partes. En primer lugar, el hombre debe comprometerse totalmente en la tarea de superar sus limitaciones normales. Se requiere la dedicación que llevó a algunos santos a permanecer en lo alto de una columna. En segundo lugar, debe comprender el funcionamiento de esa complicada computadora que alberga el espíritu humano. (Gurdjieff murió antes de la época de las computadoras, por lo cual utilizó la palabra «máquina»; sin duda habría considerado que el término «computadora» era más conveniente y preciso.) «Comprender la máquina». Este

cuerpo es una computadora y también lo es este cerebro. Como todas las computadoras, pueden ofrecer muchas más respuestas de las que solicitamos. Pero sólo obtendremos respuestas más completas cuando las comprendamos perfectamente.

El método de Gurdjieff para conseguir el primero de esos objetivos consistía simplemente en exigir un nivel de dedicación muy por encima de lo habitual. Cuando Fritz Peters, que a la sazón contaba once años, le dijo que quería «saberlo todo respecto al hombre», Gurdjieff le preguntó con tono insistente: «¿Me prometes hacer algo por mí?» Peters respondió afirmativamente y entonces Gurdjieff señaló con la mano los extensos prados del Chateau du Prieuré y le dijo que debía cortar el césped una vez a la semana.

«Golpeó la mesa con el puño por segunda vez. "Debes prometerlo por tu dios". Hablaba con un tono de gran seriedad. "Debes prometerme que lo harás pase lo que pase... Debes prometerme que lo harás pase lo que pase, no importa quién trate de impedírtelo".» Y Peters añade: «Habría muerto en el intento de haber sido necesario». De hecho, Gurdjieff le hizo trabajar cada vez con más intensidad hasta el punto de que podía cortar el césped de todos los prados en cuatro días.

El principio subyacente aquí es similar al del entrenamiento de un comando: se obliga al recluta a superar obstáculos cada vez más difíciles hasta que es capaz de comer alambre de espino para el desayuno. Ésta era la base del método de Gurdjieff. Pero no se trataba simplemente de desarrollar la fuerza y la atención. El trabajo duro puede llegar a convertirse en un simple hábito como cualquier otro. El objetivo de Gurdjieff era también persuadir a sus discípulos de que *no* adquirieran hábitos. El hábito aparece cuando se hace algo mecánicamente, con la mente «en otra parte». Los discípulos de Gurdjieff tenían que trabajar duro, pero era importante que se mantuvieran en un estado de intensa conciencia.

En una etapa temprana de su vida, que en el próximo capítulo consideraremos con mayor atención, Gurdjieff se familiarizó con algunas danzas orientales que exigían una extraordinaria complejidad de movimientos. Quien haya intentado darse palmadas en la cabeza con una mano mientras se frota el estómago con la otra sabrá cuán difícil resulta. Gurdjieff ideó una serie de danzas en las que el alumno tenía que hacer algo no sólo con ambas manos sino también con los pies y la cabeza. Estas danzas se convirtieron en una parte esencial del entrenamiento para el «trabajo». Su objetivo era ampliar y extender las posibilidades del cuerpo, lo que Gurdjieff llamaba «el centro de movimiento». Es cierto que estas danzas (o «movimientos») podían llegar a ser habituales. Pero en determinadas circunstancias resultaban de una eficacia sorprendente para alcanzar nuevos modos de conciencia. Uno de los ejemplos más notables lo hallaremos en la autobiografía de J. G. Bennett, *Witness*, donde se describen las experiencias de Bennett con Gurdjieff en Fontainebleau (el Prieuré) en 1923.

Bennett padecía una disentería, que había contraído en Oriente.

Cada mañana me resultaba más difícil levantarme de la cama y mi cuerpo sufría por efecto del duro trabajo bajo el calor del sol. La diarrea constante me debilitaba, pero de alguna manera conseguía salir adelante.

Finalmente, llegó un día en que no podía estar de pie. Temblaba por efecto de la fiebre y me sentía muy desgraciado ante la idea de que había fracasado. Justo en el momento en que me decía a mí mismo: «hoy me quedaré en cama», sentí que mi cuerpo reaccionaba. Me vestí y fui a trabajar como de costumbre, pero esta vez con el sentimiento inequívoco de que me sostenía una voluntad superior distinta de la mía.

Trabajamos, como siempre, toda la mañana. Aquel día no pude comer, y permanecí tumbado en el suelo preguntándome si iba a morir. Gurdjieff acababa de introducir una sesión vespertina de ejercicios al aire libre en el bosque de tilos. Cuando los discípulos se reunieron bajo los árboles, me uní a ellos.

Comenzamos con un ejercicio nuevo de increíble complejidad que ni siquiera los más experimentados alumnos rusos conseguían realizar. La estructura de los ejercicios había sido dibujada en la pizarra con símbolos, y la cabeza, los pies, los brazos y el torso tenían que seguir secuencias independientes. Era una tortura para todos nosotros.

Pronto perdí conciencia de todo excepto de la música y' de mi propia debilidad. No dejaba de decirme a mí mismo: «En el próximo cambio me detendré...». Uno tras otro, todos los alumnos ingleses fueron abandonando, así como la mayor parte de las mujeres rusas...

Gurdjieff permanecía de pie mirando con gran atención. El tiempo perdió la dimensión del antes y el después. No existía pasado ni futuro, sólo la agonía presente de mantener mi cuerpo en movimiento. Poco a poco me di cuenta de que Gurdjieff centraba toda su atención en mí. Había una petición sin palabras que era al mismo tiempo un estímulo y una promesa. No debía abandonar, aunque eso pudiera matarme.

De pronto, me sentí lleno de un inmenso poder. Mi cuerpo parecía haberse convertido en luz. No sentía su presencia en la forma habitual. No existía esfuerzo, dolor, cansancio, y parecía no pesar en absoluto... Nunca me había sentido tan bien. Era diferente del éxtasis de la unión sexual, pues me sentía totalmente liberado del cuerpo. Era la exultación en la fe que puede mover montañas.

Todos habían entrado en la casa para cenar, pero yo me dirigí en la dirección opuesta hacia el jardín de la cocina, donde tomé una azada y comencé a cavar. El ejercicio de cavar la tierra nos permite comprobar nuestra capacidad para el esfuerzo físico. Un hombre fuerte puede cavar muy de prisa durante un corto período de tiempo, o a un ritmo más lento durante largo tiempo, pero nadie puede obligar a su cuerpo a cavar de prisa durante un período prolongado, aunque posea una gran preparación. Sentí la necesidad de poner a prueba el poder que había penetrado en mí y estuve cavando bajo el terrible calor de la tarde durante más de una hora y a un ritmo que habitualmente no podía aguantar durante más de dos minutos. Mi cuerpo débil, rebelde y sufriente era ahora fuerte y obediente. La diarrea había cesado y no sentía ya los intensos dolores abdominales que me habían acompañado durante tantos días. Además, tenía una claridad de pensamiento que sólo había experimentado de forma involuntaria y en muy raras ocasiones... La frase «en el ojo de mi mente» adquirió un nuevo significado cuando «vi» el modelo eterno de cada cosa que miraba, los árboles, el agua que fluía en el canal e incluso la azada y finalmente mi propio cuerpo... Recuerdo haber dicho en voz alta: «ahora veo por qué Dios se esconde de nosotros». Pero ni siquiera ahora puedo recordar la intuición que originó esa exclamación.

Bennett fue a pasear por el bosque y se encontró con (Gurdjieff, que empezó a hablar sobre la necesidad que tiene el hombre de «una energía emocional superior» si quiere transformarse a sí mismo. Y siguió diciendo: «En el mundo hay algunas personas, muy pocas, que están conectadas a un Gran Depósito o Acumulador de esta energía... Aquellos que pueden utilizarla pueden ayudar a otros». Claramente Gurdjieff estaba sugiriendo que él era una de esas personas y que había proporcionado a Bennett la energía necesaria

para su experiencia mística. Y añadió: «Hoy has tenido un atisbo de lo que puedes alcanzar. Hasta ahora sólo habías conocido estas cosas de forma teórica, pero ahora has tenido una experiencia».

Bennett siguió caminando hacia el bosque; aún tenía que vivir la parte más importante de su experiencia.

Me vino a la mente una conferencia de Ouspensky. Habló de los estrechos límites dentro de los cuales podemos controlar nuestras funciones y añadió: «Es fácil comprobar que no tenemos control de nuestras emociones. Algunos imaginan que pueden estar alegres o enfadados a voluntad, pero cualquiera puede comprobar que no puede sentirse atónito cuando lo desea». Al recordar esas palabras me dije: «Me sentiré atónito». Al instante me sentí abrumado por el asombro, no sólo ante mi propio estado sino ante todo lo que veía o pensaba. Cada árbol era hasta tal punto único que sentí que podía caminar por el bosque durante toda la vida sin dejar de asombrarme. Entonces me asaltó el pensamiento del «miedo». En seguida me vi temblando de terror. Horrores sin nombre me amenazaban desde todas partes. Pensé en la «alegría» y sentí que mi corazón estallaría por efecto del éxtasis. Vino a mi mente la palabra «amor» y me sentí invadido por sentimientos tan maravillosos de ternura y compasión que me di cuenta de que no tenía la más remota idea de la profundidad y el alcance del amor. El amor estaba en todas partes y en todo. Era infinitamente adaptable a toda sombra de necesidad. Pasado un tiempo, resultó excesivo para mí; me pareció que si me sumergía más profundamente en el misterio del amor, dejaría de existir. Quería verme libre de ese poder de ser capaz de sentir lo que deseara y al instante me abandonó.

Sin duda, Bennett atribuía gran importancia a las observaciones de Gurdjieff sobre el «Gran Depósito o Acumulador». Pero para aquel que intenta comprender la esencia de las ideas de Gurdjieff, esto es menos importante que el simple hecho de que Bennett alcanzara un control tan absoluto sobre sus emociones. En efecto, *éste* es el problema humano fundamental: casi permanentemente somos víctimas de nuestras emociones; nos vemos siempre impulsados de aquí para allá en una especie de montaña rusa interior. Poseemos un cierto control sobre ellas; *podemos* «dirigir nuestros pensamientos» -o sentimientos- para intensificarlas. Ciertamente, la imaginación es la característica humana más destacable. Los animales necesitan un estímulo físico para desencadenar su experiencia. El hombre puede concentrarse en un libro -o en una fantasía- y vivir determinadas experiencias con independencia total del mundo físico. Por ejemplo, puede imaginar incluso una relación sexual y no sólo experimentar las respuestas físicas adecuadas sino incluso el clímax sexual. Esa curiosa capacidad queda mucho más allá del poder de cualquier animal.

Sin embargo, nuestra experiencia de la imaginación nos lleva a la certeza de que ésta es limitada y que por su misma naturaleza no puede ser sino una pálida copia de la experiencia «real». Las consecuencias de esta presunción inconsciente son mucho más importantes de lo que podemos pensar. Significa que asumimos que el mundo de la mente es muy inferior al mundo de la realidad física, que es una especie de fraude, de ficción. Así pues, cuando nos vemos enfrentados a una emoción dolorosa o a algún problema físico, nuestra tendencia natural es retirarnos y rendirnos. Tendemos a detenernos, no sólo como consecuencia de los diversos grados de fatiga a los

que obedecemos llevados por el hábito, sino por diversos grados de autocompasión y aburrimiento. La experiencia de Bennett parece indicar que si hiciéramos un esfuerzo podríamos alcanzar un cierto control sobre nuestros sentimientos, control que en este momento nos parece milagroso. El novelista Proust experimentó durante algunos segundos una intensa conciencia de la realidad de su propio pasado -lo describe en *El camino de Swann*- y pasó el resto de su vida intentando redescubrir ese curioso poder. Ahora bien, esa vislumbre sería una simple consecuencia del tipo de control que experimentó Bennett. Conocer esto de forma consciente, comprender que no está en nuestra naturaleza alcanzar el punto de ruptura de forma tan rápida y fácil alteraría, sin duda, la concepción del hombre de su vida y sus problemas.

El objetivo fundamental de Gurdjieff no fue otro que el de producir tal alteración en la conciencia humana.

## Dos

### Los primeros años

¿Quién era ese hombre cuya apariencia de concentrado poder impresionó a tantos de sus contemporáneos?

Uno de los primeros relatos sobre la vida de Gurdjieff fue publicado en un libro de J. G. Bennett, *What Are We Living For?*, que apareció en 1949, el año de la muerte de Gurdjieff. Bennett afirma: «Quienes se interesan por estos temas saben desde hace muchos años que vino a Occidente un notable maestro en la persona de un hombre de quien se decía que había conseguido acceder a fuentes de conocimiento inalcanzables hasta ahora para cualquier otro occidental. Y continúa:

Gurdjieff ha cumplido ochenta y tres años... Nació en el Cáucaso, en el seno de una vieja familia griega que emigró hace más de cien años desde una de las antiguas colonias griegas del Asia Menor. Desde su primera infancia tuvo la oportunidad de conocer a una serie de hombres notables, cuyo contacto le sirvió para convencerse de que en la visión del hombre y del mundo vigente en la literatura y en la ciencia europeas que él había estudiado faltaba algo de vital importancia.

De hecho, Gurdjieff no tenía ni mucho menos ochenta y tres años cuando murió. En su pasaporte figuraba como fecha de nacimiento el 28 de diciembre de 1877; si esto es cierto, murió poco antes de cumplir los setenta y dos años. En *The Occult* acepto como más probable el año 1873. La fecha tiene una cierta importancia respecto a la nacionalidad de Gurdjieff. Si nació en 1873, era ciudadano turco, y si ello ocurrió en 1877, entonces era ruso, pues la localidad donde nació, Gumru, cayó en manos de los rusos durante la guerra ruso-turca de 1877. Ese lugar fue rebautizado con el nombre de Alexandropol, en memoria del padre del zar.

El padre de Gurdjieff era griego y su madre armenia. Hacia 1878, la familia se trasladó a la cercana ciudad de Kars, que había sido capturada por los rusos en 1877, siendo exterminados muchos de los habitantes turcos. Tras la incorporación de Kars a Rusia, muchos miles de turcos emigraron, y su lugar fue ocupado por ciudadanos rusos. Es importante comprender que Gurdjieff nació en el seno de un crisol étnico, es decir en una cultura insegura y todavía no asentada. Estas condiciones pueden crear un sentido de desarraigo e inseguridad, y pueden estimular también la voluntad de sobrevivir. Éste fue el caso de Gurdjieff.

Su padre era carpintero de profesión y «bardo» o cuentista profesional de vocación. Desde muy joven, Gurdjieff sintió que le ligaba una fuerte relación con el pasado. Su padre recitaba fragmentos de la *Epopéya de Gilgamesh*. Un día, Gurdjieff leyó en una revista que unos arqueólogos habían descubierto antiguas tablas de la *Epopéya* en Babilonia y menciona haber experimentado «una emoción interna tan intensa que era como si mi futuro dependiera de todo ello». Se sintió muy impresionado al ver que los versos de la epopeya reproducidos en la revista eran casi idénticos a los que su padre recitaba, pese

a que habían pasado oralmente de generación en generación durante miles de años. Lo importante aquí es la consecuencia de que, siendo esto así, podrían haber sobrevivido de igual manera otras formas de sabiduría antigua.

Como a la mayor parte de los niños, a Gurdjieff le fascinaba el mundo de lo «oculto» y paranormal, pero a diferencia de lo que ocurre con casi todos ellos, tuvo una cierta experiencia directa en este campo. En la casa de su tutor, el padre Bogachevsky, Gurdjieff asistió a una sesión de espiritismo, en el curso de la cual la mesa daba respuesta a diversas preguntas con golpecitos de una de sus patas. Gurdjieff se hallaba muy deprimido como consecuencia de la muerte de su hermana, a la que tenía en gran estima, y pasó toda la noche despierto, preguntándose sobre el problema de la vida después de la muerte. Cuando preguntó sobre estos asuntos a su primer maestro, el padre Borsch, éste afirmó que no eran más que tonterías. Gurdjieff comenzó entonces a dudar de la palabra de un hombre a quien hasta entonces había considerado como la encarnación de la sabiduría. Alguien le dejó libros que hablaban de estos temas, pero no encontró en ellos una respuesta satisfactoria.

También se sintió muy intrigado cuando una adivina de pocas luces le dijo a su tía que a su sobrino le aparecería una llaga en el costado derecho y que sufriría un accidente con un arma de fuego. En realidad, hacía ya algún tiempo que le molestaba la llaga pero no se lo había dicho a nadie. Una semana después, un día que estaba cazando patos, Gurdjieff recibió un disparo en una pierna. Esto le llevó a consultar personalmente a la adivina, quien se sentó en medio de dos velas encendidas y miró fijamente durante largo rato la uña de su dedo pulgar, en donde vio «imágenes». Esas nuevas profecías también se cumplieron, aunque Gurdjieff no nos dice cuáles fueron.

En 1888, Gurdjieff oyó un día a un niño que gritaba. Vio que un grupo de chicos había trazado un círculo en torno a un niño yazidí (los yazidíes eran una secta religiosa, a cuyos miembros se les consideraba adoradores del diablo) y éste no podía salir del círculo. El muchacho pudo escapar en cuanto Gurdjieff borró una parte del círculo. Gurdjieff se sintió realmente fascinado y comenzó a preguntar a unos y a otros sobre el posible significado de ese fenómeno. Un hombre le dijo que los niños se habían reído de él y otro que se trataba simplemente de una forma de histeria. Años después, Gurdjieff ensayó el experimento con una mujer yazidí; trazó un círculo en torno a ella y la mujer fue incapaz de salir de él. Gurdjieff tuvo que recurrir a un hombre fuerte para arrastrarla fuera del círculo. Confirmó también que cuando se saca a un yazidí fuera del círculo, cae en un estado de catalepsia, que desaparece cuando se le sitúa de nuevo en su interior. Si no se actúa así, afirma Gurdjieff, ese estado se supera por sí solo transcurridas 13 o 21 horas.

Una mañana, Gurdjieff vio a un grupo de mujeres que hablaban animadamente. Le dijeron que un joven que había sido enterrado el día anterior -bajo una ligera capa de tierra, según la costumbre tártara- había intentado caminar hasta su casa por la noche. Alguien le había visto y había dado la voz de alarma. Los vecinos habían cortado el cuello del cadáver y lo habían vuelto a llevar al cementerio. (Las historias de vampiros son habituales en esa parte del mundo.) Una vez más, Gurdjieff preguntó a todos sus

conocidos sobre el significado de ese suceso.

En una ocasión en que acompañaba a un grupo de peregrinos de Alexandropol a la tumba de un santo en el monte Djadjur, Gurdjieff vio a un paralítico que se arrastraba hasta la tumba del santo y que luego se alejaba caminando por su propio pie después de haber sido curado. Se sintió fascinado también cuando en el curso de una larga sequía, un sacerdote de Antioquia apareció con un icono hacedor de milagros y elevó sus plegarias para conseguir la lluvia. Cuando la procesión regresaba hacia la aldea, se formaron nubes y comenzó a llover.

En la casa contigua a la de Gurdjieff, una joven casada estaba a punto de morir por efecto de una «tisis galopante». Una mañana, poco después de que el doctor le hubiera dicho a Gurdjieff que la mujer no tardaría en morir, apareció la suegra de ésta solicitando que le dejaran recoger escaramujos del jardín. Se le había aparecido la Virgen en un sueño diciéndole que hirviera escaramujos en la leche y que se los administrara a la moribunda. El doctor rió, pero a la mañana siguiente, Gurdjieff vio a la mujer «moribunda» que salía de la iglesia; una semana después estaba totalmente recuperada. El doctor afirmó que se trataba de una simple coincidencia.

Parece pues, que durante su infancia y adolescencia, Gurdjieff vivió un número mayor de acontecimientos extraños de lo que podría parecer normal, como si el destino intentara desarrollar su activa inteligencia en una dirección determinada. Su familia quería que fuera sacerdote. Su primer «tutor», el padre Borsch, decano de la escuela militar de Kars (y, de hecho, «obispo» de toda la región), insistía en que los sacerdotes debían poseer también ciertos conocimientos de medicina, puesto que en ocasiones es posible que malgasten su tiempo intentando curar el alma cuando es el cuerpo el que está enfermo. Gurdjieff tenía una capacidad natural para los trabajos manuales. Le gustaba manipular las cosas, desmontar y reparar los artículos de la casa que se estropeaban. Para ganar dinero para sus gastos iba a Alexandropol y realizaba diversas reparaciones. (Era un sentimiento de vergüenza el que le hacía ir a Alexandropol, pues no quería que nadie en Kars supiera el estado de pobreza en que vivía.) Así pues, dividía su tiempo entre la teología, la medicina y la reparación de objetos tales como zapatos o relojes.

Parece haber sido Borsch quien echó los cimientos de la obra que había de ocupar a Gurdjieff durante toda su vida, con sus observaciones sobre las «leyes» generales de la naturaleza humana. Por ejemplo, le indicó que muchos adultos no crecen porque les falta el «tipo correspondiente del sexo opuesto» para realizarse. Cuando una persona no encuentra su propio tipo, es muy probable que termine aceptando otro secundario que impide que madure su individualidad. En consecuencia, afirmaba el decano, es absolutamente fundamental que todos tengamos junto a nosotros la persona del tipo correspondiente del sexo opuesto para poder desarrollar nuestro potencial. Se podrían atribuir estas palabras a Platón o a Goethe, pero según Borsch procedían de «nuestros antepasados remotos». Parecía pues, una vez más, un fragmento de sabiduría antigua que había sido transmitida oralmente.

En los primeros años de su adolescencia -Gurdjieff nunca es preciso

respecto a las fechas- comenzó a trabajar como fogonero en la estación de ferrocarril de Tiflis (Tbilisi). Asimismo, selló su primera amistad importante con una persona de su edad: un estudiante de teología llamado Sarkis Pogossian, hijo de un tintorero turco. Según Gurdjieff, viajó hasta Echmiadzin, el equivalente armenio de la Meca, con la esperanza de encontrar respuesta a los interrogantes sobre el mundo sobrenatural que le atormentaba. Llevó consigo un paquete para el joven novicio, que le invitó a compartir su habitación.

En esa época, la orientación de Gurdjieff era básicamente religiosa; relata cómo visitaba todos los lugares de peregrinación y rezaba en los santuarios. (Es importante comprender que, en diferentes circunstancias, Gurdjieff podría haber terminado como un archimandrita de la iglesia ortodoxa griega, o como un maestro religioso totalmente heterodoxo como Rasputín.) Posteriormente, Pogossian -a punto de convertirse en sacerdote- se instaló en Tiflis con Gurdjieff. La idea del sacerdocio deprimía a Pogossian, y cuando Gurdjieff le sugirió que trabajara en la estación, aceptó inmediatamente y comenzó a desempeñarse como cerrajero. En esa época, Gurdjieff pasó varios meses ayudando a estudiar la ruta de una línea de ferrocarril que había de construirse entre Tiflis y Kars. Completaba sus ingresos relacionándose con los personajes más importantes de las ciudades o aldeas por donde había de pasar el ferrocarril y ofreciéndoles establecer una estación allí. La mayor parte de ellos pagaron el soborno.

De regreso a Tiflis, había acumulado el dinero suficiente para abandonar su trabajo en el ferrocarril y dedicarse a la lectura. En el curso de largas discusiones, él y Pogossian habían llegado a la conclusión de que existía un cierto «conocimiento oculto» que procedía de la antigüedad. Habían comprado gran cantidad de textos armenios antiguos a un librero local, y se trasladaron a las ruinas de la antigua capital armenia, Ani. Allí construyeron una cabaña y pasaron sus días dedicados al estudio y a la discusión.

Hay que subrayar que Gurdjieff debía la libertad que le permitió tomar tales decisiones a la inestabilidad de la vida en esa región tras la guerra ruso-turca. Si él y Pogossian hubieran nacido en San Petersburgo o en Constantinopla, les habría resultado difícil evitar ser devorados por el «sistema» y no desempeñar una profesión respetable. En cambio, en el equivalente asiático del salvaje oeste norteamericano, nadie se preocupaba demasiado por el hecho de que ignoraran los planes de sus familias y se dejaran llevar por sus extrañas ideas.

Así pues, Gurdjieff y Pogossian pasaban el tiempo conversando y explorando las ruinas de la ciudad antigua. Un día que estaban reconociendo un pasaje subterráneo descubrieron la celda de un monje y en su interior unos pergaminos muy deteriorados escritos en armenio antiguo. Regresaron a Alexandropol para descifrar los manuscritos. Se trataba de unas cartas dirigidas a un tal padre Arem. Una de ellas hacía referencia a determinados «misterios»; se mencionaba una «Hermandad Sarmoung» que había existido en la ciudad de Siranoush. Identificaron el nombre como el de una hermandad esotérica que, según uno de sus libros, se remontaba al año 2500 a. C. Llegaron a la conclusión de que los pergaminos eran del siglo VII d. C., que la

ciudad llamada Nivssi a la que se hacía referencia en el pergamino era la Mosul moderna, y que los descendientes de la hermandad Sarmoung eran los aisors. El manuscrito afirmaba que la escuela secreta se había trasladado a un valle situado a tres días de camino de Nivssi. No estaba demasiado lejos -unos centenares de kilómetros hacia el sur- y Gurdjieff y Pogossian decidieron que merecía la pena comprobar si habían quedado restos de la antigua escuela. Todo lo que necesitaban era que alguien financiara la expedición y de ello se encargó un comité local de patriotas armenios, que habían decidido enviar una expedición a un lugar llamado Moush. Pogossian les convenció de que les nombraran a él mismo y a Gurdjieff como sus representantes y, de esta forma, este último inició su primer viaje en busca del «conocimiento secreto».

Por desgracia, Gurdjieff decidió no ser explícito respecto a lo que había aprendido. En Encuentros con hombres notables nos cuenta que él y Pogossian se dirigieron hacia el sur disfrazados durante gran parte del viaje como tártaros caucásicos. (Habían oído rumores de que unos ingleses habían sido desollados vivos por los aisors por intentar copiar unas inscripciones.) Un día, Pogossian sufrió la mordedura de una araña venenosa; Gurdjieff le extrajo el veneno con un cuchillo, pero la herida se ulceró. Un sacerdote armenio, a quien tenían que entregar una carta, les albergó en su casa durante un mes. Éste contó a Gurdjieff una historia sobre un viejo mapa que poseía y del que dijo que un príncipe ruso le había ofrecido comprárselo por 500 libras, pagándole finalmente 200 para que le permitiera copiarlo. Gurdjieff le pidió que le enseñara el mapa, y experimentó una tremenda emoción al comprobar que se trataba de un antiguo mapa de Egipto. En un momento en que el sacerdote salió de la casa, Gurdjieff y Pogossian consiguieron hacerse con el mapa y lo copiaron (Gurdjieff admite que fue un acto inmoral, pero que le pareció necesario). Más tarde, en Esmirna, ambos se vieron envueltos en una pelea entre dos grupos de marineros y sufrieron heridas leves. Al día siguiente, en el puerto, fueron reconocidos por unos marineros agradecidos que resultaron ser ingleses. Cuando supieron que Gurdjieff y Pogossian querían ir a Alejandría, dos de ellos intentaron arreglarlo, y, de esta forma, viajaron hasta Egipto en un barco de guerra inglés. Gurdjieff tenía que limpiar los objetos de metal y Pogossian trabajaba en la sala de máquinas. Pogossian decidió continuar hasta Liverpool en el barco y allí llegó a ser ingeniero. Por su parte, Gurdjieff fue a Egipto, luego a Jerusalén, donde comenzó a trabajar como guía profesional para los turistas rusos. Pero ignoramos si él y Pogossian encontraron la Hermandad Sarmoung o si Gurdjieff hizo descubrimientos importantes gracias a su mapa, del Egipto antiguo. Pero sí nos habla de una curiosa coincidencia. Se hallaba sentado al pie de una de las pirámides -era su segunda visita a Egipto- mirando el mapa, cuando al levantar la vista vio ante él un hombre de cabello gris. Éste le preguntó, presa de gran excitación, dónde había conseguido el mapa. Resultó ser el príncipe que había pagado 200 libras al sacerdote armenio para copiarlo. Su nombre era príncipe Yuri Lubovedsky. Él y Gurdjieff se hicieron grandes amigos.

Bennett cree que Gurdjieff encontró finalmente la Hermandad Sarmoung, o a sus descendientes modernos. Bennett mismo recorrió el «valle

que estaba a tres días de camino de Nivssi» y concluyó que se trataba de un lugar conocido como Sheik Adi, principal santuario de los yazidíes. Gurdjieff menciona también que la hermandad tenía un centro en el monasterio «Olman» del norte del Himalaya donde, según dice, estuvo durante tres meses. Es posible que fuera allí donde Gurdjieff descubrió finalmente los secretos que un día transmitiría a sus discípulos.

Por si el lector ha comenzado a considerar la idea de que Gurdjieff pudo haber sido un gran bromista, y de que inventó la sorprendente historia de su «búsqueda de la verdad», citaré una anécdota que demuestra que poseía el conocimiento esotérico. En *Encuentros con hombres notables*, relata su amistad con una talentosa muchacha rusa, llamada Vitvitskaia. Ésta le dijo a Gurdjieff que siempre le había fascinado el efecto de la música y que creía que ésta produce sus impresiones a través de las vibraciones que, de alguna forma, actúan sobre las vibraciones biológicas de nuestros cuerpos. Ella había aprendido en un monasterio afgano a producir determinados efectos sobre la audiencia al interpretar determinadas notas en el piano. Gurdjieff confirmó algunas de sus teorías al afirmar que había visto cómo los esenios conseguían hacer crecer la semilla de una planta en sólo media hora interpretando una antigua música hebrea.

En su *Boyhood with Gurdjieff*, Fritz Peters cuenta que en una ocasión una familia rusa fue al Prieuré. Gurdjieff dijo a sus discípulos que la niña de esa familia era muy sensible a determinadas notas musicales, y que si se interpretaba esa nota, caería en trance. La niña entró en la habitación, ajena a lo que iba a ocurrir. Entonces Gurdjieff pidió a su pianista, Hartmann, que tocara el piano. Cuando interpretó la nota mencionada, la niña se desmayó y pasó largo tiempo antes de que fuera posible reanimarla. Gurdjieff la convenció para que repitiera el experimento varias veces. En cada una de las ocasiones Peters advirtió el aturdimiento y la histeria de la niña al despertarse, y se convenció de que no había posibilidad de fraude.

Ése era, pues, el conocimiento que buscaba Gurdjieff, un conocimiento que permitía tener poder sobre las personas. Pero no le interesaba el poder en sí mismo. Deseaba saber *por qué* un niño yazidí podía quedar atrapado en el interior de un «círculo mágico», por qué una determinada nota musical podía hacer que una niña entrara en trance. Vitvitskaia le reveló en parte la respuesta cuando le contó a Gurdjieff los secretos que había aprendido de los «hermanos monopsiquitas». «No se puede negar que cuando los individuos presentes cumplían plenamente las condiciones mencionadas, Vitvitskaia podía provocar en ellos, a voluntad, la risa, las lágrimas, la malicia, la bondad, etc...». Es decir, sus emociones podían ser *desencadenadas* como si se tratara de máquinas. Tal vez, la convicción más importante que obtuvo Gurdjieff a partir del estudio de las religiones esotéricas fue la de que el hombre es casi totalmente mecánico. El hombre cree que «vive» porque ríe, llora, se enfada y siente pena. De hecho, afirma Gurdjieff, esas reacciones son apenas algo más que respuestas computarizadas a determinados estímulos, meros reflejos. Este es el significado del título de uno de los libros de Bennett sobre Gurdjieff: *Is*

*there Life on Earth? (¿Hay vida en la Tierra?)* La respuesta es: muy escasa. Casi todo lo que llamamos vida no es sino respuesta mecánica.

Pero, ¿podemos liberarnos en alguna medida de esos mecanismos? Cuando le preguntaban a Gurdjieff sobre este punto, contestaba que acababan de dar el paso más importante de su vida para la consecución de una voluntad libre.

El descubrimiento de Vitvitskaia sobre la música revela con toda claridad que la «máquina» está controlada por vibraciones, en este caso vibraciones musicales. Gurdjieff confirmó esta conclusión durante el período que pasó en un monasterio Sarmoung en el Turquestán. Gurdjieff y su amigo Soloviev fueron conducidos allí con los ojos vendados y les hicieron jurar que nunca revelarían su emplazamiento aunque pudieran adivinarlo. Gurdjieff vio de nuevo allí al príncipe Lubovedsky, por última vez. Lubovedsky le condujo hasta el patio de las mujeres en el monasterio para que contemplara las danzas sagradas. Allí vio una serie de «aparatos» peculiares, cuyo objetivo era enseñar a las sacerdotisas las posturas básicas de las danzas sagradas. Cada uno de los aparatos, afirma Gurdjieff, consistía en una columna situada sobre un trípode. De esa columna se proyectaban, en lugares diferentes, siete «ramas» o brazos. A su vez, cada uno de sus brazos estaba dividido en siete partes y las diferentes partes estaban unidas por medio de unas junturas similares a las articulaciones del hombro. Había también un armario lleno de placas, cada una de las cuales contenía una misteriosa inscripción. Tales inscripciones eran instrucciones para alterar la posición de los «brazos». Las posiciones constituían el alfabeto básico de las diferentes posturas y movimientos de las danzas sagradas. Gurdjieff afirma que cuando contempló esas danzas «me sentí atónito, no por el sentido y el significado de las danzas, que todavía no comprendía, sino por la precisión y exactitud externas con que las realizaban». Ciertamente, esas danzas constituyeron la base de los movimientos que enseñó a sus discípulos.

(Tras haber contemplado cómo las interpretaban los discípulos de Bennett en Sherborne House, en Gloucestershire, puedo confirmar que su precisión y exactitud llaman fuertemente la atención, produciendo un extraño efecto estético.)

Pero lo que es interesante destacar aquí es el *número* de brazos y sus segmentos: siete veces siete. Como veremos, el aspecto técnico de las enseñanzas de Gurdjieff se basa en el concepto de «octavas» (es decir, las siete notas de la escala, completadas con el retorno a la primera nota). Afirma que el universo consiste en siete niveles de creación, que son también siete niveles de vibración. (Este concepto de vibraciones es fundamental en el pensamiento de Gurdjieff.) El hombre está sometido a la «ley del siete». El hombre tiene también siete «mentes» o centros, de las cuales la mente intelectual es la inferior, o cuando menos, la más torpe. (Existe también un centro de movimiento-que gobierna el cuerpo-, un centro emocional, un centro sexual y un centro instintivo y, asimismo, un centro emocional superior y un centro de pensamiento superior.) El hombre está sometido también a otra ley, la ley del tres, según la cual toda acción es el resultado de tres fuerzas (y no de dos,

como afirma la ciencia). Las dos primeras fuerzas, positiva y negativa, se contrarrestan una a otra; necesitan una especie de impulso por parte de una tercera fuerza. Parece claro que el trípode de la base de la columna pretendía simbolizar esta ley del tres.

En resumen, parece que Gurdjieff tomó los principios básicos más importantes de los monasterios Sarmoung en los que fue aceptado como discípulo. Podemos decir que esa búsqueda comenzó en la celda subterránea de las ruinas de la ciudad de Ani y que terminó en el monasterio Sarmoung en el Himalaya. El relato que hace Gurdjieff de su búsqueda es fragmentario y, a veces, confuso. Afirma que formaba parte de un grupo que se autodenominaba «buscadores de la verdad», y que estaba encabezado por el príncipe Lubovedsky. Ahora bien, el papel que desempeñan esos otros «buscadores» en *Encuentros con hombres notables* parece muy poco destacado. Su afirmación más importante aparece, tal vez, en su primer libro, *Herald of Coming Good*, en donde dice que después de pasar algún tiempo en un monasterio sufi en el Asia Central llegó a la conclusión de que las respuestas a sus interrogantes «pueden encontrarse... en la esfera de la "mentación" inconsciente del hombre», expresión con la que quiere indicar su mente inconsciente. Es decir, las respuestas reales están ahí, en el interior de nosotros, y sólo pueden ser descubiertas mediante una cuidadosa auto observación y mediante el razonamiento y el análisis de lo que observamos.

Así pues, a efectos prácticos podemos ignorar el resto de la «búsqueda» de Gurdjieff, que le llevó a diferentes lugares de Asia. *Encuentros con hombres notables* nos da una imagen clara de esos primeros días, pero debemos leerlo con precaución. Toda una parte del libro, donde se describe cómo los «buscadores de la verdad» se dirigieron en busca de una ciudad perdida en el desierto de Gobi (llevando consigo zancos de casi siete metros de altura para poder caminar sobre las tormentas de arena) parece pura ficción. Bennett piensa que se trata probablemente de una alegoría de los individuos que buscan la verdad «afuera» en lugar de «adentro». No sabemos hasta qué punto el libro es una invención. Su valor fundamental reside en el hecho de que es el más accesible y fácil de leer de los cuatro libros de Gurdjieff, y en que lo refleja perfectamente como ser humano. En ningún momento le importa referirse a los métodos poco ortodoxos mediante los cuales conseguía dinero, como el de capturar gorriones para luego teñirlos de diferentes colores y venderlos como si fueran «canarios americanos». Las historias que cuenta respecto a sus diversos compañeros -incluso su perro- le muestran como un hombre generoso y cálido, opinión confirmada por todos aquellos que le conocían bien.

Pero parece poco probable que lleguemos a saber alguna vez con exactitud qué fue lo que hizo Gurdjieff entre 1891, año en que comenzó sus aventuras (a la edad de catorce o diecinueve años, según sea la fecha de nacimiento que aceptemos) y hacia 1910, cuando aparece por primera vez en Moscú y en San Petersburgo como maestro del auto conocimiento. Podemos afirmar casi con toda seguridad que hubo un período intermedio durante el cual Gurdjieff fue un hipnotizador profesional y un hacedor de milagros: lo que sus críticos describirían, sin duda, como un charlatán. En el capítulo de

*Encuentros con hombres notables* dedicado a Ekim Bey, describe cómo él y Ekim Bey (el hombre que le enseñó hipnotismo) se las arreglaban para ganar algún dinero en Tashkent arrendando un (local y exhibiendo un espectáculo de magia con hipnotismo y otros fenómenos. En el libro de Bennett, *Gurdjieff: Making a New World*, se reproduce una extraordinaria fotografía en la que aparece un Gurdjieff joven (todavía con cabello) «como hipnotizador profesional». Está de pie en un escenario ante una especie de telón y su aspecto es como el de un villano en una pantomima victoriana. Bennett conjetura que el período «profesional» de Gurdjieff transcurrió entre 1907 y 1910.

Pero el acontecimiento más importante de estos primeros años ocurrió en torno a 1904, cerca de una aldea en el límite del desierto de Gobi. Gurdjieff describe este episodio en su último libro, *La vida no es real sino cuando yo soy*. La salud de Gurdjieff se había deteriorado desde hacía algún tiempo, de hecho, desde el año 1896 en que sufrió el impacto de una bala perdida en la isla de Creta, y había decidido regresar a Rusia. En 1902, una segunda «bala perdida» le llevó al borde de la muerte; estuvo inconsciente durante tres meses en un lugar situado en el desierto de Gobi, cerca de Yangihissar. Dos años después, cometió el error de interponerse entre los soldados del zar y un grupo de revolucionarios; una tercera bala perdida estuvo a punto, una vez más, de producirle la muerte. Por una extraña coincidencia, se encontró nuevamente convaleciendo en el mismo lugar en el límite del desierto de Gobi.

Una noche, ya recuperado, Gurdjieff estaba tumbado a la luz de la luna, reflexionando sobre lo acontecido durante los años pasados. Sus pensamientos le sumieron en la tristeza; sus debilidades le parecieron tan terribles que experimentaba un sentimiento de vacío e inutilidad total. La corriente negativa de su pensamiento era tan poderosa que Gurdjieff no podía liberarse de ella. Se sentía a punto de perder la conciencia, cuando el movimiento de los camellos le distrajo y le permitió superar esa «noche oscura del alma». Se tumbó junto a una fuente y comenzó a realizar un examen de conciencia. Llegó a la conclusión de que los diferentes «poderes» que había adquirido durante los últimos años sólo los había utilizado para gratificar sus peores impulsos, el narcisismo, la vanidad, el orgullo y el deseo sexual. Según Gurdjieff, sus poderes «habían alcanzado un nivel tal que con sólo unas horas de preparación podía matar un yak desde una distancia de diez kilómetros; o, en el plazo de 24 horas podía acumular la suficiente fuerza vital como para hacer dormir a un elefante en sólo cinco minutos». Sin embargo, pese a estos poderes semimágicos, se sentía apenas algo más que una máquina. Todavía era incapaz de mantener un estado de autorrecuerdo (intensa conciencia de sí mismo) durante más de algunos segundos.

¿Qué podía hacer para incrementar su autoconciencia, para galvanizar su ser interior con un sentido de urgencia? Antiguamente, los santos lo intentaban durmiendo en una cama de clavos y usando cilicios; Gurdjieff había probado también esas disciplinas «mecánicas» pero las había encontrado insuficientes. Llegó a la conclusión de que la única fórmula posible era realizar un gran sacrificio. (Por ejemplo, un fumador empedernido podía dejar el tabaco

para que el sufrimiento de su privación actuara constantemente como una especie de «despertador».) ¿Qué podía sacrificar él?

«Tras mucho pensar llegué a la conclusión de que si dejaba intencionadamente de utilizar el poder excepcional que poseía... en tal caso saldría de mi interior esa fuente de recuerdos». En resumen, sacrificaría sus poderes de hipnotismo y telepatía.

«En cuanto comprendí el significado de esta idea, fue como si me hubiera reencarnado; me levanté y comencé a correr en torno a la fuente... como si fuera un animal joven ».

Acto seguido, Gurdjieff realizó el juramento de no volver a utilizar sus poderes para su gratificación personal, sino tan sólo con una finalidad «científica».

Fue en ese momento cuando dejó de ser un simple «mago» -como su contemporáneo Aleister Crowley para convertirse en un maestro. Fue el comienzo de una nueva etapa en su vida.

## Moscú y San Petersburgo

En el año 1909, Gurdjieff decidió que había llegado el momento de iniciar su nueva carrera de maestro. La razón, explica en su primer libro, *Herald of Coming Good*, era que «existía entre los hombres una... psicosis muy extendida», conocida como ocultismo o espiritismo. En ese período se hallaba en Tashkent (en la actual Asia Central soviética). Allí, como en Moscú y San Petersburgo, existía un extraordinario interés por todas las formas de ocultismo y misticismo, por las doctrinas de Madame Blavatsky y Rudolf Steiner, por las sesiones de espiritismo y por la cura espiritual. Sin duda, Gurdjieff llegó a la conclusión de que sabía más sobre «conocimiento oculto» que todos los ocultistas y místicos juntos.

De cualquier forma, comenzó a frecuentar los círculos espiritualistas y teosóficos. Gurdjieff afirma:

Las circunstancias de mi vida me fueron tan favorables que en el plazo de seis meses conseguí no sólo ponerme en contacto con un gran número de esos individuos, sino también ser aceptado en un círculo muy amplio como «experto» famoso y guía en la evocación de los llamados «fenómenos del más allá».

En un corto período de tiempo, afirma, pasó a ser considerado como un gran maestro de todo el conocimiento sobrenatural. Gurdjieff habla abiertamente de su «habilidad para producir trucos», por lo cual parece probable que no todas las «manifestaciones psíquicas» que conseguía fueran auténticas. Su objetivo en ese momento era formar un círculo de discípulos preocupados verdaderamente por buscar el poder sobre sí mismos, y no de entusiastas histéricos como los que en ese momento seguían a Rasputín en San Petersburgo. Tal como dice Gurdjieff, le interesaba poder «introducir en las vidas de la gente lo que yo ya había aprendido». Es decir, deseaba poner a prueba sus ideas. Consideraba a sus discípulos como «cobayas».

Aparentemente, su éxito fue muy importante, hasta el punto de que acabó organizando no menos de tres grupos en tres ciudades diferentes, que no especifica. Nada sabemos sobre Gurdjieff en ese período, pues ninguno de los relatos de sus discípulos se remonta hasta ese momento tan temprano. Gurdjieff afirma que decidió poner fin a su aventura de Tashkent porque toda la gente allí pertenecía a tres o cuatro tipos de personas y le parecía que sólo podía alcanzar un auténtico éxito si los grupos contenían representantes de todos los tipos humanos. (Dice que hay 28 tipos diferentes.) Así pues, en 1912 decidió trasladarse a Rusia.

Su traslado pudo ser resultado de una decisión que tomó el 13 de septiembre de 1911 (Gurdjieff menciona la fecha exacta en *Herald of Coming Good*). En esa fecha, afirma, hizo el juramento de pasar los próximos 21 años

llevando «una vida artificial en cierto sentido, organizada según un programa que había planeado anteriormente de acuerdo con determinados principios».

¿Qué quería decir exactamente con la expresión «una vida artificial»? Bennett afirma correctamente que casi todos los que conocían a Gurdjieff pensaban que de alguna forma trataba de «esconderse». Quienes llegaban a conocerle bien -en la medida en que alguien lo conseguía tenían la sensación de que Gurdjieff *desempeñaba un papel*, pues no respondía nunca de forma directa y espontánea. Sin embargo, algunos discípulos como Ouspensky creían que, desde luego, eso no ocurría porque tuviera algo que ocultar. Gurdjieff pensaba que sólo podía alcanzar determinados resultados tratando con sus discípulos de una forma objetiva, como un médico trata al paciente, e intentando producir determinados efectos en ellos. (Los psicólogos modernos actúan así frecuentemente, tal vez diciendo a sus pacientes que experimentarán una respuesta determinada, para comprobar si se autoconvencen de que han recibido un estímulo no existente. La mentira al paciente constituye una parte fundamental de ese experimento). Después de dos años de «enseñanza» en Tashkent, Gurdjieff pensó, tal vez, que necesitaba poner en práctica una nueva relación con sus discípulos: no la relación de maestro y discípulo, sino mas bien la que existe entre un científico y sus ayudantes.

Además de organizar sus grupos, Gurdjieff participaba en numerosos negocios: menciona contratos con el gobierno para la construcción de ferrocarriles y carreteras, el comercio de ganado (como había hecho su padre antes de ser carpintero) y la dirección de tiendas, restaurantes y cines. Asimismo, Gurdjieff comerciaba con alfombras y antigüedades. En 1912 vendió sus negocios, obteniendo más de un millón de rublos de beneficio, y se trasladó a Moscú. Allí compró una hacienda y se preparó para iniciar su «Instituto para el desarrollo armonioso del hombre».

Considerando la cuestión con perspectiva histórica, Gurdjieff no fue afortunado. Había pasado quince años buscando el «conocimiento oculto» y otros tres consiguiendo una fortuna; ahora estaba preparado para iniciar su Instituto -para consolidar la obra de su vida- justo en el momento en que Europa iba a sumergirse en la guerra más desastrosa y generalizada de todas las épocas. Al parecer, Gurdjieff ignoraba la situación internacional. Más tarde afirmó que había elegido Rusia porque era un país «pacífico, rico y tranquilo». Los años transcurridos en Asia y en África no le habían servido para comprender lo que iba a suceder.

Bennett se muestra convencido de que durante esos años Gurdjieff formó parte de los círculos de la corte y de que conoció al zar. Desde luego, era el tipo de persona que podía haber ejercido una influencia beneficiosa en la política rusa de la época. Bennett sugiere la posibilidad de que Gurdjieff tuviera relación con un partido moderado en torno al zar y de que se solicitara su colaboración para contrarrestar la influencia del odiado Rasputín. Esta observación demuestra una falta de conocimiento de la política rusa durante este período. Rasputín ejercía muy escasa o nula influencia sobre el zar, aunque la zarina continuaba confiando en él. Habían sido sus borracheras e

indiscreciones las que le habían llevado a perder el favor del zar. Por otra parte, si Rasputín ejercía una cierta influencia, ésta era de carácter liberal y positiva. (Hizo enormes esfuerzos para disuadir al zar de intervenir en la guerra en 1914.) Así pues, de ningún modo puede hablarse de que Gurdjieff fuera utilizado para contrarrestar la influencia de nadie. De cualquier forma, su proximidad a la corte le permitió conocer a una de las damas de honor de la zarina, la condesa Ostrowska, con la que contrajo matrimonio.

Ahora, finalmente, es posible reflejar con datos de primera mano los contactos que diversas personas mantuvieron con él. El primero de esos relatos parece ser una «historia» o ensayo titulado «Vislumbres de la verdad»,\* (Incluido en *Views from the Real World*, Londres, 1973.) escrito con su apoyo por uno de sus discípulos moscovitas en 1914 y que hace referencia al período en que Gurdjieff se trasladó a Moscú. El anónimo autor relata cómo, en un determinado período de su vida, se interesó por el ocultismo, sin duda al leer libros sobre la Cábala, el Tarot, etc. Prosiguió su búsqueda, con un entusiasmo que parece típicamente ruso. (Berdiaeff cuenta que, en una ocasión, a las cinco de la mañana, uno de los miembros de un grupo de discusión señaló: «Todavía no podemos irnos a la cama, pues no hemos decidido si Dios existe»). Un amigo, a quien llama A., estaba también dedicado por completo a la búsqueda del conocimiento esotérico. Luego, el amigo pareció perder interés; sin que lo supiera el autor, él había conocido a Gurdjieff.

Un día, el autor vio que se anunciaba en un periódico de Moscú un ballet llamado «La lucha de los magos». Su autor se llamaba G. I. Gurdjieff. Cuando se lo comentó a A., éste le reveló, no sin renuencia, que conocía a Gurdjieff y se prestó a propiciar un encuentro entre ambos.

Un domingo por la tarde, A. telefoneó y dijo: «Acude a la estación de ferrocarril a las 7 en punto. Vamos a ver al señor Gurdjieff». El escritor tenía grandes dificultades para acudir a la cita por cuanto tenía importantes compromisos, pero decidió posponerlos y llegó a tiempo. Su amigo le estaba esperando y tomaron un tren hacia «un lugar en el campo cerca de Moscú». Durante el trayecto, A. le dio alguna información sobre Gurdjieff. Le contó que había pasado varios años recorriendo los países de Oriente y que había decidido crear un Instituto cerca de Moscú. En este relato se menciona también -de forma incorrecta- que Gurdjieff había ido a Rusia dos o tres años antes y que vivía en San Petersburgo. Como era típico en él, Gurdjieff nunca corrigió ese dato, aunque permitió que «Vislumbres de la verdad» circulara entre sus discípulos.

Desde la estación, un trineo les condujo hasta las puertas de una casa de campo. Entraron por la puerta principal, atravesaron una antecámara totalmente a oscuras con pesados cortinajes y entraron en una habitación donde un hombre de mediana edad estaba sentado en diván fumando su pipa.

Merece la pena mencionar estos detalles pues, como veremos, eran típicos de la forma en que Gurdjieff recibía a sus posibles discípulos (la súbita llamada de teléfono diciendo «acude a este lugar y a tal otro»). Su intención no era tanto intrigarles como eliminar a quienes carecían entusiasmo y determinación.

Gurdjieff -afirma el escritor- tenía aspecto oriental. «Sus ojos llamaron especialmente mi atención, más que los ojos en sí la forma en que me miró, no como si me viera por primera vez, sino como si me conociera muy bien desde hacía mucho tiempo». Las paredes y el suelo estaban cubiertos con extrañas alfombras orientales y techo con hermosas telas de seda; la luz procedía de un enorme globo de cristal que semejaba una flor de loto. Parece como si Gurdjieff pretendiera crear la atmósfera «mística» adecuada. Pero su conversación resultó extrañamente concreta y prosaica, hecho que impresionaba a la mayoría de los «buscadores» que le conocían. Hablaba el ruso mal y con titubeos (sus lenguas nativas eran el griego y el armenio).

Gurdjieff comenzó con una digresión sobre la hermética fórmula «como arriba, abajo», ilustrándola con la vida del hombre y luego con la vida de la propia Tierra para pasar más tarde al sistema solar. Habló de la ley del tres: las tres fuerzas, acción, resistencia y equilibrio. Sin duda, todo esto dejó al ocultista un tanto atónito.

Gurdjieff continuó realizando un esbozo de su sistema «cosmológico» fundamental (en oposición al sistema psicológico). Dado que en este libro analizaremos preferentemente las ideas psicológicas de Gurdjieff, parece adecuado ofrecer en este punto un resumen de su cosmología.

Según Gurdjieff, el universo es un organismo viviente formado por siete niveles, el más elevado de los cuales es la inteligencia suprema. Podemos imaginar que estos niveles constituyen una especie de escala a través de la cual se transmite la energía, que cambia de naturaleza cuando se pasa de un nivel a otro. En este sentido, el esquema de Gurdjieff recuerda al de la Cábala, cuyo Árbol de la Vida es también como una escala que se tuerce y retuerce conforme se asciende desde el hombre (en el peldaño más bajo) hasta Dios (en el más alto). Por supuesto, los «niveles» son dominios de realidad espiritual, no mundos físicos, pero debido a la ley «como arriba, abajo» pueden ser considerados como mundos físicos. Por esta razón, Gurdjieff identifica sus siete niveles con diversos cuerpos del universo: la Luna, la Tierra, los planetas, el Sol, la galaxia, la totalidad de los mundos y el absoluto. La Luna se halla en el nivel inferior, y todo aquel que vive en ese nivel está sujeto a 96 leyes. Los hombres que viven en la Tierra están sometidos tan sólo a 48 leyes. En los planetas hay 24. El absoluto está sometido tan sólo a una ley: su propia ley. Gurdjieff llama a este esquema «el rayo de creación». A quienes les parezca incomprensible no deben preocuparse, pues la esencia de las ideas de Gurdjieff puede captarse sin él.

Igualmente importante en la cosmología de Gurdjieff es el concepto de las notas de la octava. Ésta es la ley más importante que gobierna la actividad humana. Todo el mundo habrá advertido que raramente alcanzamos los objetivos a largo plazo que nos planteamos. Debemos tomar una resolución importante y decidir llevarla adelante con determinación, paso a paso. Durante un corto período de tiempo, avanzamos por un camino recto hacia nuestro objetivo. Entonces, sin advertirlo, perdemos ese impulso original y cambiamos levemente la dirección. Posteriormente, volvemos a cambiar de dirección. En ocasiones, cambiamos con tanta frecuencia que terminamos haciendo lo

opuesto de lo que habíamos empezado a hacer. (Esto explica, por ejemplo, por qué tantos individuos que comienzan luchando por la libertad política acaban siendo déspotas y tiranos.) La razón, afirma Gurdjieff, reside en la ley de la octava. En términos de vibraciones, hay dos lugares en la octava que son «más débiles» que otros lugares: el espacio entre *mi* y *fa* y entre *si* y *do*; entre estas notas hay semitonos en lugar de notas completas. Y por lo que respecta a nuestras energías, éstos son los puntos en los que, a menos que nos *reforcemos* deliberadamente, cambiamos de dirección.

Los procesos creativos dependen de las octavas descendentes. Por ejemplo, al escribir este libro, comencé contemplando el conjunto del pensamiento de Gurdjieff y lo planifiqué en siete capítulos. Si hubiera poseído una computadora que pudiera traducir instantáneamente mi visión en palabras, este libro habría sido escrito en diez minutos. Pero después de subdividirlo en siete secciones, tenía que decidir lo que iba a incluir y lo que no. Si la versión final de este libro se parece algo a mi concepción original, será tan sólo porque he aplicado la ley de las octavas, y *reforzado* deliberadamente el estímulo original en determinados puntos. Es decir, he interrumpido y repensado cuidadosamente lo que estaba haciendo. Todo escritor -o artista, o músico- conoce perfectamente el proceso al que me estoy refiriendo. Ésta es la razón por la que un pintor se retira unos metros para contemplar su lienzo y luego decide ir a dormir para volver a ocuparse de él con renovados ímpetus al día siguiente. No es posible crear una obra de arte mediante un esfuerzo largo y continuo. Si el artista ignora esta regla, su obra se destruye. (Ésta es la razón por la que tantas novelas de Balzac comienzan de forma espléndida y terminan tan mal.)

Todas estas leyes fueron esbozadas al autor de «Vislumbres de la verdad». A continuación, Gurdjieff explicó que se puede comparar el cuerpo con una fábrica de tres pisos, la cabeza, el pecho y el abdomen. Estas tres partes necesitan un tipo diferente de «alimento». El estómago necesita carne y bebida; el pecho necesita aire, y el cerebro necesita impresiones. Ésta era una parte importante de la doctrina de Gurdjieff: las impresiones y las experiencias son «alimento» en la misma medida que el pan, y sin ellas moriríamos de hambre. Los experimentos realizados sobre privación sensorial en una habitación a oscuras han revelado la verdad de esta observación, pero en 1912 tales experimentos se desconocían y su afirmación parecía extraña e infundada. Es éste uno de los numerosos ejemplos de la sorprendente exactitud de sus teorías. Los tres tipos de alimento», afirma Gurdjieff, pertenecen a octavas diferentes.

Gurdjieff terminó hablándole al nuevo discípulo sobre su ballet «La lucha de los magos», explicándole que su objetivo fundamental era entretener, pero que había en él también algunas danzas sagradas cuyo significado relacionó con la ley del tres y la ley del siete. (Ya hemos visto que Gurdjieff aprendió esas danzas -y leyes- en el monasterio Sarmoung.) Gurdjieff mostraba una actitud crítica hacia la mayor parte del arte contemporáneo, afirmando que es subjetivo, un mero reflejo de las neurosis del artista. El arte *objetivo* es diferente, pues intenta

comunicar el mismo sentido universal a todos.

La «historia» termina cuando A. corre las cortinas y ve que es de día; de hecho, son las nueve de la mañana. Gurdjieff ordena que les conduzcan en un coche a la estación.

Fue a través de la «Lucha de los magos» como P. D. Ouspensky, el exponente más influyente de Gurdjieff, se familiarizó con el hombre a cuyas ideas iba a dedicar el resto de su vida.

A1 igual que Gurdjieff, Ouspensky era un buscador del «conocimiento oculto», y en 1914 se dirigió a la India para buscarlo. Allí conoció a diversos maestros que se mostraron dispuestos a aceptarle en sus escuelas, pero Ouspensky no deseaba establecerse en la India. Regresó Moscú, donde vio un anuncio sobre la «Lucha de los magos» y escribió un comentario desfavorable en su periódico. En la primavera de 1915, Ouspensky pronunció varias conferencias sobre su búsqueda del «conocimiento oculto» en San Petersburgo, y dos personas que conoció en esa ciudad le hablaron del griego caucasiiano que había creado la «Lucha de los magos». Ouspensky no se sintió impresionado. Pensó que Gurdjieff era simplemente otro charlatán místico. Su primer encuentro con él le llevó a variar esa impresión, pero siguió sintiéndose desconcertado. Conoció a Gurdjieff en un pequeño café de una calle secundaria, «un hombre de aspecto oriental, que ya no era joven [Gurdjieff tenía unos cuarenta años], con un bigote negro y ojos penetrantes, que me asombró porque parecía que estuviera disfrazado y que fuera completamente ajeno al lugar y a su ambiente». Hablaba con acento caucasiiano, que a un ruso le debía sonar como el acento de Lancashire a un inglés, es decir, difícil de asociar con ideas profundas o sutiles.

Hablaron sobre filosofía oriental y sobre la «búsqueda de la verdad», y Ouspensky comprendió en seguida que Gurdjieff había experimentado la mayor parte de las cosas sobre las que hablaba. Gurdjieff invitó a Ouspensky a acudir a una reunión con algunos de sus discípulos, y en el camino comentó con Ouspensky que había incurrido en un tremendo gasto para alquilar el piso donde se iba a celebrar la reunión. También le dijo que muchos profesores y artistas de Moscú estaban interesados por sus ideas, pero cuando Ouspensky le presionó para que dijera sus nombres, Gurdjieff calló. Llegaron al piso y Ouspensky se extrañó al ver que era un piso muy sencillo del tipo del que se daba a los maestros. ¿Por qué le había contado Gurdjieff esa historia de los gastos elevados? Era como si Gurdjieff intentara deliberadamente confirmar la primera impresión de Ouspensky de que no era más que un embaucador.

Los «discípulos» parecían maestros. Uno de ellos leyó en voz alta el manuscrito «Vislumbres de la verdad», que Ouspensky le pareció confuso y mal escrito. Preguntó que sistema estaban estudiando los discípulos de Gurdjieff y le dijeron que se trataba de «trabajos sobre uno mismo». Pero no hubo más explicaciones. Además, Gurdjieff preguntó si la historia podía ser reproducida en un periódico y Ouspensky tuvo que decir que no, porque era demasiado larga y no tenía ni comienzo ni final. Parecía como

si Gurdjieff intentara utilizar a Ouspensky para conseguir publicidad.

Sin embargo, después de otros encuentros en el mismo café, Ouspensky se convenció de que Gurdjieff poseía realmente conocimientos. Dos de las afirmaciones de Gurdjieff impresionaron a Ouspensky: que el hombre es básicamente una máquina que tan sólo responde al medio ambiente, y que nos equivocamos al pensar que poseemos un ego, un «Yo» individual. Tenemos docenas de «Yos», probablemente miles. Ésta es la razón por la que nos resulta tan difícil trabajar y comportarnos de forma coherente. Un «Yo» toma una resolución al comenzar el año, y otro «Yo» aparece unas horas más tarde y decide romper esa resolución. Era esta psicología práctica la que atraía a Ouspensky, cuya orientación era fundamentalmente científica.

Cuando Gurdjieff le dijo a Ouspensky que sus discípulos de Moscú pagaban 1.000 rublos al año, Ouspensky afirmó que le parecía mucho. Entonces, Gurdjieff le dijo que era importante que sus discípulos pagaran por lo que tenían. En primer lugar, la gente no valora lo que consigue con demasiada facilidad; en segundo lugar, quienes no fueran capaces de encontrar ese dinero cada año probablemente serían malos en el «trabajo»; Gurdjieff subrayó que son las personas competentes y eficaces y no los soñadores neuróticos quienes pueden generar el poder para cambiarse a sí mismos.

El hecho que cambió la relación entre ambos fue esta pregunta de Ouspensky: «¿Es posible dejar de ser una máquina?» Gurdjieff respondió: «Si me hubieras hecho esas preguntas más frecuentemente, tal vez habríamos llegado a alguna parte en nuestras conversaciones. Es posible dejar de ser una máquina, pero para eso es necesario, ante todo, *conocer la máquina*».

Podríamos decir que finalmente Ouspensky había planteado la pregunta correcta y que Gurdjieff había dado la respuesta correcta. A partir de ese momento, Ouspensky dedicó todas sus energías a aprender todo lo que Gurdjieff tenía que enseñar.

El hombre se halla en una prisión, afirmaba Gurdjieff. Si quiere tener una oportunidad de escapar, debe comenzar por comprender que está en una prisión. Mientras no entienda eso, no puede ni siquiera empezar. Entonces se plantea la cuestión: ¿Cómo escapar? En este punto, Gurdjieff hace una afirmación de importancia fundamental para toda su obra. Un grupo de personas tiene más oportunidades de escapar que una persona sola, pues pueden colaborar para construir un túnel. Un hombre solo tiene pocas oportunidades, pues el hombre está fundamentalmente dormido. Piensa que su conciencia cotidiana es una «conciencia despierta», en oposición al estado de inconsciencia en que se sumerge cada noche. Éste es su mayor error. De hecho, cuando nos despertamos por la mañana, simplemente nos integramos en otra forma de conciencia dormida. Tan sólo reaccionamos a las circunstancias, haciendo hoy lo que hicimos ayer y anteayer. Varias cosas pueden darnos atisbos de «despertar»: una crisis súbita, la perspectiva de la necesidad de cambiar la

forma de existencia, incluso el inicio de un viaje o de unas vacaciones. Una madre que tiene en brazos por primera vez a su hijo recién nacido puede «despertar» por un momento y comprender, en un instante, que la conciencia que acepta cada día de su vida no es *necesaria*, que la vida podría ser completamente diferente, mucho más fascinante y compleja. En definitiva, que es libre. Pero si diez minutos después se pregunta: «¿Qué es esa libertad?», ya lo ha olvidado.

Tal vez el esquema de Gurdjieff resultará más fácil de comprender si, en lugar de hablar de la «máquina», utilizamos el término «robot». En mi mente inconsciente existe un robot que hace las cosas por mí. Cuando aprendo a escribir a máquina, a conducir un coche o a hablar una lengua extranjera, lo hago de forma dolorosa y consciente, paso a paso.

Muy pronto, mi robot se ocupa de la situación y escribe a máquina y conduce mucho más de prisa y con mayor eficacia de lo que «yo» puedo hacerlo. Este robot tiene una importancia incalculable. Cuando era niño, el robot era mucho menos eficiente y, por tanto, yo era torpe y todo me costaba mucho más esfuerzo. Ahora, el robot me libera y se hace cargo de la mayor parte de las tareas necesarias para vivir.

Pero existe un problema. El robot no hace tan sólo lo que yo quiero que haga, como escribir a máquina y hablar francés. También hace cosas que yo *no* quiero que haga. Me gusta la música y la poesía, pero cuando escucho una sinfonía o leo un poema una docena de veces, pierden una parte de su impacto porque *el robot está escuchando en mi lugar*. Cuando estoy preocupado, come por mí. Incluso, es posible que haga el amor con mi esposa. Muchas veces, nos perdemos experiencias nuevas e interesantes porque somos demasiado dependientes del robot.

En definitiva, Gurdjieff habla del robot y de nuestra esclavitud respecto a él. *Podemos* eliminar el robot, para experimentar la «novedad» de las cosas. Un par de vasos de vino pueden hacer que el robot descanse. Algunas drogas psicodélicas como la mescalina y el LSD paralizan por completo al robot y, como consecuencia, el individuo que ingiere las drogas se ve ante una realidad que le deslumbra. Una flor o un árbol pueden parecer tan reales que; atraen la atención, porque están llenos de significado.

El problema estriba en que esas drogas eliminan por completo al robot. Ahora bien, eso no es conveniente, ya que si desarrollamos el robot fue para tener *más libertad*. Por tanto, no es conveniente paralizarlo. De hecho, en el estado de libertad real, el «yo real» y el robot parecen alcanzar un acuerdo perfecto. William James pone de relieve cómo es posible que un futbolista que haya jugado de maravilla durante muchos años, un día rompa una barrera interior y, de pronto, no cometa el más mínimo error; *el fútbol parece jugarlo a él*. O un músico se da cuenta, de repente, de que interpreta su instrumento con una rara perfección, con un grado de control que jamás ha alcanzado antes. De hecho, esto es lo que le ocurrió a John Bennett en Fontainebleau, sólo que su «instrumento» era su propio

cuerpo, su propia mente, que, de pronto, era capaz de alcanzar lo que deseara. Y *esta* forma de libertad no puede conseguirse a través de una droga psicodélica. Requiere la cooperación activa entre el «yo real» y «el robot». Todo escritor sabe que un vaso de alcohol puede liberarle de sus inhibiciones y permitirle escribir con más libertad. Tres o cuatro vasos pueden producir una sensación de bienestar en medio de la cual se siente capaz de producir una obra maestra en su máquina de escribir. Pero cuando a la mañana siguiente lee lo que ha escrito, le parece que no tiene sentido. El vino le permitió liberarse de las inhibiciones, pero al mismo tiempo eliminó las *exigencias críticas* que permiten seleccionar la palabra y la expresión adecuadas. El alcohol no puede sustituir al trabajo exigente que produce la «ruptura» súbita, la colaboración perfecta de la crítica y la inspiración, del robot y el «yo real».

Cuando lo expresamos de esta forma, comenzamos a comprender qué era lo que buscaba Gurdjieff. Estamos ante el fenómeno de fatiga/recuperación que señala William James, ante los curiosos influjos de poder en los cuales uno se siente más vivo. ¿Cómo podemos esperar alcanzarlos a voluntad? Simplemente, *no* haciendo las cosas «automáticamente», no pasando por la vida con los ojos fijos en el mundo exterior. El primer paso consiste en MIRAR HACIA ADENTRO, en observar la relación compleja entre el «yo real» y el robot. Esto no es una forma de meditación, ni de misticismo, ni de autodisciplina física. Es fundamentalmente una forma de conocimiento, que se basa en conocer *unas cosas determinadas*.

## Cuatro

### Ouspensky, a la busca de milagros

Durante los últimos años de su vida -murió en 1947-, Ouspensky escribió un relato de sus primeros contactos con Gurdjieff al que puso por título *Fragmentos de una enseñanza desconocida*, y que sería publicado tras su muerte como *En busca de lo milagroso*. Sin embargo, en 1914, Gurdjieff habría prohibido todo intento de escribir sobre sus ideas. Los nuevos miembros del grupo hacían juramento de guardar secreto y ni siquiera debían discutir entre ellos las ideas recibidas. Esto último no se debía a una pasión desmedida por el misterio. En uno de sus primeros encuentros, Gurdjieff explicó a Ouspensky: «¿Puede guardar un secreto el hombre que no se conoce a sí mismo? Naturalmente, puede prometerlo pero, ¿podrá mantener tal promesa? Pues ese hombre no es uno solo, sino que hay muchas personas distintas en él. *Uno de los que hay en él* hace la promesa y cree que desea mantener el secreto. Sin embargo, mañana, *otro de los que hay en él* lo contará a su esposa, o a un amigo ante una botella de vino (...). Así pues, la exigencia de secreto, las curiosas incógnitas, la exigencia de altas cuotas, eran parte de un intento de obligar a cada uno a intentar imponer un «ego controlador».

Con el tiempo, Ouspensky empezó a comprender los motivos de, al menos, algunas de esas incógnitas. Por ejemplo, Gurdjieff solía viajar de San Petersburgo a Moscú aproximadamente cada quincena. Sin embargo, no permitía a Ouspensky fijar una cita por adelantado. Y, cuando se producía realmente el encuentro, Gurdjieff anunciaba que debía regresar a Moscú a la mañana siguiente. Sin embargo, al llegar ésta, solía decir que había decidido quedarse hasta la noche. Entonces pasaba el día de café en café, donde acudían diversas personas a verle. Después, poco antes de la hora a la que solían tener lugar esos encuentros, Gurdjieff indicaba a Ouspensky que telefonara a los miembros del grupo y les invitara a una reunión esa misma tarde. Como es lógico, la mayoría de ellos ya tenía otros compromisos, de modo que sólo se presentaban unos cuantos. Gurdjieff se dedicaba conscientemente a crear obstáculos. Por fin, quedaba un reducido grupo de personas decididas a abandonar cuanto estuvieran haciendo para asistir a la reunión por muchos inconvenientes que tuvieran. Éstos eran los que interesaban a Gurdjieff. «La gente no valora lo que consigue con facilidad», decía el astuto sabio.

A Ouspensky también le desconcertaba la curiosa costumbre de Gurdjieff de preparar opíparas cenas con enormes cantidades de comida y de vino, que apenas probaba luego. Parecía querer dar la impresión de que era un goloso. Sin embargo, quienes le conocían bien veían en esto una «actuación». «Nuestro convencimiento de que Gurdjieff estaba "actuando"

era excepcionalmente profundo. Entre nosotros solíamos decir que nunca le veíamos a él y jamás lo conseguiríamos. En cualquier otro hombre tanta "actuación" habría producido una impresión de falsedad pero, en él, provocaba una impresión de fuerza (...). Sin embargo, Ouspensky añade el sentido comentario que sigue: «Aunque (...) no siempre; en ocasiones era excesivo». Ya en este temprano estadio, Ouspensky empezaba a considerar que Gurdjieff estaba exagerando. Con el tiempo este sentimiento llevaría a la ruptura entre ambos.

Ouspensky también apreció con sentimientos encontrados el irreverente sentido del humor de Gurdjieff. Cuenta que éste llegaba a San Petersburgo con un fardo de alfombras orientales y ponía un anuncio en un periódico, lo que atraía a gran número de posibles compradores. Ouspensky se sentaba a contemplar el regateo y se fijaba en lo mucho que le gustaba a Gurdjieff jugar con las debilidades de sus clientes. Una dama, rica pero tacaña, había seleccionado una docena de caras alfombras, y llevaba un buen rato regateando. Aparentemente, Gurdjieff se hartó de «actuar» pues, de repente, ofreció a la mujer todas las alfombras de la estancia por una cuarta parte del precio de las que ella había seleccionado. La dama pareció desconcertada pero, de inmediato, empezó a regatear otra vez. Gurdjieff le respondió con aire jovial que consideraría su oferta durante la noche; sin embargo, a la mañana siguiente, había regresado a Moscú. Evidentemente, había querido mostrarle a Ouspensky que las personas son tan mecánicas que suelen actuar en contra de sus propios intereses.

En otra ocasión, un famoso «ocultista» acudió a Gurdjieff e intentó iniciar una amistad con él. Gurdjieff le observó con asombro e insistió en que no era un gurú, sino un simple vendedor de alfombras. Desenrolló varias e intentó venderle alguna; el ocultista se marchó convencido de que sus amigos se habían burlado de él. Por parte de Gurdjieff, no se había tratado sólo de un acto de defensa propia (el ocultista probablemente habría sido una pérdida de tiempo); se complacía en manipular a la gente, en jugar a titiritero.

Pero Ouspensky estaba impresionado por su autosuficiencia. Llegó un persa a reparar alfombras y Ouspensky se fijó en la gran atención que Gurdjieff prestaba a la compleja operación, para la que se requería un gancho metálico. Gurdjieff intentó comprárselo pero el persa se negó. Al día siguiente, Ouspensky encontró a Gurdjieff sentado con las piernas cruzadas, reparando alfombras como si lo hubiera hecho toda la vida; utilizaba un gancho que había confeccionado con un viejo cortaplumas.

Cuando Ouspensky le preguntó si la literatura «ocultista» podía ser una buena preparación para las enseñanzas de Gurdjieff -Ouspensky estaba pensando en el Tarot-, Gurdjieff respondió con estas interesantes palabras: «Sí (...). Por ejemplo, usted mismo ya podría saber mucho *si supiera leer*. Es decir, si hubiese *comprendido* todo lo que ha leído en su vida (...). Si entendiera todo lo que ha escrito en su propio libro [*Tertium Organum*], yo debería venir e inclinarme ante usted y rogarle que me

enseñara». Con ello, señalaba que podemos conocer algo superficialmente sin comprender todas sus consecuencias, sin ver qué relación tiene con las restantes cosas. Y continuaba diciendo: «Lo que un hombre conoce *bien*, constituye su preparación (para el entendimiento). Si un hombre conoce bien cómo hacer café o cómo hacer botas, entonces ya es posible hablarle. El problema es que nadie conoce bien nada». Esto podría compararse con un comentario de Hermann Hesse en *Viaje al Oriente*: «Entonces descubrí que una larga temporada dedicada a pequeños detalles nos exalta y aumenta nuestra fuerza». Hace que nuestra mente funcione más despacio y que nuestros pensamientos sean permeables a las emociones.

En otra de estas primeras charlas, alguien preguntó a Gurdjieff sobre la inmortalidad personal. Su respuesta fue que la inmortalidad, como la individualidad, son cualidades que los seres humanos no poseen naturalmente; la mayoría de las personas están formadas por tal cúmulo de «yoes» que poco puede hacerse por evitar su desintegración total. La inmortalidad, como la individualidad, sólo pueden conseguirse mediante un esfuerzo inmenso.

Continuó diciendo que el hombre consta de cuatro cuerpos, cada uno de los cuales es más puro que el anterior. Son cuatro organismos independientes, que se interpenetran mutuamente.

El primero es nuestro cuerpo físico normal. El segundo es el cuerpo emocional, o astral (Gurdjieff también lo denominaba cuerpo natural). El tercero es el cuerpo espiritual. El cuarto es el «Amo», el «yo», el ego rector. Pero, en la mayoría de las personas, este cuarto cuerpo no existe, o está tan subdesarrollado que resulta inútil. El cuerpo físico es el vehículo. El cuerpo emocional es el caballo. El cuerpo espiritual o mental es el cochero que se sienta al pescante. El «cuerpo divino», o «yo», es el *amo* del caballo y del carruaje.

El problema de la mayor parte de seres humanos es que están totalmente dominados por sus cuerpos. El cuerpo es una máquina, un autómatas impulsado por influencias externas que producen apetitos físicos. Estos apetitos, a su vez, influyen en nuestras emociones. Las emociones hacen que surjan en nosotros ciertos pensamientos. Y estos pensamientos y deseos cambiantes hacen aparecer una serie completa de «yoes» en conflicto.

Las cosas deberían ser al contrario. El hombre que ha creado un «yo» real ejerce su fuerza de voluntad, la cual influye en sus pensamientos, que influyen en sus emociones, que, a su vez, influyen en su cuerpo... Así es como *debería ser*.

En la siguiente charla, Gurdjieff explicó que las disciplinas religiosas tradicionales intentan alterar el vehículo, el caballo y el cochero. El hombre que dirige toda su energía a disciplinar este cuerpo físico recibe el nombre de faquir. Éste puede soportar padecimientos increíbles durante meses o años enteros para dominar el cuerpo. El monje prefiere actuar sobre sus emociones. Ayuna, reza, medita e intenta dominar sus

emociones y fijar su mente en Dios. El hombre que decide disciplinar la propia mente y alterar la naturaleza de su conciencia es denominado yogui. Estos tres caminos -los del faquir, el monje y el yogui- han sido desarrollados por los grandes maestros religiosos. Pero, según Gurdjieff, existe también un *cuarto camino* y éste es el que enseña su propio Sistema. Cabe denominarlo el camino del hombre astuto, del que está dispuesto a adoptar cualquier método que le lleve a su objetivo. Esto significa trabajar en los otros tres cuerpos -el carruaje, el caballo y el cochero- al mismo tiempo. Para seguir el cuarto camino, el hombre no precisa acudir a un monasterio o retirarse a las montañas; puede seguir llevando una vida totalmente normal, pero se concentra en una observación continua de sí mismo, que utiliza para intentar hacerse menos mecánico, menos robotizado.

En palabras ligeramente distintas, podría decirse que el ser total del hombre puede compararse a un enorme órgano de iglesia; la evolución lo ha perfeccionado a lo largo de millones de años. Sin embargo la mayoría de nosotros sólo tiene una idea muy rudimentaria de cómo tocarlo. Como mucho, podemos producir unas cuantas escalas o interpretar una breve y titubeante melodía. Nuestro principal problema es aprender a tocar ese órgano mediante la observación y la experimentación. Si experimentamos lo suficiente podemos llegar a tocar sinfonías, conciertos... las posibilidades son infinitas. Pero el primer paso es *comprender* sus posibilidades. La mayoría de nosotros comprende tan poco lo que tiene ante sí como un niño puesto ante el motor de un coche. En cuanto comprendemos las posibilidades y empezamos a observar y experimentar, comenzamos a seguir el «cuarto camino».

En charlas posteriores, Gurdjieff se dedicó a profundizar en la estructura del «órgano». El hombre no posee una única mente, sino varias; en concreto, siete. Lo que solemos denominar mente no es más que la mente intelectual. A continuación está la mente emocional, que controla las emociones; luego, la mente física, que controla los movimientos corporales; después, la mente instintiva, que controla funciones como la digestión. Cada una de estas mentes está conectada con un «centro»: el centro intelectual, el centro emotivo, el centro «motor» (que controla los movimientos corporales), y el centro instintivo. Aparte de éstos hay también un centro sexual y dos centros superiores: el emocional superior y el intelectual superior. Cada uno de estos centros trabaja con un tipo de energía distinto. Nuestro problema es que tendemos a utilizar los tipos de energía inadecuados; por ejemplo, intentamos hacer trabajos intelectuales utilizando energía emocional, o trabajo emocional usando energía sexual. Según Gurdjieff, la mayoría de los centros tienden a robar energía del centro sexual y, a su vez, dan al centro sexual energía inútil que éste no puede liberar. El resultado es que rara vez experimentamos «sexo verdadero». «Cuando el centro sexual funciona con su propia energía, es algo magnífico, decía Gurdjieff. Una declaración que D. H. Lawrence hubiera comprendido de inmediato.

«El trabajo en uno mismo» debe iniciarse con la observación de los centros; se debe intentar reconocerlos y, luego controlarlos. Es conveniente empezar por el centro motor. Si intentamos frotarnos el estómago con una mano y darnos golpecitos en la cabeza con la otra, es fácil comprobar que nuestras manos quieren hacer el mismo movimiento. Sin embargo, con entrenamiento puede lograrse que actúen por separado. De hecho, con un poco de práctica es posible llevar a cabo movimientos muy distintos con ambas manos, con los pies y con la cabeza, todos a un tiempo. Las «danzas» de Gurdjieff tenían por objetivo básico el control del «centro motor». En efecto, eran un intento de borrar reflejos condicionados y volver a programar el robot.

Y aquí, como es lógico, surge un problema fundamental. Aprender a realizar movimientos de alto grado de complejidad con manos y pies puede proporcionarnos un control muy superior del centro motor; no obstante, al final de la jornada no habremos hecho más que reprogramar el robot. (Un discípulo de Bennett que había dominado por completo los «movimientos» me dijo que ahora no les da importancia y que no le sirven ya a su propósito de potenciar su sensación de libertad). Así pues, se precisan nuevos «shocks». El «Sistema» de Gurdjieff se convirtió, efectivamente, en una busca de nuevos impactos, lo cual puede explicar que, como veremos más adelante, dejara en tantos de sus alumnos un sentimiento final de insatisfacción.

Esto nos lleva a una de las preguntas principales que se formula el lector crítico de *En busca de lo milagroso*. La calidad absolutamente original del Sistema de Gurdjieff causa un enorme impacto; parece volver del revés la mayoría de nuestras ideas ortodoxas. Por ejemplo, comenta a Ouspensky que el conocimiento es material y que, por esta razón, no puede ser compartido indefinidamente; una determinada cantidad de conocimiento, como una determinada cantidad de comida, no puede «estirarse» y, si una persona tiene más, otra se queda con menos. También comenta a Ouspensky que la luna no es un planeta muerto, sino un astro en proceso de nacer; es un ser vivo que algún día se convertirá en una tierra, igual que la tierra se convertirá un día en sol. Más aún, el ser humano es fundamentalmente «alimento para la luna»; nuestra misión es producir una determinada cantidad de energía psíquica que alimentará la luna. Insiste en que no podemos hablar de conciencia porque la mayoría de seres humanos no posee una auténtica conciencia, sino que apenas son mejores que máquinas. El hombre está encarcelado y sólo podrá escapar si *reconoce* que está en prisión y que la huida precisa un plan cuidadosamente coordinado.

También es muy evidente que Gurdjieff conoce profundamente el denominado «ocultismo». Por ejemplo, Ouspensky le describió que, en la India, había visto a un faquir acostarse en un lecho de clavos muy puntiagudos sin recibir el menor arañazo. No obstante, el hombre no parecía especialmente «santo»; al contrario, parecía medio adormilado. Gurdjieff respondió que, con casi absoluta certeza, el hombre no era

especialmente santo. Si se le pagaba para que contara cómo lo hacía, probablemente explicaría que sólo tenía que pronunciar una palabra o frase determinada antes de subirse a la cama de clavos, convertido en invulnerable. Según Gurdjieff, estos hombres se entrenaban mediante hipnotismo y éste, de algún modo, les hacía invulnerables a los clavos. Después, el hipnotizador les administraba unas sugerencias post hipnóticas por las que, cada vez que repetían una determinada palabra, se hacían de nuevo invulnerables. Una y otra vez, Gurdjieff demostró su conocimiento de estas materias.

Con todo, hay puntos en los que no se puede aceptar sin más su opinión. Ouspensky, por ejemplo, pregunta si existe vida después de la muerte; Gurdjieff responde que la mayor parte de las personas no posee un «núcleo duro» que sobreviva a la muerte. Sólo un esfuerzo intenso con uno mismo puede hacer al hombre capaz de sobrevivir a la muerte. Ouspensky pregunta por el «cuerpo astral»; Gurdjieff responde que éste sólo puede desarrollarse mediante un trabajo intenso. No obstante, contamos hoy con miles de informes sobre presuntas «experiencias extracorpóreas» en las que el testigo se ha observado a sí mismo, aparentemente fuera de su cuerpo físico. Naturalmente, esto puede ser un extraño tipo de fantasía, una ilusión repetida cuya causa se encuentra en alguna unidad de control del cerebro. Pero, caso de no ser así, demostraría que, como afirma la tradición ocultista, todos los hombres poseen un «cuerpo astral». Del mismo modo, podemos considerar que la idea de la vida después de la muerte no es más que una ilusión. En cambio, cualquiera que se tome la molestia de examinar la dura evidencia observará que resulta extrañamente convincente. Y, si hay algo de cierto en ella, entonces se aplicará a todos, y no sólo a las personas que hayan conseguido un «yo esencial».

En resumen, el lector empieza pronto a tener la profunda sospecha de que no todo cuanto dice Gurdjieff debe ser aceptado sin reservas. Los viajes a la Luna parecen haber demostrado más allá de toda duda que ésta no es un planeta embrionario, sino una enorme masa de roca muerta, capturada por nuestra Tierra hace millones de años. Los discípulos de Gurdjieff no vacilarían en replicar que lo afirmado por éste sobre nuestro satélite resulta, con todo, simbólicamente cierto. Sin duda, sería más sencillo reconocer que Gurdjieff sabía falsas muchas de las cosas que afirmaba y que éstas deben tomarse como una forma más de esas «actuaciones» que tanto desconcertaban a muchos de sus pupilos. El propósito era «despertar la mente a sacudidas» y hacerles ver la cuestión entera de «qué hacer con nuestra vida» bajo una luz completamente distinta. Gurdjieff quería hacerles olvidar todo lo que hubieran absorbido en la escuela dominical, o con sus padres, o en contactos superficiales con el «ocultismo» o las religiones orientales. También quería asegurarse de que nadie pudiera desvalorizar sus ideas o diluirlas hasta convertirlas en parte de la herencia cultural general. Gurdjieff no tenía ningún deseo de ser un «intelectual correcto», de ser accesible con comodidad a los lectores

de dominicales eruditos. Por ello, cuidó de hacer deliberadamente inaccesibles sus ideas. En algunos aspectos, tuvo incluso demasiado éxito; Los relatos de Belcebú siempre tendrán menos lectores que la Lógica, de Hegel. Y su Sistema seguirá repeliendo a muchas de las personas que más podrían beneficiarse de él, porque encuentran sus ideas «cosmológicas» demasiado absurdas para ser tomadas en serio.

No obstante, pese a las complicaciones que introdujo, las ideas de Gurdjieff son, en esencia, muy sencillas. Según comentó a Ouspensky, «las posibilidades del hombre son muy grandes. No puede usted imaginarse un asomo siquiera de lo que el hombre es capaz de conseguir. Pero dormido no se puede lograr nada. En la conciencia del Nombre dormido, sus ilusiones, sus "sueños", están mezclados de realidad. Vive en un mundo subjetivo y no puede escapar jamás de él. Y ésta es la razón de que nunca pueda hacer uso de todos los poderes que posee y de que sólo viva una pequeña parte de sí mismo».

Éste es, de hecho, el punto de partida de Gurdjieff: Los poderes del hombre son mucho mayores de lo que éste sabe reconocer. Esta misma observación ha sido hecha en múltiples ocasiones en siglos pasados. Uno de los libros más leídos del siglo XIX fue *La cara nocturna de la Naturaleza*, de Catherine Crowe, quien estudió las pruebas de lo «sobrenatural» (o, como diríamos hoy, lo paranormal): fantasmas, apariciones, clarividencia, sueños del futuro, telepatía, «experiencias extracorpóreas», poltergeists, etc. Las conclusiones de la escritora consideraban innegable la evidencia de tales hechos en muchos casos y, según ella, indicaban que, como mínimo, el hombre posee todo un abanico de poderes que *le son desconocidos a sí mismo*. Frederick Myers, uno de los miembros fundadores de la Sociedad para la Investigación Psíquica, adoptó un enfoque mucho más científico y sistemático de los problemas y en su clásico *La personalidad humana y su supervivencia a la muerte corporal*, llegaba a la misma conclusión. Según Myers, los anormales poderes de los genios -por ejemplo, la capacidad de Mozart para tocar un concierto nota por nota después de escucharlo una sola vez- apuntan en la misma dirección que las pruebas de clarividencia, telepatía, proyecciones astrales, etc.: Todos poseemos facultades «inconscientes» de todo tipo, que rara vez ejercitamos. Un director de periódico norteamericano, Thomson Jay Hudson, llegó a esa misma conclusión tras estudiar las notables realizaciones de personas sometidas a hipnosis y determinó que el hombre tiene dos «mentes», a las que denominaba «mente objetiva» y «mente subjetiva». La mente objetiva es el «yo cotidiano» que afronta la realidad; la mente subjetiva es el «yo interno», que habitualmente queda eclipsado por el «yo cotidiano», más agresivo y dinámico, pero que puede emerger cuando el yo cotidiano ha quedado inmovilizado mediante la hipnosis. Hudson llegaba a la conclusión de que, cuando se liberan sus capacidades, la mente subjetiva puede, literalmente, realizar milagros; y creía que los milagros de Jesucristo no

eran sino el resultado de la inusual capacidad de éste para dejar que su mente subjetiva se expresara libremente.

Esta idea de que las capacidades humanas son mucho mayores de lo que el hombre reconoce no es, en absoluto, una novedad. Era esa misma confusa convicción la que había llevado a Ouspensky a viajar a Oriente y estudiar magia y ocultismo. Su encuentro con Gurdjieff debió ser como un jarro de agua fría después de estos estudios. Gurdjieff parecía rechazar todas las tradiciones ocultistas más apreciadas. Sus enseñanzas volvían una y otra vez a su tema fundamental, el que muchos hombres son poco más que máquinas, «hijos de la circunstancia» y esclavos del entorno. El hombre consta de miles de «yoes». Pero cada vez que tiene que hacer algún esfuerzo mental auténtico, dos o tres de esos «yoes» se funden y, si continúa efectuando unos enormes esfuerzos de voluntad, su ser interior dejará gradualmente de parecerse a una bolsa llena de canicas y, en su lugar, será como pedazos de cristal cada vez mayores. Y cada vez que se crea uno de esos pedazos (Gurdjieff llama a esto «cristalización») el hombre se hace más capaz de un esfuerzo dirigido de voluntad y, en consecuencia, de fusionar deliberadamente más de tales pedazos. Poco a poco puede escapar de esta «conciencia subjetiva», similar a un sueño, en que la mayoría de nosotros pasamos nuestra vida. El hombre puede experimentar destellos de «conciencia objetiva», de ver las cosas como son en realidad. Cuando esto sucede, los centros emocional superior e intelectual superior, empiezan a actuar (pues no funcionan en el «hombre mecánico») y el hombre se hace capaz, por fin, de ejercitar sus capacidades latentes.

¿Cuáles son, en concreto, estas capacidades latentes? Ya hemos encontrado ejemplos de los poderes de Gurdjieff en el primer capítulo de esta obra, donde vimos cómo fue capaz de «curar» a Fritz Peters de su depresión nerviosa mediante una especie de transferencia de energía, y cómo consiguió provocar en John Bennett un estado de «conciencia superior». En *Fragmentos de una enseñanza desconocida*, Ouspensky habla de su propia experiencia de los poderes «mágicos» de Gurdjieff. Éste le había dicho:

Las personas que poseen un cuerpo «astral» pueden comunicarse entre ellas a distancia sin tener que recurrir a los medios físicos ordinarios. Para hacer posibles tales comunicaciones, deben establecer alguna «conexión» entre ellas. Para que este propósito pueda cumplirse, cuando tales personas viajan a otros lugares o países, llevan a veces consigo algo que pertenece a la otra, en especial cosas que han estado en contacto con su cuerpo y que están impregnadas de sus emanaciones (...). Del mismo modo, para mantener una conexión con un difunto, sus amigos solían guardar objetos que hubiesen pertenecido a éste. Estos objetos dejan tras de sí un rastro, una especie de cables o hilos invisibles que permanecen tendidos a través del espacio. Tales hilos conectan un objeto determinado con la persona -viva o en ciertos casos, muerta- a la que perteneció el objeto. Los hombres han conocido este hecho desde la más remota antigüedad.

(Este párrafo parece demostrar que Gurdjieff aceptaba la idea de «la

vida después de la muerte» sin reticencias).

Gurdjieff demostró su dominio de esta tradición ocultista. En una visita a Finlandia con él y otros miembros del grupo, Ouspensky empezó a experimentar el tipo de «hechos milagrosos» que Gurdjieff le había prometido en uno de sus primeros encuentros. Ouspensky guardaba ayuno y practicaba ejercicios respiratorios. Una tarde, estaban sentados en el suelo efectuando ciertas posturas, cuando el «milagro se inició».

Todo empezó cuando comencé a escuchar sus pensamientos (...). De pronto, advertí que entre las palabras que nos estaba dirigiendo a todos, había «pensamientos» dirigidos concretamente a mí. Capté uno de esos pensamientos y respondí a él hablando en voz alta (...). Gurdjieff me dirigió un gesto de asentimiento con la cabeza y dejó de hablar. Se produjo una pausa bastante larga y él seguía sentado muy tranquilo, sin decir nada. Al cabo de un rato escuché su voz dentro de mí como si estuviera en mi pecho, junto a mi corazón. La voz me formulaba una pregunta concreta (...) y yo respondí afirmativamente (...).

Z y S [otros alumnos] estaban visiblemente asombrados de lo que se estaba produciendo (...). Esta conversación continuó así durante no menos de media hora.

Aparentemente, existía algún tipo de desacuerdo fundamental entre Gurdjieff y Ouspensky. «El asunto tenía que ver con determinadas condiciones que yo debía aceptar, o bien abandonar la labor». Ouspensky, presa de una considerable agitación, salió a dar un largo paseo por el bosque. Allí vio que Gurdjieff tenía razón; algo en su interior que tenía por firme y fiable, no existía en realidad. Por otra parte, estaba convencido de haber encontrado otra cosa que sí existía, aunque tenía la impresión de que Gurdjieff se limitaría a reírse de él si intentaba explicárselo.

Ya se había acostado cuando escuchó de nuevo la voz de Gurdjieff dentro de su pecho, y fue capaz de responder del mismo modo. Ouspensky no está dispuesto a dar al lector ninguna pista sobre la naturaleza de su desacuerdo con Gurdjieff, de modo que la descripción de lo sucedido resulta de una vaguedad irritante; parece evidente que Gurdjieff intentaba acorralar a Ouspensky, y éste no se dejaba. La conversación telepática continuó a la mañana siguiente durante el desayuno, para desconcierto de los demás. E incluso la noche siguiente, estando ya Ouspensky de vuelta en San Petersburgo, no sólo continuó conversando con Gurdjieff-quien viajaba en un tren con destino a Moscú-, sino que también le vio.

Estas experiencias causaron en Ouspensky un importante convencimiento: que ningún fenómeno paranormal -clarividencia, telepatía, visión del futuro- puede ser estudiado en un estado normal de conciencia. No son como los fenómenos eléctricos o químicos, que pueden observarse en el laboratorio y ser sometidos a comprobación. ¿Significa esto que todos los esfuerzos de los investigadores psíquicos son una pérdida de tiempo? No exactamente. Lo que dice Ouspensky es que están basados en un concepto erróneo: que la «conciencia ordinaria» es un adecuado punto de observación de todo tipo de fenómenos. Ouspensky

insiste en que, para comprender estos fenómenos «psíquicos», el «observador» debe empezar por *cambiarse a sí mismo*. «En los fenómenos de orden superior existe algo que requiere un determinado estado emocional *para su observación y estudio*. Y ello excluye cualquier experimento y observación "en condiciones adecuadas" de laboratorio».

Esta observación resume la esencia de la obra de Gurdjieff. El concepto de conocimiento del hombre occidental se asienta en un error fundamental: la idea de que la adquisición de conocimiento sólo requiere inteligencia. En realidad, exige un tipo de *acción*. La conciencia necesita ser puesta en marcha. Cuando ello sucede, el hombre despierta al fin. Más adelante, en los Fragmentos, Ouspensky describe su breve experiencia de «despertar», que constituye el clímax del libro. Gurdjieff había estado forzando a sus alumnos a un ejercicio físico duro en extremo, como correr a toda velocidad dos millas, permanecer en pie con los brazos extendidos durante largos períodos, o marcar el paso (sin desplazarse) a ritmo ligero.

Había entrado en una sala donde nadie podía verme y empecé a marcar el paso a ritmo ligero, intentando a la vez respirar a un ritmo determinado, es decir, inspirando y espirando durante determinado número de pasos. Al cabo de cierto tiempo, cuando ya había empezado a fatigarme, advertí -para decirlo con más propiedad, noté muy claramente- que mi respiración era artificial e inestable. Aprecié que muy pronto sería incapaz de respirar como lo hacía y continuar marcando tiempos a paso ligero; la respiración ordinaria normal, muy acelerada, por supuesto, y sin ningún tipo de control, ganaría la partida.

Cada vez me resultaba más difícil respirar, mantener el ritmo y llevar la cuenta de pasos y respiraciones. Estaba bañado en sudor, la cabeza empezaba a darme vueltas y pensé que iba a caerme. Empecé a desesperar de obtener resultados de cualquier tipo y casi me había detenido cuando, de pronto, algo pareció quebrarse o moverse en mi interior y mi respiración continuó pausada y acompasada al ritmo que yo quería que llevase, pero sin ningún esfuerzo por mi parte, al tiempo que me aportaba toda la cantidad de aire que necesitaba. Era una sensación extraordinariamente agradable. Cerré los ojos y seguí marcando el paso, respirando fácil y libremente y sintiéndome como si en mi interior aumentara el vigor y me hiciera más ligero y fuerte. Me pasó por la cabeza que si lograba seguir corriendo de aquel modo durante cierto tiempo, conseguiría resultados más interesantes todavía, pues oleadas de placentero temblor habían empezado ya a recorrer mi cuerpo, lo cual -según conocía de anteriores experimentos- precedía a lo que denominaba apertura de la conciencia interior.

Pero, en ese instante, alguien entró en la sala y me detuve.

Es interesante observar las semejanzas entre este relato y el de Bennett (citado en el capítulo 1) de su experiencia en Fontainebleau. Ambos se impulsaron más allá del punto en el que la mayoría de la gente se detendría normalmente. De pronto, el «centro motor» tomó el control y empezó a actuar instintivamente. Por fortuna para Bennett, nadie le interrumpió y continuó la «apertura de la conciencia interior». Y observamos que esta apertura consistió en un control sobre la conciencia mucho mayor del que normalmente poseemos. También es importante apuntar que este control consiste en el uso de la imaginación. Bennett

pensó en amor, horror, sorpresa, etc., y su conciencia respondió al instante proporcionando la emoción o la sensación. Cuando yo imagino normalmente amor u horror, mi conciencia responde débilmente y la impresión se desvanece muy pronto. Bennett captó un destello de la auténtica potencialidad de la imaginación y del papel que juega como intermediaria entre la voluntad y el cuerpo.

Ouspensky parece haber rozado el borde de esta misma apertura de la conciencia interior, pero fue interrumpido antes de poder captarla plenamente. Reconoce que sus intentos para recrear la situación más adelante constituyeron un absoluto fracaso. El deseo de Ouspensky de obtener una certidumbre intelectual quedó satisfecho por las enseñanzas de Gurdjieff. Sin embargo, su anhelo de un milagro de transformación personal quedó tristemente frustrado.

## Cinco

### El diluvio y la época posterior

Incluso en 1915, cuando conoció a Ouspensky, Gurdjieff debió de comprender que sus planes de crear un instituto corrían peligro de fracasar. Por fortuna, no era el tipo de persona a quien eso pudiera afectarle. El confort y la seguridad pueden ser más peligrosos que la incertidumbre, que tiene la ventaja de mantener la mente alerta. Continuó su trabajo con los diferentes grupos, pero se preparó para ir más allá cuando llegara el momento. La guerra era una constante amenaza. Ouspensky se sintió especialmente impresionado cuando vio un camión que se dirigía hacia un hospital militar cargado de muletas, muletas para unos miembros que aún no habían sido amputados. Los ejércitos enemigos actuaban impulsados por emociones puramente mecánicas de patriotismo e indignación y nada podía impedir que se exterminaran. En el grupo de Ouspensky, en San Petersburgo, se hablaba con frecuencia de la idea del Arca de Noé, un barco que pudiera sobrevivir al diluvio de los acontecimientos que se avecinaban y que pudiera salvar a quienes lo construyeran.

En esa época, Gurdjieff continuaba con su trabajo en Moscú. Algunos miembros del grupo de Ouspensky acudían ocasionalmente allí y regresaban con algunas notas de las últimas conferencias de Gurdjieff. La «obra» consistía fundamentalmente en la auto observación, basada en las enseñanzas de Gurdjieff sobre los «centros». El problema fundamental era cómo «recordarse a uno mismo». Nuestro estado normal de conciencia carece de un «yo» central. Cuando abrimos los ojos por la mañana, las cosas son «vistas», pero no soy yo quien las ve; es la «máquina», el robot. Ouspensky representaba este concepto con un diagrama. Cuando presto atención al mundo externo, soy como una flecha que apunta hacia el exterior. Cuando cierro los ojos y me hundo «en mí mismo», mi atención se convierte en una flecha que apunta hacia el interior. Pero si intento hacer *ambas cosas a la vez*, es decir apuntar la «flecha» hacia adentro y hacia afuera, descubro inmediatamente que esto es tremendamente difícil. Transcurridos uno o dos segundos, olvido el mundo exterior y me sumerjo en una fantasía, o, por contra, me olvido de mí mismo y me quedo absorto en aquello a lo que estoy mirando. Sin embargo, decía Gurdjieff, esos momentos de autorrecuerdo, cuando la flecha apunta en ambas direcciones a la vez, son los más importantes de nuestras vidas. En todos los momentos de felicidad suprema, tenemos un sentimiento que podría expresarse así: «¿Qué, yo, aquí?» No sólo soy consciente de lo que me está ocurriendo, sino de que me está ocurriendo a *mí*. Uno de los ejercicios fundamentales de Gurdjieff durante aquellos días en Moscú era intentar mirar a un objeto -por ejemplo, un reloj- y al mismo tiempo ser *consciente*

*de uno mismo mirándolo*. Sus discípulos no tardaron en comprender la extraordinaria dificultad que entrañaba el autorrecuerdo.

Es evidente, decía Gurdjieff, que hay algo totalmente erróneo en el hombre tal como es en este momento. ¿Por qué experimentamos tantas cosas, para olvidarlas inmediatamente después? La mitad de nuestra experiencia desaparece de nosotros como el agua desaparece del lomo de un pato. Y, sin embargo, la experiencia es *alimento*, cuyo objetivo es permitirnos evolucionar.

Ouspensky no tardó en comprender que los esfuerzos por conseguir el autorrecuerdo podían ser extraordinariamente valiosos en este sentido.

Así, por ejemplo, en esa época me gustaba mucho caminar por la noche por San Petersburgo y «sentir» las casas y las calles. San Petersburgo está llena de estas extrañas sensaciones. Las casas, especialmente las viejas, estaban muy vivas; sólo me faltaba hablar con ellas. No había «imaginación» en ello. No pensaba en nada, simplemente caminaba mientras intentaba auto recordarme y mirar alrededor; las sensaciones acudían por sí solas.

Ouspensky estaba comenzando a experimentar ese sentido de control que Bennett experimentaría más tarde en Fontainebleau.

Ouspensky nos ha dejado un divertido relato sobre un intento fracasado de autorrecuerdo.

En una ocasión caminaba por Liteiny hacia Nevsky, y a pesar de todos mis esfuerzos no conseguía mantener mi atención en el autorrecuerdo. El ruido, el movimiento, todo me distraía. A cada minuto perdía el hilo de la atención, lo encontraba de nuevo para volver a perderlo. Finalmente, sentí una especie de ridícula irritación conmigo mismo y tomé por la calle de la izquierda decidido firmemente a centrar la atención en el hecho de que *me recordaría* cuando menos durante algún tiempo... Llegué a Nadejdinskaya sin perder el hilo de la atención, excepto por algunos breves momentos. Luego me dirigí de nuevo hacia Nevsky, pues me daba cuenta de que en las calles tranquilas era más fácil no perder la línea de pensamiento y, por tanto, deseaba probarme a mí mismo en otras calles más concurridas. Cuando alcancé Nevsky todavía me auto recordaba y comenzaba a experimentar el extraño estado de paz y confianza interiores que se alcanzan después de intensos esfuerzos de este tipo. Justo al doblar la esquina estaba el estanco donde me hacían los cigarrillos. Sin haber dejado de auto recordarme, pensé que iría a la tienda y encargaría algunos cigarrillos.

Dos horas después *me desperté* en Tavrisheskaya, es decir, muy lejos... La sensación de despertar era extraordinariamente vívida. Casi puedo afirmar que *lo alcancé*. Recordé todo al instante. Cómo había caminado por Nadejdinskaya, cómo me había auto recordado, cómo había pensado en los cigarrillos y cómo en ese pensamiento parecía haber caído y desaparecido inmediatamente en un profundo sueño.

A1 mismo tiempo, mientras me sumergía en ese sueño, había seguido realizando acciones coherentes y normales... y mientras avanzaba por Tavrisheskaya, comencé a sentir una extraña incomodidad, como si me hubiera olvidado algo. *De pronto recordé que me había olvidado de recordarme a mí mismo*.

Esta anécdota pone de relieve una serie de puntos importantes. En primer lugar, el singular sentido de profunda satisfacción y control -

satisfacción que se puede comparar casi con la satisfacción sexual- que acompaña al autorrecuerdo; el nacimiento de una forma más profunda y amplia de conciencia.

A continuación, hay que subrayar que fue el pensar en los cigarrillos lo que le hizo sumergirse en el «sueño». Esto explica por qué Gurdjieff creía tan importante abandonar deliberadamente determinados viejos hábitos para que la atención conseguida de esa forma actúe como un «despertador». Si Ouspensky hubiera tomado la decisión de dejar de fumar, el pensamiento del tabaco podría haber actuado como una «conmoción» adicional para mantener su objetivo, para fortalecer el punto débil de la «octava».

Finalmente, hemos de señalar que la conciencia de que había olvidado auto recordarse fue literalmente como despertarse. La afirmación de Gurdjieff de que la conciencia ordinaria es una forma de sueño, no ha de considerarse como una figura retórica, sino que hay que tomarla literalmente. Ouspensky cuenta cómo en otra ocasión alcanzó un estado de autorrecuerdo tan intenso que mientras caminaba por una calle vio realmente que la gente estaba dormida y distinguió sus cabezas envueltas en una especie de nube de sueños. Una vez más, no hay que tomar estas palabras como una figura retórica. El autorrecuerdo parece producir una extraña forma de «telepatía», en la que la conciencia se da cuenta de la existencia de un campo de realidad mucho más amplio. En cierto sentido, parece probable que Ouspensky pudiera ver literalmente «dentro de sus cabezas».

Conforme avanzaba el invierno de 1916, Ouspensky llegó a la convicción de que su «Arca» no podría protegerles del caos que les rodeaba. Aquel año, inmediatamente después de la Navidad, desapareció el favorito de la zarina, Rasputín. Éste había profetizado que si moría a manos de los campesinos, Rusia conservaría su prosperidad durante cientos de años, pero si moría a manos de la aristocracia, la familia real estaría condenada y no quedarían nobles en Rusia. Rasputín fue asesinado por el príncipe Félix Yussupov, y su cuerpo fue recuperado del Neva unas semanas después.

Gurdjieff regresó a Alexandropol, su ciudad natal, y telegrafió a Ouspensky para que se le uniera allí. Ouspensky se sintió intrigado por esa vislumbre del pasado de Gurdjieff y, por una gran fotografía en la que aparecía un joven Gurdjieff vestido con levita. De ahí -afirma Ouspensky- dedujo cuál había sido la profesión de Gurdjieff en esa época, pero decidió mantener el secreto. Por supuesto, se trataba de la fotografía de «hipnotizador» (reproducida por Bennett en *Gurdjieff: Haciendo un mundo nuevo*).

Ouspensky se sentía inquieto. Por su parte, Gurdjieff parecía trabajar normalmente, sin que le perturbaran los acontecimientos históricos. Le dijo a Ouspensky que creía que la situación no tardaría en tranquilizarse y que podría continuar su trabajo en Rusia. (Si realmente lo pensaba, respecto a lo cual uno nunca puede estar seguro cuando se trata

de Gurdjieff, su juicio no podía ser más equivocado.) Sin embargo, Gurdjieff no estaba satisfecho. ¿Por qué? Probablemente porque tenía el sentimiento de que su «método» todavía no era satisfactorio y que hacía falta algo, algo más *práctico*. La gente recibe cómodamente las nuevas ideas, pero luego vuelve a caer en el sueño. Necesitaba idear nuevos métodos para mantenerles despiertos.

Ouspensky regresó a San Petersburgo. Gurdjieff le dijo que pensaba ir a Kislovodsk para crear un nuevo grupo de trabajo, y aconsejó a Ouspensky -y a quien estuviera interesado- que se le uniera allí. De hecho, Gurdjieff se trasladó a Essentuki, en el Cáucaso. Allí alquiló una casa en las afueras del pueblo, donde sus discípulos trabajaron con una nueva intensidad durante seis semanas. En primer lugar, Gurdjieff introdujo varios ejercicios y técnicas. Algunos de esos ejercicios implicaban ejercitación o relajación muscular y resultarían familiares para cualquiera que practique el yoga. Otros eran más complejos. Entre ellos hay que mencionar uno de los más espectaculares ejercicios de Gurdjieff: el ejercicio «stop». Cuando gritaba «stop» todo el mundo tenía que interrumpir *instantáneamente* lo que estuviera haciendo, aunque la orden les sorprendiera en el momento de dar un paso o de ingerir un alimento. El objetivo de este ejercicio, decía Gurdjieff, era intentar que el individuo fuera consciente de su forma de hacer las cosas, de su postura y su respuesta muscular exactas. En años posteriores, en el Prieuré, en ocasiones entraba en el dormitorio en medio de la noche y hacía chasquear los dedos. Todo el mundo tenía que salir de la cama y colocarse en una postura determinada en cuestión de segundos. Gurdjieff intentaba cultivar un estado de *alerta* total.

Gurdjieff explicaba que quería introducir en sus discípulos el principio del súper esfuerzo. Cuando una persona camina 25 kilómetros en una climatología adversa y regresa a casa con frío y con hambre, pero decide caminar cuatro o cinco kilómetros más antes de entrar en la casa, eso es el súper esfuerzo.

Creo que en este punto Gurdjieff no explicó una cosa muy importante. No es el súper esfuerzo en sí mismo lo que cuenta, sino la energía que *concentramos* para afrontarlo. La cuestión fundamental en el «sistema» de Gurdjieff -y este extremo no se subraya lo suficiente en sus libros ni en los que se han escrito sobre él- es su convicción fundamental de que el hombre posee mucha más energía de la que cree, un gran depósito de «reservas vitales». Lo que nos separa de esas reservas es un sentimiento de pereza o, más bien, de *reluctancia*. Cuando nos vemos ante un posible esfuerzo pensamos: «¡qué aburrimiento!». Ese sentimiento de aburrimiento disminuye inmediatamente nuestra vitalidad. Si realizáramos un súper esfuerzo -como el de caminar los cuatro kilómetros adicionales- con un sentimiento de autocompasión, no serviría de nada. Pero si una crisis repentina -o una buena noticia inesperada (por ejemplo, alguien a quien amo me espera a cuatro kilómetros de distancia)- me

impulsara a caminar esos cuatro kilómetros, lo haría con un paso elástico, y decidido, si fuera necesario, a caminar muchos más kilómetros. Ése es, pues, el auténtico objetivo del ejercicio: conseguir ese estado de optimismo, de firmeza interior, que hace que el súper esfuerzo sea fácil. Como lo demuestra la historia de Fritz Peters (véase el capítulo 1), Gurdjieff había conseguido dominar el mecanismo para conseguir esas reservas vitales, superando su «reluctancia».

Pero el significado práctico de la doctrina del súper esfuerzo de Gurdjieff era que le parecía que ofrecía una nueva base para el «trabajo». En San Petersburgo y en Moscú, el «trabajo» había sido exclusivamente interno, por decirlo así. Ahora Gurdjieff buscaba deliberadamente dificultades a las que someter a sus discípulos, con el propósito específico de obligarles a conseguir la energía y atención necesarias. Por ejemplo, cuando llegó su discípulo Thomas de Hartmann -un antiguo oficial- con su mujer, Gurdjieff llamó a un tal Zaharoff para que hiciera té en un samovar. Esto implicaba un difícil ritual de encender pequeños fragmentos de madera y carbón bajo el samovar, que quemaban con dificultad. Si Zaharoff se distraía por un momento, se apagaban y tenía que encenderlos de nuevo. Durante el resto de su vida, Gurdjieff obtenía aparentemente un inmenso placer provocando problemas y confusión (en un determinado momento, Fritz Peters rompió sus relaciones con él, lleno de ira). El propósito que le guiaba era obligar a sus discípulos a realizar «súper esfuerzos». Gurdjieff fue con Hartmann y su esposa a la aldea a comprar un pastel y en el camino de regreso aceleró el paso de tal forma que en realidad avanzaban corriendo. También en este caso se trataba de un esfuerzo para acostumbrar a sus discípulos al súper esfuerzo.

El libro de Thomas de Hartmann, *Nuestra vida con el señor Gurdjieff*, es tal vez uno de los relatos más fascinantes y reveladores de Gurdjieff como persona. En él se cuenta otro de los «trucos» deliberados de Gurdjieff. En Essentuki anunció que tenía el proyecto de ir a Persia, lo cual provocó alarma y confusión inmediatas entre sus seguidores. Hartmann era todavía oficial, y convertirse en desertor provocaba en él grandes problemas de conciencia. Pero el día previsto para su partida, Gurdjieff afirmó que sólo iría a Tuapse, próximo al Mar Negro, y afirmó que quien quisiera ir con él sería bienvenido. Los Hartmann y algunos otros decidieron ir. Pero en Tuapse encontraron a Gurdjieff acostado en la cama, en un aparente estado de indecisión. Reinaba esa «pesada atmósfera que le abruma a uno cuando no sabe qué hacer». Y Hartmann añade incisivamente: «el señor Gurdjieff sabía cómo crear esa atmósfera». En otras palabras, Gurdjieff se daba cuenta de que sus discípulos estaban comenzando a depender de su fuerte resolución interior y deseaba hacerles abandonar ese hábito antes de que pudiera consolidarse.

Lo que sucedió después es también típico de Gurdjieff. Compró un carro y anunció que se marchaba. Colocó su equipaje en el carro y se alejó, diciendo a los Hartmann que caminaran por las montañas para encontrarse con él unos kilómetros más adelante. El camino fue largo y

duro y hacía calor, y finalmente descubrieron una posada donde podían esperar. Gurdjieff llegó cuando ya se había hecho de noche, pero no les permitió que se acostaran sino que propuso continuar el viaje a la luz de la luna. Continuaron caminando -la señora de Hartmann llevaba zapatos de tacón alto- hasta las dos de la madrugada, cuando comenzó a llover. Gurdjieff les dijo que encendieran fuego y que se acostaran todos excepto Hartmann, a quien le ordenó que permaneciera de guardia.

A1 día siguiente se sentía terriblemente fatigado, y Gurdjieff le dijo que colocara el equipaje sobre el carro. Pero Hartmann descubrió que si cerraba los ojos se caía del carro, por lo cual se vio obligado a luchar contra el sueño. Eso era, precisamente, lo que intentaba Gurdjieff. Creía que realizando esfuerzos intensos se produce una determinada forma de energía, la energía que necesita el hombre para auto transformarse. Sin esa energía puede pensar en la auto transformación, e incluso ansiarla, pero nunca alcanzarla.

Así pues, el viaje continuó. A1 menos, Hartmann comprendió el propósito de Gurdjieff. «A1 hablar de que iba a ir a Persia y provocar todo tipo de dificultades emocionales y físicas, estaba creando una carrera de obstáculos que teníamos que atravesar para alcanzar un cierto *do* en nosotros mismos, el *do* en la escala de nuestro desarrollo general.»

En un lugar llamado Outch-Dary, Hartmann cayó gravemente enfermo al comer ciruelas de un árbol (desoyendo los consejos de Gurdjieff) y estuvo a punto de morir. En su delirio, intentó incluso matar a su mujer. Cuando entró Gurdjieff en la habitación donde se encontraba Hartmann, éste comenzó a gritarle fuera de sí. Pero cuando Gurdjieff le colocó la mano en la frente, experimentó un profundo sentimiento de paz y se relajó. Gurdjieff poseía todavía sus poderes «mágicos». Finalmente, Hartmann se recuperó y regresaron a Essentuki. Al parecer, el propósito de ese viaje no había sido otro que el de situar a los Hartmann bajo una intensa presión.

Otro tanto cabe decir con respecto a un divertido incidente que ocurrió en un restaurante. Hartmann deseaba acudir a un club social y Gurdjieff aparentó que él y un médico amigo suyo habían sido invitados a cenar. La inflación constituía un serio problema y Hartmann no tenía un ingreso regular. Sin embargo les invitó al restaurante. Gurdjieff ordenó que le sirvieran los platos más caros, y Hartmann tuvo que dar una propina al camarero para que fuera a ver a su esposa a fin de que le entregara 500 rublos. Pero al día siguiente, Gurdjieff devolvió el dinero a Hartmann, explicándole que había actuado así por su propio bien. Hartmann no se comportaba todavía como un adulto, como lo demostraba el hecho de que se hubiera sentido tan incómodo con respecto a la comida. Era la parte infantil de él la que le había hecho sentirse avergonzado.

La situación en Rusia era grave. Había estallado la revolución bolchevique y el gobierno provisional de Kerensky había sido derrocado. Rusia estaba desgarrada por la guerra civil. Los estudiantes como

Hartmann -y otros ex oficiales- estaban en peligro. Pero, por el momento, los bolcheviques sólo habían avanzado hasta las laderas septentrionales del Cáucaso. En el sur dominaban todavía los mencheviques, socialistas moderados que se oponían al bolchevismo. Lamentablemente, Gurdjieff y sus discípulos se hallaban en territorio bolchevique. Lo primero que hizo Gurdjieff fue asegurarse una buena relación con los bolcheviques locales. Para ello, dijo a uno de sus discípulos, un ruso blanco abogado de profesión, que les ofreciera sus servicios legales. El abogado consiguió convencerles de que era un ardiente revolucionario pronunciando un inflamado discurso sobre Proudhon y Fourier, y fue inmediatamente aceptado.

Gurdjieff le dijo también al abogado que escribiera al soviet de Essentuki, realizando una petición formal para organizar una expedición científica al monte Induc en el Cáucaso donde, según explicó, querían descubrir dólmenes y, también, oro. Gurdjieff consiguió astutamente que apareciera un artículo en un periódico de Piatigorsk -cuartel general del soviet supremo de la región- donde se mencionaba la expedición y la importancia de sus objetivos. Así, obtuvieron el permiso. Gurdjieff convenció incluso a los bolcheviques para que les aprovisionaran de alcohol puro para «lavar el oro». Posteriormente, diluyeron el alcohol para su consumo. (En aquel momento era imposible obtener alcohol.) El abogado, a quien habían nombrado encargado de la oficina de pasaportes, les proporcionó a todos ellos pasaportes soviéticos.

Hartmann se sorprendió al ver que Gurdjieff golpeaba a los caballos en el vientre y les encabritaba. Comprendió por qué había actuado así cuando más tarde los soldados acudieron a requisar los caballos, devolviéndolos dos horas después afirmando que eran peligrosos. Finalmente, los bolcheviques cedieron a la «expedición» un tren que les llevó hasta Maikop, en el límite del territorio bolchevique. Dos semanas después de que hubieran salido de Essentuki, los bolcheviques establecieron un auténtico reinado de terror y todos los ex oficiales fueron fusilados.

Maikop cayó en manos de los rusos blancos. Se hacía necesario conseguir nuevos pasaportes, y los rusos blancos ponían dificultades. Pero Gurdjieff siguió con su buena suerte. Un almirante, viejo amigo de uno de los miembros del grupo, arregló todos los problemas. Al día siguiente de que Gurdjieff y su grupo abandonaran Maikop, esta localidad fue reconquistada por los bolcheviques. Pero para entonces ellos viajaban ya hacia el sur. El trayecto hacia Tiflis fue difícil y peligroso. Hartmann y su grupo fueron asaltados por una banda de ladrones. (Gurdjieff, siempre con su buena suerte, había ido por delante y no tuvo dificultades.) Por fortuna, la esposa de Hartmann convenció a los ladrones para que les dejaran algunas de las provisiones fundamentales. Tuvieron suerte al escapar sanos y salvos, pues otros viajeros habían resultado muertos en ese mismo camino.

El anunciado proyecto de Gurdjieff de descubrir dólmenes era

cierto. Cuando, al llegar a una aldea de montaña, le dijeron que había dólmenes en la región, pidió que le condujeran a uno de ellos. El dolmen en cuestión resultó ser un inmenso cofre de piedra con una tapadera. Cuando le preguntaron sobre la naturaleza de esas piedras, Gurdjieff replicó que eran «indicadores de carretera» que mostraban el camino hacia los lugares de iniciación, afirmación que revela que poseía un conocimiento esotérico sobre los monumentos de piedra y su propósito. Esto se ve confirmado por lo que ocurrió a continuación. Gurdjieff preguntó a sus guías si había más dólmenes en la zona, y le contestaron negativamente. Entonces realizó una serie de medidas y cálculos, y les condujo a través de espesos bosques, en los que tuvieron que hacer uso de las hachas para abrirse camino. Condujo al grupo hasta otros dos dólmenes, ambos totalmente cubiertos de vegetación y desconocidos para la población local. Los guías se quedaron atónitos. En su relato del viaje, Gurdjieff afirma crípticamente que varios expertos que había entre sus discípulos -en ingeniería, astronomía y arqueología- le ayudaron a «resolver el problema de los dólmenes». Es de lamentar que no haya quedado registrada su «solución».

Finalmente, llegaron a Tiflis, la capital de Georgia, todavía en manos de los mencheviques. Gurdjieff no sólo tenía que alimentar a sus discípulos, sino también a 28 parientes que habían abandonado Alexandropol ante el avance de los turcos. (El padre de Gurdjieff había resultado muerto.) El propio Gurdjieff sufría de una enfermedad que había contraído durante el viaje, pero con su acostumbrada decisión se dedicó a la tarea de conseguir dinero. Envío a algunos de sus discípulos a recorrer las localidades vecinas para comprar alfombras a bajo precio. Otros las lavaban y las reparaban y, finalmente, las vendían. Al cabo de algunas semanas, el negocio había alcanzado una situación floreciente y tenían más de lo que necesitaban para satisfacer sus necesidades. He aquí otro ejemplo de la afirmación fundamental de Gurdjieff: quienes son buenos «para el trabajo» lo son también para la actividad práctica de sobrevivir.

Gurdjieff inició una vez más su instituto en Tiflis con una cierta ayuda por parte del gobierno. Poco a poco fue perfeccionando y desarrollando su «método». Antes de abandonar Essentuki, había introducido los «movimientos» o danzas sagradas como disciplina básica del «centro de movimiento», con el objetivo de dotar al cuerpo de su propia forma de «conciencia». Luego, elaboró un proyecto en el que hablaba de «ejercicios para el desarrollo de la voluntad, la memoria, la atención, el oído, el pensamiento, la emoción y el instinto». Pero la situación era precaria. El gobierno georgiano sólo se sostenía gracias a la presencia militar británica, y cuando los ingleses decidieron marcharse, la llegada de los bolcheviques sólo fue cuestión de tiempo.

El jefe de la inteligencia militar británica en Constantinopla era un joven oficial británico llamado John Bennett. Al igual que a Gurdjieff, le fascinaban los derviches y sus ceremonias. Había visto a un viejo derviche acostado sobre la espalda y con el cuerpo atravesado por una afilada

espada sobre la cual había un hombre de pie y, sin embargo, el cuerpo del derviche no presentaba marca alguna. Bennett se había convencido de que la respuesta al misterio de las limitaciones humanas reside en el concepto de la quinta dimensión.

Bennett había conocido a Ouspensky en Constantinopla. En esa época, este último había decidido separarse de Gurdjieff. La razón que da en *En busca de lo milagroso* es que le parecía que el trabajo de Gurdjieff se orientaba cada vez más hacia la religión. Casi con toda seguridad, la auténtica razón es que Ouspensky era una mente demasiado dominante y original como para ser «discípulo» de nadie, y le parecía que la personalidad enigmática de Gurdjieff era demasiado complicada y oriental para su forma occidental de ser. En Constantinopla prosiguieron sus caminos separados. El primer libro de Ouspensky, *Tertium Organum*, acababa de ser traducido al inglés y se convirtió en un éxito de ventas. Ello hizo que Ouspensky fuera invitado a Londres por Lady Rothermere. A Bennett no le impresionaban las ideas de Ouspensky, y cuando se enteró de la presencia de Gurdjieff en Constantinopla, su primera reacción fue de desconfianza, pues había recibido un despacho en el que le advertían que Gurdjieff era un agente bolchevique.

Pero su primer encuentro con Gurdjieff disipó todas las dudas. Ese hombre «con los ojos más extraños que he visto nunca» poseía, ciertamente, un conocimiento vasto y preciso sobre una serie de temas sobre los que Bennett estaba todavía iniciándose. Bennett fue invitado a contemplar cómo efectuaban los discípulos de Gurdjieff sus «movimientos» sagrados y se sintió profundamente impresionado. Esa fascinación se prolongaría durante toda su vida.

Durante un año -hasta septiembre de 1921- Gurdjieff dirigió su instituto desde Constantinopla. Asimismo, y esto es bastante extraño, se había establecido como psiquiatra y en condición de tal curó a un joven griego de drogadicción y alcoholismo. A cambio de ello le regalaron la mitad de un barco que había sido requisado por la armada británica. Con la ayuda de Bennett, Gurdjieff consiguió que el barco fuera liberado y vendido, y su participación le proporcionó dinero suficiente para realizar la ambición que no le había abandonado desde que llegara a Constantinopla: trasladar su instituto a Europa.

## Seis

### El despertar del coraje

Vosotros creéis que sabéis quiénes sois y lo que sois; pero no sabéis hasta qué punto sois esclavos hoy ni hasta qué punto podríais ser libres. El hombre no puede hacer nada: es una máquina controlada por influencias externas, no por su propia voluntad, la cual es una ilusión. Está profundamente dormido. No tiene un ser permanente al que pueda llamar «Yo». Y ello porque no es uno, sino muchos; sus estados de ánimo, sus impulsos, el sentido mismo de su propia existencia no son más que un flujo constante. No os pido que creáis lo que yo os digo, pero si os observáis comprobaréis que es cierto. Realizad el experimento de intentar recordar vuestra propia existencia y veréis que no podéis recordar durante más de dos minutos. ¿Cómo es posible que el hombre, que no puede recordar quién y qué es, que no conoce las fuerzas que le impulsan a la acción, pretenda que puede hacer algo? No, la primera verdad que hay que comprender es que vosotros y yo y todos los hombres no somos sino máquinas. El hombre no tiene poder para dirigir sus asuntos privados, y carece igualmente de capacidad en su vida social y política (Witness, J. G. Bennett, pág. 87).

Ésta era la doctrina que Ouspensky enseñaba en 1922, en un piso de Londres situado en el número 38 de Warwick Gardens. Uno de los asistentes, el «ocultista» A. E. Waite, se levantó y dijo indignado: «Señor Ouspensky, no hay amor en su sistema» y salió de la habitación. Pero fue la excepción. El resto de los asistentes -entre los que había numerosos doctores, psiquiatras y escritores- encontró sus doctrinas inquietantes, originales y fascinantes.

Como exiliado ruso, Ouspensky tuvo suerte de poder asentarse en Londres. También Gurdjieff intentó establecer su Instituto en Hampstead, pero no pudo conseguir los permisos necesarios. No le importó, porque ya había decidido que París sería más conveniente. (Antes había abandonado el proyecto de establecerse en Alemania cuando comprendió que la situación política en ese país era inestable, como en Rusia o Turquía.)

Antes de marchar de Londres, Gurdjieff pronunció una serie de notables conferencias. Bennett asistió a alguna de ellas y tomó notas, que cita en *Gurdjieff: Haciendo un mundo nuevo*. Una vez más, estas notas reflejan la notable precisión científica de las teorías de Gurdjieff. Éste planteaba uno de sus conceptos fundamentales: la diferencia entre «personalidad» y «esencia». Un niño, al nacer, tiene tan sólo «esencia», su respuesta fundamental al mundo. Cuando cumple seis o siete años, el niño comienza a desarrollar su «personalidad» -es decir, a tener conciencia de sí mismo como una persona entre otras-, *en respuesta* a otras personas: Cuando eso ocurre, afirma Gurdjieff, la «esencia» interrumpe frecuentemente su desarrollo por completo, siendo sustituida por la personalidad. Algunas personas que parecen tener una personalidad poderosa y vital, en realidad están vacías en su interior; su esencia dejó de

desarrollarse cuando eran niños.

En *En busca de lo milagroso*, Ouspensky menciona un extraordinario experimento realizado por Gurdjieff para mostrar a sus discípulos la diferencia entre esencia y personalidad. Se seleccionaron dos personas para el experimento. Una de ellas era un destacado hombre de mediana edad que ocupaba una importante posición, y el otro un joven de pocas luces que tendía a la verborrea y a la confusión. De alguna forma, ya fuera por hipnosis o por medio de una droga (Ouspensky no lo especifica) sumergió a ambos en una especie de semitrance en el que la «personalidad» quedaba eclipsada (En *Venture With Ideas*, Kenneth Walker afirma que Ouspensky le dijo a Gurdjieff que en esa ocasión les había administrado una droga). El hombre mayor adoptó una actitud completamente pasiva. Cuando le preguntaron sobre la guerra -tema respecto al cual había expresado las opiniones más encendidas un momento antes dijo que no le interesaba. Por su parte, el joven comenzó a hablar con seriedad y sencillez, demostrando una gran capacidad de juicio. Gurdjieff explicó que el joven tenía una «esencia» bastante bien desarrollada, que había quedado oculta bajo una capa de torpeza, una tendencia a dejarse impresionar en exceso por otras personas, lo que le hacía aparecer como un estúpido. Al hombre mayor le quedaba muy poca «esencia»; había desarrollado una personalidad jactanciosa y terca, pero debajo de ella no quedaba nada.

A1 finalizar las conferencias de Londres, Gurdjieff desarrolló su concepto de esencia y personalidad: «lo que llamamos "voluntad" procede tan sólo de la personalidad. No tiene conexión con la voluntad real. Algo toca la personalidad y dice "quiero" o "no quiero"... y piensa que es voluntad. No es nada. Es pasivo. La voluntad sólo puede estar en la esencia».

La esencia, explicó Gurdjieff, no tiene mente crítica:

Es confiada, pero como no sabe, es recelosa. No se puede influir en la esencia mediante un argumento lógico, ni convencerla. Hasta que la esencia comienza a experimentar por sí misma, permanece como siempre fue. Algunas veces, surgen situaciones en las que la personalidad no puede reaccionar, y la esencia tiene que reaccionar. Entonces vemos qué es lo que hay en la esencia de una persona. Tal vez es tan sólo un niño y no sabe cómo comportarse. De nada sirve decirle que se comporte de manera distinta, porque no entenderá nuestro lenguaje.

Tal vez, la afirmación más significativa en esta conferencia sobre la esencia y la personalidad sea ésta: «La esencia y la personalidad se hallan incluso en partes diferentes del cerebro.» En la época en que la hizo, esta afirmación no debió tener mucho significado ni siquiera para los médicos y psicólogos que le escucharon, a menos que recordaran las palabras del neurólogo Hughlings Jackson, que había señalado: «La expresión en la izquierda, el reconocimiento en la derecha.» Lo que quería decir es que el cerebro humano parece estar dividido en dos partes, y que el hemisferio cerebral izquierdo se ocupa del lenguaje y la lógica, mientras que al derecho le compete el reconocimiento (por ejemplo, de los rostros) y la

intuición. No fue sino mucho después de la muerte de Gurdjieff cuando el científico norteamericano R. W. Sperry realizó el experimento de cortar el istmo de fibra nerviosa que une las dos mitades del cerebro, realizando el sorprendente descubrimiento de que literalmente tenemos *dos personas diferentes* en el interior de nuestra cabeza. Cuando se muestra a un sujeto con el «cerebro dividido» algo para que lo vea sólo con el ojo izquierdo (que por alguna extraña razón está conectado con la parte derecha del cerebro) y le preguntamos qué le hemos enseñado, no puede responder. Pero si le pedimos que escriba con su mano izquierda lo que ha visto, escribirá el nombre del objeto sin ninguna dificultad. Cuando le hacemos ver una naranja con el ojo izquierdo y una manzana con el ojo derecho y le preguntamos qué es lo que acaba de ver, replica: «Una manzana». Si le pedimos que describa con la mano izquierda qué es lo que ha visto, escribirá: «Una naranja». Si le preguntamos qué es lo que acaba de escribir replicará: «Una manzana». Si colocamos ante su ojo izquierdo una imagen procaz, puede que enrojezca; pero si le preguntamos por qué ha enrojecido, replicará sinceramente que no lo sabe.

Es decir, el «Yo» ocupa la zona izquierda del cerebro, la zona que tiene que ver con el lenguaje y la lógica. A unos centímetros de distancia hay otro «Yo», un «Yo» sin voz, cuya existencia parece ignorar por completo la zona izquierda del cerebro.

Los psicólogos ignoran todavía por completo la naturaleza de la hipnosis. ¿Cómo es posible poner en trance a una persona y convencerla para que haga cosas que no podría hacer en el estado consciente, como dejar de fumar, hacer que desaparezcan las verrugas, e incluso acostarse entre dos sillas mientras un hombre se pone de pie sobre su estómago? Durante el trance, el ego consciente se duerme, mientras que una parte de nuestro yo interior permanece totalmente despierto. (El ritmo cerebral de una persona hipnotizada es el mismo que cuando está inconsciente.) Esto parece indicar que la hipnosis hace que la zona izquierda del cerebro se duerma mientras que la derecha permanece despierta. Y cuando el ego crítico y consciente está dormido, nuestros poderes naturales pueden expresarse sin limitaciones. (Todos sabemos que la timidez excesiva nos hace torpes e ineficaces.)

Todo el mundo puede aprender mucho sobre estos dos «yoes» mediante la auto observación. Por ejemplo, es claro que la zona izquierda del cerebro es la fuente de donde proceden todos los actos ordinarios de voluntad: «Yo» decido hacer algo. Pero a la zona derecha del cerebro parece corresponderle la *provisión de energía*. Cuando «Yo» me siento cansado y hastiado, puedo renovarme rápidamente si consigo olvidar el yo, y sumergirme totalmente en algo que «me haga salir de mí mismo». Sin duda, Gurdjieff entendía perfectamente este mecanismo, y ello explica que pudiera renovar sus energías tan rápidamente después de haber «recargado» al exhausto Fritz Peters.

En resumen, la auto observación parece confirmar que estamos formados por dos «yoes» diferentes que se corresponden con la esencia y la

personalidad de las que habla Gurdjieff. Lo más sorprendente es el hecho de que Gurdjieff supiera que podían ser situados en diferentes partes del cerebro, aunque probablemente no sabía nada sobre la fisiología cerebral. Una vez más, nos vemos obligados a concluir que posiblemente decía la verdad cuando afirmaba que su sistema se basaba en un antiguo conocimiento científico que había sido olvidado desde hacía mucho tiempo por la mayor parte de la raza humana.

En Francia, Gurdjieff no tardó en localizar una casa que parecía ideal para establecer su instituto: el Chateau du Prieuré, cerca de Fontainebleau, habitado en otro tiempo por madame de Maintenon, segunda esposa de Luís XIV. El castillo tenía unos jardines amplios y frondosos que constituían un buen lugar para «trabajar». Gurdjieff lo alquiló por un año con opción de compra. Pero la operación agotó por completo sus reservas económicas, y una vez más se vio obligado a conseguir grandes sumas de dinero. Estableció dos restaurantes en París y se embarcó en el negocio del petróleo. Asimismo, se estableció de nuevo como psiquiatra, ofreciéndose a curar el alcoholismo y la drogadicción. Su éxito en este terreno fue al parecer notable, aunque no poseemos constancia escrita de sus métodos. Todas estas actividades suponían un exceso de trabajo y la utilización hasta el límite de sus energías vitales. Gurdjieff cuenta cómo una noche en que regresaba al Prieuré en un estado de agotamiento total, se durmió, pero de alguna forma consiguió detener el coche a un lado de la carretera. A la mañana siguiente le despertó la furgoneta de una granja que intentaba pasar. La consecuencia de ese episodio fue un fuerte resfriado cuyos efectos se prolongaron durante bastante tiempo.

Su discípula Gladys Alexander escribió:

La vida en el Prieuré transcurría a un ritmo muy acelerado. Había que ocuparse del pesado trabajo de la vieja cocina y fregadero, del trabajo de la casa y la lavandería, de los jardines, y cuidar los caballos, el burro que arrastraba el carro, las ovejas y las cabras, las vacas y los terneros, las gallinas, los cerdos y los perros. Se vivía en una atmósfera donde reinaba la velocidad y la tensión, el entusiasmo y las grandes expectativas.

Era el amigo de Gurdjieff, Pogossian, quien le había explicado el secreto fundamental sobre el trabajo. Pogossian nunca se relajaba; sin cesar movía rítmicamente sus brazos y marcaba el ritmo con los pies; afirmaba que su objetivo era acostumbrar a su naturaleza a amar el trabajo, a superar su pereza habitual. Gurdjieff aplicaba ahora esa lección a sus discípulos.

Pero ése no era el único propósito del duro trabajo físico que se desarrollaba en el Prieuré. Respondía también a la convicción de Gurdjieff de que la «personalidad» es uno de los grandes obstáculos para la realización personal. La personalidad es estúpida; tiene reacciones exageradas, desconfía de sí misma y se inclina a la desesperación. Todo

esto aparece reflejado en el caso del joven cuya «esencia» era mucho más sensata y controlada que su personalidad, la cual se comportaba como un bufón. El problema resulta doblemente difícil cuando no existe un propósito, ni un objetivo serio. El trabajo duro y la existencia de un objetivo serio enseñan en seguida a la personalidad a mantenerse callada y quieta. Muchos de los discípulos de Gurdjieff eran gente adinerada que nunca habían trabajado duro. Así pues, el trabajo intenso era un primer paso fundamental para reajustar su equilibrio interior. El trabajo físico presenta otra gran ventaja. Cuando el cuerpo está cansado, se relaja; la «personalidad» pasa a un segundo plano. Esto explica, por ejemplo, por qué es mucho más fácil «sumergirse en» la música o en la poesía cuando estamos cansados físicamente. La personalidad deja de ser un obstáculo, una barrera. Deja de hablar y de interrumpir. Por eso, el contacto entre la esencia del que escucha y la esencia de la música -o la poesía- es más inmediato y directo. El contacto entre la esencia de Gurdjieff y sus discípulos era también más directo.

Previsiblemente, Gurdjieff fue objeto de grandes críticas e incomprendimientos. Rom Landau afirma en *God is My Adventure* (publicado en 1935): «Algunos de los discípulos se quejaban a veces de que no podían soportar el temperamento violento de Gurdjieff, su aparente ambición de dinero y la extravagancia de su vida privada». Esta última afirmación es, tal vez, una referencia directa a la reputación de Gurdjieff de que seducía a sus discípulas. (En Providence, Rhode Island, en 1960, un profesor me señaló a un hombre y me dijo que era uno de los hijos ilegítimos de Gurdjieff. Me aseguró que Gurdjieff tenía muchos hijos en América.)

«Gurdjieff hablaba de las mujeres en unos términos que habrían parecido más propios de un fanático musulmán polígamo que de un cristiano. Se jactaba de tener muchos hijos de diferentes mujeres, y afirmaba que para él las mujeres no eran sino un medio para alcanzar un fin.» - *Witness*, J. G. Bennett, pág. 258.

Una muchacha rusa, tísica, Irene Reweliotty, que se inició en el «trabajo» de la mano de su amante Luc Dietrich, fue invitada a cenar por Gurdjieff, quien le pidió (en ruso) que regresara cuando se hubieran marchado los demás invitados. Convencida de que Gurdjieff pretendía seducirla, le telefoneó para decirle que su madre la esperaba en casa. «Éste la insultó de tal forma que a ella no le quedó duda de cuáles eran sus intenciones», dice Louis Pauwels en su libro sobre Gurdjieff. Ella le contó a otro discípulo lo que había ocurrido y entonces éste le abofeteó en la cara. Unos días después, la muchacha murió de un ataque al corazón.

Pero la acusación más frecuente contra Gurdjieff era la de que reducía a sus discípulos a la condición de meros autómatas al hacerles trabajar en exceso. En una ocasión, una de sus discípulas vomitó sangre y el doctor diagnosticó una úlcera. Gurdjieff negó que fuera sangre e hizo un diagnóstico diferente. Pero la sometieron a una operación que reveló que el médico tenía razón. La impresión de que Gurdjieff trataba a sus alumnos

con la brutalidad de un sargento del ejército se vio reforzada por una serie de historias que circularon tras la muerte de Katherine Mansfield. Esta escritora neozelandesa estaba ya al borde de la muerte por efecto de la tuberculosis cuando decidió pedir a Gurdjieff que le dejara ir al Prieuré en el mes de octubre de 1922. Durante las seis primeras semanas se le permitió vivir como una espectadora, pero luego le pidieron que participara en el trabajo, colaborando en la cocina. Gurdjieff llegó a la conclusión de que necesitaba respirar el aliento de las vacas para poder mejorar su salud, e instaló un sofá en el granero que quedaba encima del establo, donde ella se sentaba e inhalaba el aire del establo. De nada sirvió esta medida, y en el mes de enero, diez semanas después de su llegada, murió por efecto de una hemorragia. Las cartas que escribió a su marido, Middleton Murry, demuestran con toda claridad que en ningún momento hubo un intento de explotarla en el trabajo, pero su muerte acarrió al instituto de Gurdjieff una reputación siniestra.

De cualquier forma, no hay duda de que el trabajo duro podía ser peligroso. Bennett no sólo sobrevivió a la disentería y al exceso de trabajo sino que se benefició de ambas cosas. Sin embargo, quienes tenían un espíritu más débil o menos perseverante podían derrumbarse por efecto del agotamiento. Louis Pauwels cuenta que «tras dos años de "trabajo"... me encontré en el hospital muy debilitado, habiendo perdido un ojo casi por completo, al límite del suicidio y pidiendo ayuda desesperadamente a las tres de la mañana». Y hace referencia también a dos muchachas norteamericanas que habían pasado dos años en un grupo dirigido por Madame de S. (posiblemente Jeanne de Salzman): «Estaban en las últimas, a punto de lanzarse hacia la muerte, de hecho, inclinándose sobre ella... fascinadas». Les recomendó que «abandonaran el aprendizaje» y se retiraran a un lugar de la costa.

Todo esto nos conduce hasta el punto clave del problema Gurdjieff. Como hemos visto, a éste le obsesionaba, durante su juventud, la imposibilidad de controlar su «falta de memoria». En efecto, *éste* es el problema humano fundamental: la falta de memoria, como cuando uno entra en una habitación para coger algo y olvida qué es lo que había ido a buscar. Cuando conseguimos algo que deseábamos muy ardientemente o experimentamos un gran alivio tras haber superado una situación difícil, o una crisis, nos parece que *nunca olvidaremos* esa felicidad, pero 24 horas después sólo conservamos un mero recuerdo y nos vemos inmersos de nuevo en las trivialidades. Si pudiéramos seguir un curso para *no* «olvidar», nuestras vidas cambiarían totalmente. Después de todo, cualquier persona inteligente puede entrenarse por sí sola para ser menos distraída. Parece ridículo que una ligera distracción sea lo único que nos separa de una vida diez veces más satisfactoria de la que llevamos en la actualidad. Quien comprenda esto ha de experimentar la misma frustración que Gurdjieff y deseará realizar los más agotadores esfuerzos para conseguir superar la situación.

Pues bien, aquí reside el problema. El agotamiento empeora mucho

más las cosas. Cuando estamos sanos y bien despiertos experimentamos siempre el «placer absurdo» que reaviva el sentimiento de objetivo y de propósito. Pero el agotamiento hace que parezca que todo está muerto, que no merece la pena realizar ningún esfuerzo. El mundo resulta «vacío, monótono e inútil». Y si nos dejamos llevar por esta aparente falta de sentido, nos encontramos en una situación muy peligrosa. Entramos en un círculo vicioso de depresión y fatiga. Cuando carece de objetivos, el ser humano es como un marino que ha perdido la brújula.

Este peligro no existía para hombres como Ouspensky y Bennett. Mucho antes de que conocieran a Gurdjieff, habían pasado años y años a la búsqueda de alguna forma de conocimiento. Por ello, no era posible que la fatiga les hiciera desmoronarse, es decir, verse dominados por el sentimiento de la ausencia de sentido y de significado. Pero el caso de Katherine Mansfield es muy diferente. Incluso el libro que John Carswell escribió sobre ella (*Life and Letters-Studies of A.R. Orage, Beatrice Hastings, Katherine Mansfield, J. M. Murry and S. S. Kotliansky*. Londres, 1978. Carswell enjuicia negativamente a Gurdjieff, pero en muchos casos carece de información verídica. De todas formas, hay que leer su relato como un interesante ejemplo de las interpretaciones erróneas de que Gurdjieff sigue siendo objeto) y en el que el autor adopta una actitud positiva hacia la escritora, pone en claro que era una diletante emocional, impulsada por una mezcla de egoísmo y aburrimiento. Tal vez, si hubiera recuperado la salud en el Prieuré habría escrito un relato corto satírico sobre todo ello, presentando a Gurdjieff como un charlatán. Gurdjieff recibió numerosas críticas por la forma en que se desembarazaba de aquellos discípulos que no le gustaban -como Zaharoff, a quien envió a Petrogrado desde Essentuki-, pero todo parece indicar que no realizó ese ejercicio de selección con el suficiente rigor.

Lo que pone de relieve el relato del propio Gurdjieff respecto al instituto de Fontainebleau es que durante la mayor parte del tiempo se hallaba en un estado de agotamiento físico y que en todo momento le preocupaba el dinero. Si es verdad que situaba a sus discípulos en el límite de la resistencia, no actuaba de forma diferente consigo mismo. Y, como reconoce Bennett, el sistema era fructífero.

A pesar de todos los obstáculos, lo cierto es que en el período transcurrido desde noviembre de 1922 a diciembre de 1923 Gurdjieff consiguió algo que nunca se había visto en Europa hasta entonces. Creó unas condiciones de trabajo que permitieron a mucha gente comprobar por sí misma el potencial de transformación latente en todo ser humano. El método era simple: consistía en ofrecer a los discípulos la oportunidad y los medios de llevar hasta el límite la capacidad de su cuerpo físico para el trabajo, para la atención, para desarrollar determinadas habilidades y para la producción de energía psíquica... La descripción de la vida en el Prieuré no da una idea precisa de lo que ocurría en el interior de los individuos. Podían ver por sí mismos que los milagros eran posibles y que ocurrían ante sus ojos. El ambiente era feliz y vital, no aburrido ni monástico.

Pero sería totalmente erróneo poner el énfasis en el trabajo. En esencia, el trabajo carecía de importancia. Dos anécdotas sirven para

ilustrar este punto. Bennett afirma que un día Gurdjieff anunció que el trabajo físico no era suficiente: todos tenían que aprender diversos oficios: reparación de calzado, ingeniería, cestería, etc. Pidió voluntarios y todo el mundo levantó la mano. Pero, finalmente, no se realizó la instrucción en todos esos campos. Sin embargo, Bennett subraya que la *expectativa* que creó ese trabajo adicional galvanizó a todo el mundo y les dio una nueva energía.

Gurdjieff le ordenó a Fritz Peters que cortara el césped de los prados en cuatro días. Cuando lo consiguió, en lugar de felicitarle, le dijo que tenía que hacerlo en un día. Al ver la frustración y el desencanto de Peters, le llevó hasta un campo cercano, con hierba alta, y le dijo que cuando hubiera aprendido a cortar la hierba en un día, le llevaría a ese campo, que tendría que segar también en un día. (Peters era, a la sazón, un muchacho de once años.) Éste se sintió deprimido ante la perspectiva del trabajo que le esperaba. Sin embargo, se esforzó y consiguió cortar todos los prados en un día y comprobó que el sentimiento de autocompasión y resentimiento desaparecían con el trabajo. Cuando finalmente le preguntó a Gurdjieff cuándo tenía que segar el campo, éste le contestó: «No es necesario. Ya has hecho el trabajo». Es decir, la perspectiva del trabajo mucho más duro de segar el campo había servido para que Peters contemplara como un trabajo menor el tener que cortar la hierba de los prados. Esto es lo que Gurdjieff perseguía, algo que podríamos llamar el «despertar del coraje».

A comienzos de 1924, la difícil situación económica de Gurdjieff le llevó a pensar en la posibilidad de llenar sus arcas en Estados Unidos. En diciembre de 1923 había organizado una exhibición de sus danzas en el Théâtre des Champs-Élysées, que constituyó un gran éxito, y tal vez fue esto lo que dio a Gurdjieff la idea de ganar dinero al otro lado del Atlántico. Ouspensky le puso en contacto con Claude Bragdon, que había traducido *Tertium Organum*. A. R. Orage, que había dejado su puesto de editor de New Age para trabajar con Gurdjieff, marchó por delante para preparar el terreno. (Orage acabó estableciéndose en Nueva York.) Gurdjieff y su grupo llegaron en enero de 1924 -eran cuarenta- e hicieron una exhibición en el Leslie's Ballroom el día 23.

Los discípulos realizaron sus «movimientos» con acompañamiento de música oriental y de un tambor, y a continuación efectuaron una exhibición de «magnetismo, clarividencia y lectura mental». Se pidió a diversas personas de la audiencia que mostraran un objeto personal a un discípulo situado entre el público. A continuación, los discípulos que se hallaban en el escenario describieron con precisión lo que habían mostrado. El público sugería el nombre de diversas óperas a los discípulos que se hallaban entre la audiencia y éstos «transmitían» la información a Thomas de Hartmann, que se hallaba en el escenario, quien a continuación interpretaba fragmentos de la obra. De la misma forma, los discípulos que se hallaban entre la audiencia «transmitían» nombres de animales a un artista que se hallaba en el escenario, que los dibujaba en

grandes hojas de papel blanco. Fue una notable exhibición de lectura mental, y al menos uno de los espectadores, C. S. Nott (que más tarde escribió *Teachings of Gurdjieff: The Journal of a Pupil*), se sintió fuertemente impresionado. Otro espectador, William Seabrook, opinaba que cuanto habían hecho no era más que un truco. (Orage comunicó a los asistentes que en la función habría «trucos, medios trucos y auténticos fenómenos sobrenaturales», dejando que fuera el público quien decidiera a qué categoría adscribir cada una de las demostraciones.) Seabrook escribió:

Lo que me llamó la atención y me interesó fue la sorprendente, brillante, inhumana y casi increíble docilidad y automática obediencia de los discípulos. Eran como un grupo de zombis perfectamente entrenados, o como animales de circo...

El grupo estaba formado por muchachas jóvenes y adolescentes, la mayor parte de las cuales eran hermosas y algunas extraordinariamente bellas, y por hombres que parecían proceder -y probablemente procedían, en la mayor parte de los casos- de las mejores familias y universidades inglesas y del continente. Conocí a algunos de esos discípulos y, casi sin excepción, eran individuos cultos, inteligentes y de buena familia... No había engaño posible; se tratara o no de fenómenos supranormales, si no hubieran poseído una coordinación extraordinaria, se habrían roto los brazos y las piernas, y tal vez el cuello, en algunas de las acrobacias que realizaban. Pero me pareció que las exhibiciones demostraban, aún más que el control sobre sí mismos, el dominio total de Gurdjieff, el Maestro. A una orden suya, corrían y se distribuían en el escenario de izquierda a derecha a una velocidad frenética, y a otra orden pronunciada por Gurdjieff en voz baja, se detenían en pleno movimiento como captados por la cámara de llegada de un hipódromo...

Por su parte, Gurdjieff, con la apariencia de un toro, con músculos duros como el acero, vestido con un immaculado esmoquin, la cabeza afeitada como un oficial prusiano, con exuberantes bigotes negros doblados hacia arriba y fumando costosos cigarrillos egipcios, se situaba con aire despreocupado entre la audiencia, o a un lado, junto al piano... Nunca gritaba. Siempre en actitud despreocupada, pero siempre dominándolo todo. Parecía como si fuera un negrero o un domador de animales con un látigo invisible que chasqueaba en el aire de forma inaudible. Entre otras cualidades tenía la de ser un gran showman, y una noche se produjo un clímax que literalmente hizo abandonar sus asientos a los espectadores de la primera fila. El grupo de discípulos se hallaba distribuido en el extremo más apartado del escenario, de frente a la audiencia. A una orden suya avanzó corriendo hacia las candilejas. Esperábamos ver una maravillosa exhibición de movimiento interrumpido, pero en lugar de ello, Gurdjieff se volvió lentamente de espaldas y encendió un cigarrillo. A1 cabo de un segundo, una avalancha humana voló por el aire y atravesó la orquesta para aterrizar sobre las sillas vacías, en el suelo, los cuerpos atropellados, amontonados unos sobre otros, sobresaliendo brazos y piernas en posturas extrañas... Inmóviles, caídos, en una inmovilidad y silencio totales.

Sólo cuando todo hubo acabado, Gurdjieff se volvió, y miró hacia ellos, que yacían todavía inmóviles. Una vez que se levantaron, después que él se lo permitiera, y cuando se hizo evidente que los brazos, las piernas y los cuellos estaban intactos - nadie parecía haber sufrido ni siquiera un rasguño- hubo un auténtico tronar de aplausos, mezclado con alguna protesta. Casi había sido excesivo (William Seabrook: *Witchcraft, Its Power in the World Today* (1942) 2.ª parte, cap. 3.)

Llewellyn Powys hace también una breve descripción del grupo de Gurdjieff en *The Verdict of Bridlegoose*:

[Gurdjieff] tenía una cabeza alta y calva, con ojos muy agudos de color negro. Su aspecto hacía pensar en un profesor de equitación, aunque había algo en él que intranquilizaba de una extraña manera. Ese sentimiento se producía especialmente cuando sus discípulos se subían al escenario para actuar como un puñado de conejos hipnotizados bajo la mirada del maestro ilusionista (*The Verdict of Bridlegoose*, cap. 17.)

Pese a que el espectáculo tuvo críticas muy favorables, el público de Nueva York acudía cada vez en menor número. En plena época del jazz, los neoyorquinos no se sentían muy interesados por las danzas orientales. El grupo estaba buscando otro trabajo cuando Adolf Bolm, que perteneciera antes al ballet de Diaghilev, les invitó a Chicago. Sus actuaciones en esa ciudad tuvieron gran éxito, así como su última exhibición en el Carnegie Hall. Pero en conjunto, la gira no reportó a Gurdjieff los beneficios esperados.

Olga de Hartmann cuenta una anécdota típica de Gurdjieff en esa época. Él le pidió que regresara sola a París porque necesitaba que su esposo permaneciera con él en Nueva York durante un tiempo. Ella se negó rotundamente. Esto no gustó a Gurdjieff, que sin embargo comprendió que ella no cambiaría de opinión. Olga y su marido regresaron a París sin Gurdjieff. Cuando ya había comprado los pasajes del barco, Olga se dio cuenta de que no tenía dinero, así que tuvo que empeñar un anillo. Era una joya que apreciaba mucho, por lo cual dejó un mensaje a su hermano -que estaba en Nueva York- para que lo desempañara. Gurdjieff se enteró y se encargó él mismo de rescatarlo, devolviéndoselo a Olga cuando regresó al Prieuré. Gurdjieff era una persona desprendida.

De regreso a Fontainebleau, el trabajo continuó al ritmo habitual. El 5 de junio de 1924, Gurdjieff pasó el día en París. La dirección de su coche tenía que ser reparada y por ello dejó el vehículo en un taller. Encargó a Olga de Hartmann que hiciera determinados trabajos administrativos en su piso de París y que regresara al Prieuré en tren. Esto le incomodó porque hacía calor y generalmente regresaba con Gurdjieff en el coche. Se quedó dormida en el piso de Gurdjieff y despertó súbitamente al oír su voz que la llamaba. Pero no había nadie.

De hecho, Gurdjieff había chocado contra un árbol -probablemente como consecuencia de un fallo de la dirección- y cuando ella oyó su voz yacía en el coche gravemente herido e inconsciente.

### **Nuevas orientaciones**

El accidente de Gurdjieff -que le situó al borde de la muerte- fue el comienzo de una nueva época en su vida. Decidió que sus ideas debían ser transmitidas a la posteridad. Una mañana, en el café de la Paix comenzó a dictar a Olga de Hartmann: «Era el año 223 de la creación del mundo... A través del universo volaba la nave Karnak de la comunicación "transespacial"». Era el principio de su ingente obra *Relatos de Belcebú a su nieto*.

Fue éste un período oscuro para todos. El accidente de Gurdjieff conmovió profundamente a sus discípulos, que le consideraban invulnerable. También Gurdjieff se sintió gravemente quebrantado. Sentía que al accidente había hecho que su conciencia regresara a una etapa anterior de desarrollo. Era evidente que, dado su precario estado de salud, el instituto no podía continuar como antes. Por ello, reunió a sus discípulos y les comunicó que pensaba clausurarlo. La mayor parte de sus alumnos rusos recogieron todas sus cosas y se marcharon al día siguiente. En realidad, el instituto siguió funcionando, pero a partir de ese momento Gurdjieff no volvió a considerarlo como la obra de su vida.

Había otros problemas. Su madre -que junto con su hermana y su hermano vivía en el Prieuré- sufría de una enfermedad de hígado y murió poco después del accidente. Gurdjieff estaba fuertemente ligado a ella, por lo tanto su muerte constituyó un duro golpe. A este respecto, Bennett menciona una anécdota muy reveladora sobre Gurdjieff. Muchos años después, en 1948, acudió a ver a Gurdjieff en París. Bennett había perdido a su madre, y Gurdjieff le preguntó por ella; a continuación le hizo este curioso comentario: «Necesita ayuda porque no puede encontrar el camino por sí sola. Mi madre ya está libre y yo puedo ayudarla. Es posible ayudar a tu madre a través de la mía, pero tienes que ponerlas en contacto». Ordenó a Bennett que dispusiera dos sillas y que se colocara delante de ellas, representándose a su madre en una y a la de Gurdjieff en la otra. Bennett lo intentó con gran ahínco durante varias semanas, y el ejercicio le resultó extraordinariamente difícil. En una ocasión, estuvo llorando durante media hora. No parecía ocurrir nada, hasta que un día tuvo conciencia de la presencia de alguien en la habitación. Finalmente, esa presencia tomó cuerpo en forma de su madre y la de Gurdjieff. Por último, sintió que ambas habían establecido contacto y experimentó un inmenso alivio y gratitud. Gurdjieff le había dicho: «No puedes ayudarla tú mismo, pero yo puedo ayudarte a través de mi madre». Sin duda, Gurdjieff creía que de alguna forma estaba en contacto con su madre después de muerta. El accidente de coche provocó otra tragedia. La mujer de Gurdjieff sufría de cáncer desde hacía algún tiempo y él hacía extraordinarios esfuerzos para curarla mediante una técnica del Asia Central que utilizaba el poder

astral. El accidente le impidió seguir con esa práctica y su esposa murió poco después. Sin embargo, una historia que cuenta Olga de Hartmann demuestra una vez más sus curiosos poderes. Cuando se acercaba el fin, su esposa tenía un dolor tan intenso que no podía comer ni beber. Gurdjieff pidió que le trajeran un vaso de agua lleno hasta la mitad y lo mantuvo en sus manos durante cinco minutos. Luego pidió a Olga de Hartmann que se lo diera a su esposa. Esta consiguió beber el agua sin dolor y, súbitamente, pudo volver a ingerir alimentos líquidos. (Esta técnica de transmitir un poder curativo a través del agua es bien conocida por parte de los «curadores espirituales», y los experimentos realizados en los últimos años parecen indicar que se produce un cambio real en la estructura molecular del agua.)

Poco a poco, Gurdjieff fue recuperándose de los efectos del accidente. Se sentía inclinado a pensar que un «poder hostil» había provocado el choque e intentaba interferir activamente con su trabajo. Pero ahora dedicaba todas sus energías a escribir. Gran parte de sus ingresos procedían de Estados Unidos, donde Orage había creado su propio grupo Gurdjieff. Gurdjieff no se sentía muy satisfecho con respecto a Orage como profesor ni respecto a sus ideas, pero agradecía el dinero.

Los escritos de Gurdjieff -especialmente los *Relatos de Belcebú*- serán siempre objeto de controversia. El estilo es tan complicado que la primera impresión del lector es que está leyendo un conjunto de tonterías pretenciosas. Asimismo, abundan las palabras estrafalarias: kundabuffer, gaidoropoolo, geneotriamazikamnian, harhrinhrarh, blastegoklornian y muchas otras. (La última palabra significa simplemente la circunferencia de la atmósfera de nuestro planeta, lo que lleva a uno a preguntarse por qué Gurdjieff tuvo que inventar esta nueva palabra.) La explicación que dan muchos de sus seguidores es que Gurdjieff utilizó deliberadamente un estilo difícil para obligar al lector a trabajar el texto. Esta opinión se ve reforzada cuando uno estudia su primer libro, *Herald of Coming Good*, en el que la dificultad del estilo resulta simplemente de la utilización de gran número de oraciones subordinadas. He aquí un ejemplo:

Esta vida prolongada y, para mí, totalmente antinatural, y absolutamente irreconciliable, también, en todas las formas posibles con los rasgos que se habían formado en mi individualidad en la época de mi madurez, era la consecuencia directa de mi decisión, basada en los resultados de mi estudio anterior de toda una serie de precedentes históricos con un objetivo ante todo: el de impedir, mediante manifestaciones externas de mí mismo, hasta cierto punto antinaturales, la formación, respecto a mí, de lo que fue llamado ya en los tiempos antiguos «algo», designado por el gran rey Salomón, rey de Judea, «Tzvarnoharno», que tal como fue iniciado por nuestros antepasados, se forma mediante un proceso natural en la vida comunitaria de la gente como una consecuencia de la conjunción de las malas acciones del llamado «pueblo común» y conduce a la destrucción tanto de quien intenta conseguir algo para el bienestar humano como de todo lo que ha conseguido para ese fin.

La explicación de Bennett de que «Tzvarnoharno» deriva

probablemente de la palabra pahlavi que significa majestad, no ayuda en absoluto a aclarar el significado de las palabras de Gurdjieff. Por fortuna, un pasaje de su libro, *La vida no es real, sino cuando yo soy*, arroja alguna luz al respecto. Gurdjieff afirma en esa obra que considera que el grave accidente de coche que sufrió era una manifestación de ese «algo» que se acumula en la vida común de la gente, lo que parece implicar que es una especie de hostilidad -dirigida de forma inconsciente- contra quienes han alcanzado demasiado éxito.

En cualquier caso, no hay duda de que lo que añade oscuridad al pasaje es el hábito de Gurdjieff de introducir una docena de paréntesis en la frase. Creo que esto es más un hábito mental que un intento deliberado de irritar al lector. Las conferencias que pronunciaba Gurdjieff eran siempre claras y concisas. Pero cuando tomaba la pluma, su mente se ajustaba a un modelo oriental más elaborado y florido.

Orage opinaba que Gurdjieff era totalmente incapaz a la hora de expresar sus ideas en el papel. William Seabrook sustentaba la misma opinión. Cuenta cómo en enero de 1931 Gurdjieff le pidió que invitara a un grupo de intelectuales neoyorquinos a su apartamento para escuchar una lectura de su nuevo libro. Gurdjieff, que era un gran cocinero, había preparado una comida oriental maravillosa y elaborada para la ocasión. Entre los asistentes se incluía el escritor Lincoln Steffens y el psicólogo J. B. Watson. Se inició la lectura y al cabo de un rato Watson interrumpió afirmando que o bien se trataba de un chiste muy complicado o de un disparate. En cualquier caso, era mejor dejar la lectura y conversar. El autor aceptó la sugerencia sin ofenderse y se mostró tan divertido e ingenioso durante la comida que los invitados comenzaron a presionarle para que admitiera que su libro era un chiste. Según Seabrook, Gurdjieff no se ofendió en ningún momento y pensó simplemente que ese libro superaba la capacidad de los oyentes.

Sea lo que fuere *Relatos de Belcebú*, ciertamente no es un chiste. El propio Gurdjieff deja claro este punto. Escribe que en 1927, tras tres años de duro trabajo, se dio cuenta de que, después de todo, no había conseguido comunicar sus ideas a los lectores y que era necesario reescribir gran parte del libro. El agotamiento y las dificultades que planteaba el oficio de autor le llevaron a pensar en el suicidio. Pero el libro fue reescrito por completo. No hay duda de que, incluso después de tan ingente trabajo, no es un libro adecuado para quienes se acercan a Gurdjieff por primera vez. (Conozco un hombre muy inteligente que en ningún momento ha dejado de pensar que Gurdjieff es un charlatán, porque intentó familiarizarse con sus ideas a través de la lectura de *Relatos de Belcebú*.) Por otra parte, Bennett, que conocía perfectamente las principales ideas de Gurdjieff, me dijo que lo había leído una docena de veces y que en cada ocasión había encontrado nuevos significados que no había advertido antes. En conjunto, probablemente es razonable pensar que se trata de la creación más importante de la productiva vida de Gurdjieff.

El tremendo trabajo que tuvo que realizar para escribir *Relatos de Belcebú* llevó a Gurdjieff a alcanzar otra importante conclusión. Cuenta que estaba sentado en el banco del Prieuré donde antes solía sentarse con su esposa y su madre y que, de pronto, se dio cuenta de que su creatividad se había visto incrementada por el sufrimiento experimentado a raíz de sus muertes. En efecto, ese sufrimiento había fortalecido su «esencia». Asimismo, cuando estaba en cama después del accidente, advirtió que los amigos que acudían a visitarle absorbían su energía, dejándolo exhausto. Absorbían lo que él llamaba *hanblezoin*, o la energía del cuerpo astral, fundamental para el trabajo creativo. La conclusión a la que llegó Gurdjieff era que el *hanblezoin* ha de ser creado mediante un esfuerzo consciente y por medio de un «sufrimiento intencionado», el sufrimiento que experimentan los santos cuando están acostados en su lecho de clavos.

Llevado de esa idea, Gurdjieff comenzó deliberadamente a librarse de muchos discípulos, como los Hartmann. Creía que no sólo dependían demasiado estrechamente de él, sino que le inducían a ser excesivamente cómodo. Una disputa respecto a unos arenques ingleses sirvió como pretexto para enviar a los Hartmann a París en 1929. De igual forma pidió a otros discípulos que se marcharan. Sin embargo, todos los que le abandonaron permanecieron leales a Gurdjieff, convencidos de que su decisión no era un simple capricho.

Orage tuvo que soportar un rechazo especialmente duro. Gurdjieff se trasladó a Nueva York mientras aquél estaba en Inglaterra y solicitó al grupo de Orage que firmara un documento aceptando romper la relación con Orage. Cuando éste vio el documento, aceptó con calma lo sucedido y lo firmó él mismo.

A la hora de explicar las razones que pudieron haber impulsado a Gurdjieff a actuar de esta forma, parece importante tener en cuenta una historia que cuenta Olga de Hartmann. Gurdjieff le sugirió que pidiera a sus padres que abandonaran Leningrado para trasladarse al Prieuré, ya que la situación política era cada vez más peligrosa. En efecto, su hermana y sus padres se trasladaron a Fontainebleau, pero no se sintieron felices allí «debido -dice la señora de Hartmann- a la forma grosera en que nos hablaba muchas veces el señor Gurdjieff a todos nosotros». Una mañana, Gurdjieff y el padre de Olga estaban sentados en un banco cuando ella se acercó a preguntar algo. Gurdjieff le respondió irritado, y el padre de la muchacha se sintió molesto y humillado. Entonces, Gurdjieff se volvió hacia él y le dijo: «Ya ves, padre, lo que me obligas a hacer. Nunca has gritado a tu hija y por eso ella nunca ha conocido esta experiencia, y todas las impresiones son necesarias para la persona. Por ello, estoy obligado a hacerlo en tu lugar.» Al parecer, el padre comprendió lo que quería decir.

«*Y todas las impresiones son necesarias para la persona.*» Éste parece haber sido el principio que guiaba algunos de los actos más

sorprendentes de Gurdjieff. Así lo reconoció Peters tras una experiencia particularmente traumática. En 1934, Peters tenía que ir a Chicago, y Gurdjieff anunció que le acompañaría. El viaje fue una pesadilla. Gurdjieff llegó tarde a la estación e hizo que Peters inventara una historia para retrasar la salida del tren. Peters, en efecto, lo consiguió. Llevó tres cuartos de hora situar en su litera a Gurdjieff, que no dejó de quejarse en voz alta durante todo el tiempo, a pesar de que el revisor le pedía que callara para no molestar a los pasajeros que dormían. Entonces, Gurdjieff decidió comer, beber y fumar hasta que el revisor le amenazó con obligarle a abandonar el tren en la estación siguiente. Finalmente, Peters perdió la paciencia y montó en cólera, y Gurdjieff le preguntó con voz compungida por qué le trataba de esa forma.

Una vez en su litera, Gurdjieff pidió agua, con gran enfado de los otros pasajeros. No se durmió hasta las cuatro de la madrugada. A la mañana siguiente organizó un gran escándalo en el desayuno porque quería comer yogur, pero, finalmente, después de gritar a todo el mundo, acabó tomando el desayuno americano normal. Durante el resto del viaje, no dejó de importunar a los pasajeros, pues estuvo todo el tiempo fumando, bebiendo mucho y comiendo quesos que producían un fuerte olor.

Cuando llegaron a Chicago, Peters le dijo muy enfadado que se marchaba, pero ante las airadas protestas de Gurdjieff tuvo que consentir en ir con él y el grupo de discípulos aduladores. Finalmente, Peters escandalizó a los discípulos censurando duramente a Gurdjieff y se marchó. Pero cuando se encontró con él nuevamente en Nueva York, unos años después, descubrió que el objetivo de aquel incidente no había sido otro que el de obligarle a abandonar su actitud de adoración hacia Gurdjieff. Sin duda, éste consiguió lo que se proponía.

Peters cuenta otra anécdota que ilustra la habilidad de Gurdjieff para «manejar a la gente», así como su sentido del humor. Éste había invitado a un grupo de gente «importante» a cenar. Antes de que llegaran, le pidió a Peters que le enseñara todo tipo de palabras y expresiones obscenas. Llegaron los invitados -muchos de ellos periodistas- y se sentaron a la mesa. En seguida comenzaron a preguntarle a Gurdjieff sobre su trabajo con una actitud un tanto protectora. Éste comenzó a explicar que a la mayor parte de la gente no le impulsa el deseo de alcanzar la verdad sino sus impulsos sexuales. Se dirigió a una mujer atractiva y bien vestida y le dijo que la forma en que cuidaba su apariencia se debía a su «deseo de follar». Se refirió, entonces, a sus proezas sexuales y, a continuación, a las costumbres sexuales de diferentes razas, utilizando en todo momento las palabras más groseras que le venían a la mente. Acabada la comida, los invitados comenzaron a flirtear unos con otros y no había transcurrido mucho tiempo cuando muchos de ellos yacían en la habitación medio desnudos. La mujer a la que Gurdjieff había interpelado comenzó a insinuársele, mientras que otra intentaba acorralar a Peters en la cocina. Éste la rechazó, y entonces ella

le acusó de ser «el pequeño esclavo de ese sucio hombrecillo».

De pronto, Gurdjieff reclamó la atención con una voz estentórea y comenzó a burlarse de ellos, diciendo que ahora podían saber qué clase de gente eran en realidad. Terminó afirmando que merecía que le pagaran por haberles dado esa lección y que aceptaría gustosamente sus cheques. Lo cierto es que recaudó varios miles de dólares.

Hacia 1935, Gurdjieff había dejado también de escribir, dejando a medias un libro, *La vida no es real, sino cuando yo soy*. Dado que tenía poco más de sesenta años (o, tan sólo, cincuenta y ocho, si la fecha que figura en su pasaporte es correcta) no parece probable que considerara terminada la obra de su vida. Pero el instituto se había hundido y al parecer no tenía el proyecto de seguir escribiendo. El Prieuré fue vendido en 1933, y cuando Peters se encontró con Gurdjieff en Nueva York a mediados de la década de los treinta, tenía de nuevo problemas de dinero, y se mantenía mediante el tratamiento de drogadictos y alcohólicos. (Por fortuna, este período fue breve.) Así pues, Gurdjieff continuó dando conferencias y clases en Estados Unidos -dividiendo su tiempo entre los grupos de Chicago y Nueva York- mientras Ouspensky seguía con su trabajo en Londres.

Ambos estaban en la paradójica situación de desear difundir sus enseñanzas, pero intentando impedir una difusión demasiado rápida o indiscriminada. He aquí lo que dice Peters sobre el grupo de Chicago:

Me pareció que se habían sentido atraídos por sus enseñanzas debido a una serie de razones poco sólidas: porque se sentían solos, o tal vez porque se consideraban inadaptados o proscritos. La mayor parte de ellos se había interesado por las artes, la teosofía, lo oculto... Comencé a pensar que sus enseñanzas entrañaban un cierto peligro cuando se desarrollaban sin su supervisión personal.

A los alumnos que Ouspensky tenía en Londres se les obligaba a comportarse como conspiradores, con la orden de no discutir las enseñanzas que recibían con ninguna persona extraña. Cuando Bennett pidió permiso para citar a Ouspensky, se lo negaron.

La principal diferencia entre Gurdjieff y Ouspensky, como maestros, era que Gurdjieff parece haber encontrado siempre a los seres humanos divertidos e interesantes, mientras que sus seguidores veían a Ouspensky como un científico, un hombre preocupado únicamente por difundir la idea de la «lucha contra el sueño», mientras que le interesaban muy poco las personas como individuos. En cambio, Gurdjieff encontraba deleite en sus discípulos. Peters cuenta la historia de una muchacha, una bailarina, que alcanzó cierta autoridad en uno de sus grupos, pero que era agresiva y difícil. Un día en que desafió abiertamente una afirmación que había hecho Gurdjieff durante una conferencia, le envió un mensaje pidiéndole que fuera sola a su habitación a las tres de la madrugada, pues quería mostrarle algunas cosas sorprendentes. Peters entregó el mensaje y la muchacha se indignó. Afirmó que sabía reconocer una proposición cuando la oía y que no quería saber nada más de Gurdjieff. Cuando Peters

comunicó a Gurdjieff las palabras de la muchacha, éste se sintió muy satisfecho y afirmó que eso era precisamente lo que esperaba. Añadió el interesante comentario de que era mejor que le hubiera rechazado, pues no habría tenido tiempo de ocuparse de las «reverberaciones» que se habrían producido, si ella hubiera aceptado su invitación. La implicación parece ser que no puede existir una relación sin consecuencias. Es absurdo hablar de una «relación sexual» accidental. Una vez más, uno tiene la sensación de que Gurdjieff era consciente de una serie de leyes subyacentes de la existencia humana.

Gurdjieff regresó a París poco antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial. Cuando los alemanes invadieron Francia, rechazó, al parecer, las sugerencias para que escapara a la «Francia libre» y permaneció en su piso de la rue des Colonels Rénards. Uno de los primeros seguidores norteamericanos que le vio después de la guerra fue Fritz Peters, quien, como ya hemos visto en el capítulo 1, fue a verle aquejado de una profunda depresión nerviosa, que Gurdjieff curó instantáneamente mediante una especie de infusión de energía vital. Gurdjieff comentó con Peters que había conseguido vivir cómodamente durante la guerra vendiendo alfombras; asimismo era dueño de una empresa que producía pestañas postizas. También le dijo que había estado en tratos con gentes muy diversas -alemanes, policías, vendedores del mercado negro- y que de esa forma había conseguido aprovisionarse de productos tales como tabaco y coñac. Todavía estaba rodeado de discípulos, que también le proporcionaban algunos ingresos. Pero Peters advirtió también que visitaban la casa de Gurdjieff algunos ancianos mal vestidos y que Gurdjieff les trataba con una amabilidad y un cariño que contrastaban con la actitud que mantenía hacia sus discípulos; al parecer les consideraba como «pensionistas».

Otros estudiantes norteamericanos comenzaron a regresar a París. Bennett llegó con su mujer, que sufría de una misteriosa enfermedad. Encontró a Gurdjieff más viejo y más triste, aunque se mantenía tan erguido como siempre. Gurdjieff vestía ahora de una manera informal, con una camisa de cuello abierto, con unos pantalones descuidados y un fez de color rojo. Durante la comida -para la cual se amontonaron en el pequeño comedor cerca de cuarenta personas- Gurdjieff advirtió que la señora Bennett sufría fuertes dolores. Tomó dos píldoras y le dijo que se las tomara. Luego le preguntó: «¿Dónde está ahora ese dolor?» Ella respondió: «Ha desaparecido». «Te pregunto dónde *está* ahora». Sus ojos se llenaron de lágrimas y respondió: «Tú te lo has llevado». De hecho, su salud mejoró súbitamente.

También Kenneth Walker y su esposa acudieron a casa de Gurdjieff. Walker había sido alumno de Ouspensky durante muchos años, desde que se lo presentara Maurice Nicoll, uno de los miembros del grupo original del Prieuré. Walker afirma que el piso de Gurdjieff parecía una abarrotada tienda de trastos viejos. Gurdjieff entró en la sala mientras escuchaban una lectura de Relatos de Belcebú. Walker afirma que le

pareció más bajo y más fuerte de lo que esperaba; también llamaron su atención sus ojos penetrantes. De nuevo, hubo gran cantidad de personas para la comida y todos los invitados brindaron con armagnac o vodka. Gurdjieff explicó en una ocasión que le gustaba que sus invitados acabaran medio borrachos porque era la forma más rápida de hacerles desprenderse de su «personalidad» para revelar lo que había en su interior. Fue después de este encuentro cuando la esposa de Walker describió a Gurdjieff como un mago.

Otros discípulos de Ouspensky visitaron su piso. Walker subraya que «el exceso de teorización [ha tendido] a hacer el espíritu de sus seguidores de Londres demasiado rígido, y nuestro comportamiento demasiado calculado y torpe. Corríamos el peligro de adquirir la misma expresión que los hermanos de Plymouth». Eran las comidas y las cenas (que comenzaban siempre mucho después de media noche) de Gurdjieff, regadas con alcohol, lo que se necesitaba para hacer que se relajaran y se unieran más estrechamente. Este punto ilustra también la diferencia fundamental entre Gurdjieff y Ouspensky. Walker afirma que Gurdjieff le hizo adoptar una actitud totalmente diferente respecto al «trabajo». Ouspensky era un gran amante de la disciplina; cuando ordenaba algún trabajo, Walker lo realizaba todo lo escrupulosamente que podía, pero nunca trataba de ir más allá.

Con Gurdjieff comencé a desarrollar un sentido de responsabilidad personal y a experimentar una nueva sensación de libertad. Al mismo tiempo, era una libertad que había que utilizar con gran cuidado, pues el castigo que se aplicaba a cualquier error era muy grave. Era el castigo de ver a tu maestro gravemente molesto por tu equivocación, y era difícil estar en contacto estrecho con Gurdjieff durante mucho tiempo sin sentir afecto por él.

Gurdjieff regresó nuevamente a Estados Unidos en el otoño de 1948. Ouspensky, convencido de que Europa estaba condenada, había desarrollado su trabajo en Nueva York durante los años de la guerra, pero finalmente la enfermedad le hizo regresar a Londres. Murió en 1948, dejando el manuscrito de su libro más importante, *Fragmentos de una enseñanza desconocida*, que luego fue publicado con el título de *En busca de lo milagroso*. Gurdjieff se hizo cargo del grupo de Ouspensky en Nueva York. Irmis B. Popoff describe en su libro *Gurdjieff* el impacto que éste causó. Afirma que era capaz de mostrar una gran amabilidad y compasión.

Al parecer, durante su estancia en Nueva York, la vida de Gurdjieff era tan intensa como la que llevaba en París: comidas para docenas de personas, clases de danza, conferencias y sesiones interminables en el restaurante Child's. Gurdjieff leyó, asimismo, el manuscrito del libro de Ouspensky y preparó el de *Belcebú* para su publicación. Admiraba la obra de Ouspensky, pero insistía en que *Belcebú* era un libro de texto más adecuado para sus enseñanzas.

El restaurante Child's fue escenario de una de sus últimas exhibiciones de poder «mágico». Bennett se hallaba en Nueva York y una mañana se le unió en Child's. Gurdjieff le dijo que llevara un papel y que escribiera. Bennett vio cómo su mano escribía automáticamente, con un estilo que no era el suyo. Se trataba del anuncio de la próxima publicación de *Relatos de Belcebú* y de la petición de que todos los discípulos que pudieran comprar ejemplares al precio de 100 libras cada uno. Más tarde ese mismo día, Gurdjieff leyó la carta en voz alta a un grupo de alumnos, muchos de los cuales comentaron que sólo Gurdjieff podía haberla escrito.

Éste regresó a París en la primavera siguiente. Kenneth Walker advirtió que su salud se deterioraba gravemente y le aconsejó que se sometiera a una operación para que le extrajeran líquido del abdomen. Al parecer, Gurdjieff ignoró ese consejo.

También Bennett continuó viéndose con él de forma regular y encontró a Gurdjieff más exigente que nunca. Bennett se esforzó lo indecible para atender peticiones imposibles de Gurdjieff, hasta que de pronto pensó que se trataba de otro de sus «trucos». El problema de Bennett consistía en la incapacidad de decir que no a algo y Gurdjieff trataba de enseñarle a hacerlo. Cuando comprendió eso, sintió un tremendo alivio.

Una vez más, Bennett comenzó a tener extrañas experiencias con ayuda de Gurdjieff. Un día estaba leyendo en voz alta antes de la cena en casa de Gurdjieff y, de pronto, abandonó su cuerpo y se situó a varios metros de distancia, mientras escuchaba cómo su voz seguía leyendo. A continuación, sintió que poseía nuevamente la capacidad de dominar sus estados emocionales a voluntad. Descubrió también que podía conocer acontecimientos que ocurrían en otros lugares. Un día, para confirmarlo, telefoneó a su esposa en Londres y comprobó que había asistido a una reunión con unas amigas suyas, tal como él lo había visto en su estado de «clarividencia».

Cuando Bennett regresó a París en octubre advirtió, sin lugar a dudas, que Gurdjieff estaba muy enfermo. Un año y medio antes había sufrido un nuevo accidente de coche que le había producido serios trastornos. Bennett se había sentido impresionado ante la vitalidad que había impedido su muerte. Ahora, con las piernas hinchadas por efecto de la hidropesía, parecía haberle abandonado la voluntad de vivir. Bennett le encontró sentado en un café en la mañana del sábado 22 de octubre de 1949. Parecía enfermo y cansado. Gurdjieff le dijo: «Los próximos cinco años serán decisivos. Es el comienzo de un nuevo mundo. O bien el viejo mundo me hará "tchik" (e hizo el sonido que se produce al aplastar un insecto) o yo haré "tchik" (lo aplastaré) al viejo mundo. Entonces podrá comenzar el nuevo mundo.» Esto parece indicar que Gurdjieff pensaba vivir al menos otros cinco años. Bennett aceptó regresar a su casa en el coche de Gurdjieff, en un acto de indudable valor, pues éste había sido siempre muy mal conductor, y ahora sus piernas estaban tan hinchadas

que no podía utilizar el freno. Al cruzar la Avenida Carnot, un camión avanzó hacia ellos; Gurdjieff no disminuyó la marcha y la colisión no se produjo por auténtico milagro. Para detener el coche delante de su casa tuvo que dejar que chocara.

Cuatro días después, Gurdjieff fue visitado por su médico norteamericano, que le ordenó que ingresara en el hospital norteamericano. Su presión sanguínea era demasiado elevada para inyectarle suero. Le extrajeron la gran cantidad de líquido que tenía en el estómago, pero al parecer era demasiado tarde. Murió el sábado siguiente, 29 de octubre. Aparentemente, hubo también alguna duda a este respecto. Cuatro horas después de su muerte, su frente estaba todavía tibia. Y cuando Bennett acompañaba en solitario el cuerpo de Gurdjieff en la capilla del hospital norteamericano, oyó que alguien respiraba, aunque cerró los ojos y contuvo la respiración. Bennett pensó que Gurdjieff había hecho su última broma.

Cuando realizaron la autopsia, los médicos quedaron atónitos. Sus intestinos estaban tan deteriorados que tenía que haber muerto varios años antes.

### ¿Gurdjieff contra Ouspensky?

*Relatos de Belcebú a su nieto*, que para Gurdjieff contenía la esencia de sus enseñanzas, tiene más de 1200 páginas. *En busca de lo milagroso*, de Ouspensky, sin duda el mejor resumen de las ideas de Gurdjieff, tiene más de 400. Incluso para el lector inteligente y bien dispuesto, este hecho plantea un importante problema. Según Gurdjieff y Ouspensky, es un problema al que necesariamente hay que hacer frente. La longitud exige al lector un determinado esfuerzo que es indispensable si pretende captar y comprender las ideas.

Ahora bien, el libro de Ouspensky constituye un compromiso con su posición original de que las ideas sólo pueden ser comunicadas directamente de maestro a discípulo, y que cualquier intento de expresarlas por escrito adulteraría su esencia y, por tanto, las falsearía.

Lo que molestaba a Ouspensky era la tendencia moderna de simplificar ideas importantes para el consumo popular: *La relatividad a su alcance*, *Kant para principiantes*. Pero olvidaba un punto de importancia vital: que esos libros no son necesariamente para el perezoso. Para quien intente comenzar a aprender algo sobre Kant o la relatividad, sin duda es mucho mejor comenzar con un texto simplificado que sumergirse directamente en la *Crítica de la razón pura* o en la recopilación de los artículos matemáticos de Einstein.

Con esta idea en mente, veamos si es posible conseguir que la aproximación a Gurdjieff sea menos temible.

Podríamos comenzar con el conflicto entre Gurdjieff y Ouspensky. Bennett escribe: «Gurdjieff se quejaba con frecuencia de que Ouspensky había echado a perder a sus alumnos con su enfoque excesivamente intelectual y de que él [Gurdjieff] sabía arreglárselas mejor con quienes acudían a él sin ningún tipo de preparación». Por otra parte, ya hemos mencionado la observación de Kenneth Walker en el sentido de que Ouspensky les había llevado a ser demasiado rígidos y torpes. Bennett afirma que Ouspensky decía a sus alumnos que «todos en Londres deben evitar apartarse en lo más mínimo de la letra del Sistema tal como está contenido en los escritos que he dejado». Cuando Bennett envió a Ouspensky un artículo que había escrito sobre la quinta dimensión, éste lo despreció diciendo: «No es posible encontrar algo nuevo únicamente mediante procesos intelectuales. Sólo hay una esperanza: que encontremos el camino para trabajar con el centro emocional superior». Y añadió esta pesimista observación: «Y no sabemos cómo debemos hacer esto».

En resumen, el enfoque de Ouspensky es curiosamente pesimista y negativo. Considera que el «Sistema» es la única posibilidad que tiene el

hombre para salvarse de su «mecanicismo», de su imposibilidad total para «hacer». Pero cree que el camino es tremendamente abrupto y difícil. La esposa de Bennett le dijo: «No confías en ti mismo y eso no es bueno... ¿Por qué no te decides a seguir tu propia línea y dejas de intentar imitar al señor Ouspensky?» Ella había comprendido que ése era el problema: la actitud torpe y casi calvinista de Ouspensky hacia el «Sistema».

El enfoque de Gurdjieff era mucho más optimista. Dijo a sus discípulos del Priuré: «Todo hombre puede conseguir esa mente independiente. Podrá conseguirlo todo aquel que lo desee realmente». No dice Gurdjieff que el camino es demasiado difícil excepto para los más desesperados o decididos; un deseo serio es suficiente, el tipo de seriedad que hace falta para aprender una lengua extranjera o para estudiar matemáticas.

Sin embargo, por las descripciones que tenemos de la vida en el Priuré, parece claro que Gurdjieff fue, al menos en parte, responsable de la actitud de Ouspensky. Los extraordinarios esfuerzos físicos, los ayunos, las reprimendas y las fuertes impresiones emocionales a que sometía a sus discípulos, parecen indicar que para liberarse del «mecanismo» hace falta casi una dedicación sobrehumana. El propio Bennett tiene sus dudas. He aquí sus palabras: «Pero a pesar de estos resultados había algo que no estaba bien. Era demasiado frenético, todos corríamos demasiado... Todos deseábamos correr antes de poder caminar».

Y, aunque titubea al hacerlo, Bennett censura a Gurdjieff:

Considerándolo retrospectivamente, parece que Gurdjieff todavía estaba experimentando. Quería saber de qué eran capaces los europeos. Descubrió que estábamos dispuestos a hacer esfuerzos que pocos asiáticos aceptarían, por la simple razón de que en conjunto el pueblo asiático no tiene prisa. La diferencia es engañosa y es posible que Gurdjieff malinterpretara la capacidad para el esfuerzo y la tomara por capacidad para aceptar la necesidad de cambio interior. Tal como lo veo ahora, realmente no comprendimos el profundo cambio de actitud hacia uno mismo que es necesario para que el proceso del «trabajo» actúe libremente en nosotros. Tal vez nos confundió la insistencia de Gurdjieff en el esfuerzo.

Ahora bien, como afirman todos los grandes maestros religiosos, el esfuerzo excesivo puede resultar contraproducente. En efecto, el «Yo» que realiza el esfuerzo es el yo lleno de ansiedad de la parte izquierda del cerebro. Esa «voluntad» consciente se ve dificultada por su propia autoconciencia. La «auténtica voluntad» parece surgir de otro lugar, del terreno de la «esencia», que, como dice Gurdjieff, se halla situada en algún otro lugar del cerebro y que se ve reprimida e inutilizada por la ansiedad de la «personalidad» de la parte izquierda del cerebro.

Si esta crítica es válida -no sólo respecto al enfoque de Ouspensky sino también al de Gurdjieff-, parece indicar que el «Sistema» no era tan completo y definitivo como creía Ouspensky. Nadie tenía duda de que *funcionaba*. Así nos lo hacen saber con toda seguridad los más destacados seguidores de Gurdjieff como Ouspensky, Bennett, Orage, de Hartmann y

Walker. Sin embargo, parece igualmente indudable que todos ellos terminaban con un cierto sentido de insatisfacción, como si no hubieran conseguido algo que les había sido prometido. Los relatos que nos han quedado sobre los últimos años de vida de Ouspensky ponen de relieve que era un hombre cansado y triste. A Bennett le impresionó la tristeza de Gurdjieff cuando se encontró con él después de 25 años sin verle, y esa tristeza puede apreciarse en todas sus últimas fotografías.

Puede parecer ingenuo esperar que el «trabajo» pueda producir la misma transformación interna -complementada con visiones y éxtasis- que la conversión religiosa. Sin embargo, *parece* razonable esperar que aquél permita alcanzar una cierta serenidad y satisfacción interiores. Pues bien, las afirmaciones ' de diferentes discípulos de Gurdjieff demuestran que esto no ocurría. Este problema plantea un reto interesante. Sea como fuere, merece la pena analizarlo más a fondo.

Tal vez lo mejor que podríamos hacer es intentar redefinir qué es lo que intenta solucionar el «Sistema» de Gurdjieff.

La conciencia cotidiana se ve limitada por el «mecanicismo», «el robot». Nos acostumbramos de tal forma a la rutina repetitiva de la vida cotidiana que acabamos dominados totalmente por el hábito, de igual modo que una mosca queda atrapada en la telaraña. Sin embargo, nadie, ni siquiera el más perezoso, se siente satisfecho con esa situación, pues reconocemos que nos priva de una cierta intensidad, del sentimiento de estar plenamente vivos. Necesitamos seguridad; pero esa seguridad tiende a entrar en conflicto con el deseo de estar «completamente despierto». *Este* estado se asocia habitualmente con la inseguridad. Por ejemplo, Sartre afirmaba que nunca se había sentido tan vivo como cuando formaba parte de la Resistencia francesa y corría el riesgo de ser detenido y fusilado en cualquier momento.

Este conflicto provoca el problema que yo he llamado «el dilema del intruso». Los seres humanos dominantes prefieren la inseguridad y la intensidad a la seguridad y el aburrimiento. Ciertamente, incluso los menos dominantes anhelan la «intensidad», pero no están dispuestos a cambiarla por la seguridad. La situación ideal para todos sería una combinación de seguridad e intensidad. De hecho, éste es el objetivo fundamental de todas las grandes religiones. Por ejemplo, un monasterio es un lugar cuyos muros garantizan la seguridad, pero cuyos moradores están dedicados a la intensidad espiritual a través de la disciplina y la oración. A lo largo de la historia, los profetas, los santos y los maestros espirituales han intentado solucionar este problema: prescribir un modo de vida que permita estar «completamente despierto» pero que garantice al mismo tiempo un grado razonable de seguridad y normalidad.

Las soluciones extremas nunca han sido bien aceptadas. El Buda rechazó las formas más duras de la disciplina yóguica. Los Padres de la Iglesia siempre se han opuesto al «entusiasmo» (es decir, el fanatismo) y han quemado en la hoguera a algunos de sus defensores más notables. El problema es que las soluciones menos extremas -las que dejan lugar a la

timidez y la pereza humanas- han resultado ser igualmente insatisfactorias a largo plazo. El hombre parece verse impulsado por un profundo deseo de escapar a sus limitaciones normales.

El método de Gurdjieff es notable por la precisión científica de su enfoque del problema del mecanicismo. Necesitamos seguridad para realizar nuestra potencialidad creativa, pues un hombre sin seguridad no puede pensar en otra cosa sino en la forma en que conseguirá los alimentos necesarios para la siguiente comida. Pero la seguridad produce una relajación *automática*, muy similar a la forma en que un hipnotizador consigue dormir a un sujeto en trance con un simple chasquido de los dedos. Recientes experimentos sobre privación sensorial han demostrado esto más claramente. La mente, cuando se ve privada de todo estímulo externo, no sólo se duerme, sino que literalmente se desintegra. Son los desafíos y problemas externos los que nos mantienen integrados. Cuando nos vemos privados de ellos, nos desintegramos, como una balsa cuando se cortan las cuerdas que unen sus partes. Teóricamente, la respuesta es muy simple. Tenemos que deshipnotizarnos, conseguir unas cuerdas que sigan sujetándonos cuando hayamos alcanzado la seguridad; lazos *interiores* que persistan incluso cuando desaparezcan los lazos externos. Gurdjieff llegó a la conclusión de que la respuesta residía en lo que podría llamarse «inseguridad artificial», no lechos de clavos ni cilicios, sino esfuerzo intelectual, disciplina física y shocks emocionales. Era una combinación del sistema del faquir, el monje y el yogui: esfuerzo físico, intelectual y emocional. Pero Gurdjieff reconoció también la necesidad de una «cuarta vía», a la que llamó «la vía del hombre astuto». Éste es el hombre que posee un conocimiento determinado y que utiliza esa «información interior» para conseguir su objetivo. Es decir, Gurdjieff era consciente de que la fuerza bruta y el esfuerzo por sí solos *no* constituyen la respuesta absoluta. A pesar de ello, el énfasis en el «Sistema» recayó inevitablemente en el «esfuerzo y más esfuerzo».

En el caso de Ouspensky, es fácil ver dónde estuvo el error. Su punto de partida era la insistencia en el mecanicismo del hombre, en su total incapacidad para actuar o para «hacer». De hecho, el mecanicismo -o esclavitud del hombre *no* es el punto de partida, ni en el Sistema de Gurdjieff ni en ningún otro. Si fuéramos mecánicos todo el tiempo, no sentiríamos necesidad de buscar «la libertad». El auténtico punto de partida es la *vislumbre de libertad* -los momentos de intensidad, en los que estamos «completamente despiertos»-, lo que Abraham Maslow ha llamado «la experiencia cumbre». Son *esos* momentos los que nos hacen sentirnos insatisfechos en nuestro estado habitual de conciencia.

Lo siguiente que advertimos es que experimentamos esas vislumbres de libertad siempre que un problema o una situación de emergencia *nos galvaniza y nos hace adquirir un sentido de urgencia*. Tal llegó a ser, pues, el centro de gravedad del método de Gurdjieff: preparar a sus discípulos para alcanzar un sentido permanente de urgencia. Belcebú

le dice a su nieto que la Humanidad sólo podrá salvarse si llega a poseer un «órgano» que nos permita comprender la inevitabilidad de nuestra propia muerte y de la de todos cuantos nos rodean. Este aspecto está subrayado en un fragmento de una historia perdida (que escribió Bennett) sobre un hombre que se despierta después de muerto «y comprende que ha perdido el principal instrumento de su vida, su cuerpo, y se recrea en todo lo que podría haber hecho cuando estaba vivo».

Una forma de crear este sentido de urgencia es el de buscar el desafío. Graham Greene cuenta cómo, durante su adolescencia, cuando se aburría jugaba a la ruleta rusa con un revólver cargado. Cuando el percutor golpeaba en la recámara vacía «era como si se hubiera encendido una luz... y sentía que la vida tenía un número infinito de posibilidades». Greene había elegido una forma muy peligrosa de «mantener el espíritu despierto», pero su experiencia nos permite comprender que la mente (o el cerebro) contiene un *mecanismo* para liberarse del robot y despertarnos. Es posible conectar ese mecanismo como si se tratara de un interruptor.

Una mínima «auto observación» nos hace conscientes de que ese «mecanismo» puede compararse con un potente muelle enrollado en el cerebro. Cuando nos vemos sacudidos por un sentido de urgencia o excitación, una profunda fuente de voluntad de nuestro interior estira el muelle y experimentamos una sensación de poder y control.

Lamentablemente, este «muelle» sólo está en parte bajo nuestro control consciente, el control de la «personalidad». Reside en el dominio del «otro yo», lo que Gurdjieff llama la esencia. La «personalidad» *carece de autoridad* para convencer a ese «otro yo» de su seriedad. El muelle responde a lo que podríamos llamar «la vibración de la seriedad». Ésta es la razón por la que un hipnotizador -la voz de la autoridad externa- puede persuadirla para que haga esfuerzos que están muy por encima de las posibilidades de la voluntad consciente. Nos parece significativo el hecho de que Gurdjieff comprendiera la naturaleza de la hipnosis, problema que desconcierta todavía a la psicología moderna. Gurdjieff define la hipnosis como la suspensión de la «falsa conciencia», «dueña de su presencia común», de forma que la «conciencia auténtica» puede dejar sentir su presencia («Una omisión de la pág. 568 de *Relatos de Belcebú*, Guía e Índice de *All and Everything*, pág. 673.). Es decir, es la suspensión de la «conciencia de la parte izquierda del cerebro» (que, como comprendió Gurdjieff, es el ego que gobierna nuestra doble conciencia), de forma que la conciencia de la parte derecha del cerebro, mucho más poderosa, puede expresarse sin interferencias.

Esa conciencia de la parte izquierda del cerebro es, a un tiempo, el mayor triunfo y el mayor fracaso del hombre. Con su precisión lógica le ha permitido crear la civilización, así como el extraordinario compendio del conocimiento científico moderno. Pero para actuar con plena eficacia, requiere el apoyo del «otro» ser del hombre: la conciencia instintiva o intuitiva. Esto explica por qué nos sentimos tan extraordinariamente «vivos» cuando realizamos una actividad importante, algo que nos da una

sensación de crisis o de urgencia. Entonces, ese «otro yo» presta todo su apoyo a la conciencia de la parte izquierda del cerebro. Pero si vemos la televisión durante mucho tiempo o intentamos leer un libro muy largo de una sentada, comenzamos a experimentar un extraño sentido de irrealidad. Nos sentimos «ligeros», irreales. Esto es así porque nuestro «otro yo» ha decidido que no hace falta su apoyo; estamos afrontando irrealidades, y por eso siente que no necesita estar en guardia.

Esto define, pues, nuestro problema. En este mundo de emergencias triviales y decisiones sin importancia, el hombre ha adquirido una dependencia de la conciencia de la parte izquierda del cerebro que domina su existencia. Se ha acostumbrado de tal forma a esa conciencia «ligera», con su concomitante sentido de irrealidad, que ha olvidado casi por completo qué es la «conciencia real». Su «otro yo» está casi permanentemente libre de servicio.

¿Cómo persuadirle para que vuelva a realizar su trabajo de «apoyo» a la conciencia de la parte izquierda del cerebro? Se han sugerido numerosos métodos. D. H. Lawrence pensaba que el sexo era la respuesta. Hemingway abogaba por la «aventura», la caza mayor, las corridas de toros, etc. Pero Gurdjieff pensaba que eso era insuficiente. Ese «otro yo» ha de ser sacudido y despertado una y otra vez, día tras día. Hay que socavar la «personalidad» (la conciencia de la parte izquierda del cerebro) por medio de crisis y desafíos inesperados. Por supuesto, el conocimiento (la comprensión de los mecanismos de la «computadora») también es importante. Pero, una vez más, el conocimiento teórico fortalece el ego racional, lo que Lawrence llamaba «la conciencia de la cabeza». Por tanto, la solución correcta está en el equilibrio: el conocimiento teórico combinado cuidadosamente con el «esfuerzo». Ésta era la solución de Gurdjieff, que Ouspensky convirtió en un sistema rígido.

A Gurdjieff no se le escapaban los peligros que entraña la rigidez. Se daba cuenta de que en asuntos tan difíciles y complejos como éste -el intento de comprender el misterio del ser interior del hombre-, el lenguaje puede traicionarnos fácilmente. Es necesario mantener una actitud abierta y contemplar el problema desde ángulos muy distintos. La consecuencia es que quienquiera que lea los tres libros de Gurdjieff y examine después el contenido de sus conferencias a través del relato de sus discípulos, se sentirá a menudo sorprendido por sus contradicciones. Esas contradicciones demuestran que Gurdjieff no era el receptor de un «conocimiento antiguo y misterioso», que pasaba a sus seguidores como si fueran las tablas de la ley. Era un genial psicólogo, cuyas teorías estaban en constante desarrollo. Su supuesto fundamental era que el hombre es una gran computadora, con muchos niveles de control. En el momento actual, tiene tan escaso control de esa gran máquina que prácticamente se ha convertido en su esclavo. Pero teóricamente podría alcanzar un control *total*. Y dado que los recursos de la computadora parecen más importantes de lo que nadie haya sido capaz de imaginar, en teoría podría llegar a convertirse en el rey de los dioses.

En consecuencia, su tarea fundamental radica en *conocer la computadora*. Esto no es excesivamente difícil, al menos en teoría. Requiere simplemente una auto observación constante. Pero la segunda tarea es mucho más complicada. Cuando mejor se realiza la auto observación es cuando nos hallamos en un estado de penetración psicológica e intensidad, cuando las «dos conciencias» están en armonía y actúan en cooperación estrecha. *¿Cómo alcanzar ese estado a voluntad?* Si existiera un método sencillo para conseguirlo, habrían terminado los problemas del hombre. Si, por ejemplo, fuera posible conseguirlo a través del sexo, o de las corridas de toros, o ingiriendo alguna droga, habría solucionado el problema crucial de su evolución. Por desgracia, a juzgar por quienes los propugnaban, ninguno de esos métodos resulta satisfactorio a largo plazo.

¿Y qué decir del «Sistema» de Gurdjieff? Ciertamente, produce resultados mucho más espectaculares. Sin embargo, ya hemos visto también que podía hacer que sus discípulos se sintieran muy mal, en un estado de gran agotamiento y confusión. Para muchos de ellos, el resultado final no era tan satisfactorio como el que esperaban. Así, Bennett se convirtió más tarde en el discípulo del «Mesías» indonesio Pakh Sobuh y después se convirtió al catolicismo, lo que indica claramente que el «Sistema» no había permitido la realización de algunos aspectos de su naturaleza.

Hasta ahora he mantenido deliberadamente mis opiniones y actitudes en un segundo plano, pero llegados a este punto me parece necesario reconocer que, después de tres decenios de analizar las ideas de Gurdjieff, creo que *había* una serie de aspectos, limitados pero importantes, que el maestro de la auto observación no supo tener en cuenta.

El extraordinario énfasis de Gurdjieff en el «mecanicismo» del hombre y en las dificultades de escapar de él aunque fuera por un momento, parece implicar que los momentos de «no mecanicismo» son raros o inexistentes. Pero, como ya hemos señalado, esto no es cierto. Los seres humanos experimentan constantemente instantes en los que están plenamente despiertos, vislumbres de libertad. D. E. Lawrence describe uno de ellos en *Los siete pilares de la sabiduría*:

Comenzamos en uno de esos amaneceres claros que despiertan los sentidos con el sol, mientras el intelecto, cansado después de pensar durante la noche, estaba todavía dormido. Durante una o dos horas, los sonidos, aromas y colores del mundo impresionaron al hombre de forma individual y directa, no filtrados por el pensamiento; parecían existir plenamente por sí mismos.

En efecto, la parte izquierda del cerebro («el intelecto») estaba dormida todavía. Así pues, Lawrence se hallaba en un estado similar al de la hipnosis, en el que la parte derecha del cerebro percibía las cosas

directamente, sin las trabas de su «naturaleza tamizada por el pensamiento». Estos momentos no son raros; como afirma Wordsworth, los niños los experimentan constantemente; e incluso cuando las «sombras de la prisión» comienzan a rodearnos, las personas saludables todavía los experimentan con relativa frecuencia en momentos de expectación optimista», «experiencias cumbre».

Lo más interesante respecto a estas «vislumbres» es lo que podríamos llamar su «contenido de significado». Greene afirma que cuando su revólver no efectuaba el disparo «era como si se hubiera encendido una luz... y sentía que la vida tenía un número infinito de posibilidades». Lo mismo ocurre con todas estas experiencias. Producen un sentido de *revelación*, de «absurdas buenas noticias», un sentimiento de que el mundo es infinitamente mucho más significativo de lo que habitualmente pensamos. La razón es clara. Habitualmente «vemos» el mundo a través de las gafas de los cristales oscuros del ego racional (el «Yo» que hay dentro de mi cabeza reside en la parte izquierda del cerebro). Cuando apartamos accidentalmente los cristales oscuros, nos sentimos sorprendidos ante la variedad de significados olvidados que aparece ante nosotros. Sin duda, hay muchas cosas que la parte izquierda del cerebro no tiene en cuenta, y por ello se ve dominada por el pesimismo. Pues bien, éste es el problema de la conciencia ordinaria. Ésta es la razón por la que somos esclavos del robot. La conciencia ordinaria lleva incorporado el supuesto de la falta de significado. Y es esa falta de significado la que dispara el mecanismo del sueño. (Cuando uno siente que no hay nada hacia lo que dirigir la atención, se siente aburrido y somnoliento.) Si pudiéramos hacer aparecer el significado a voluntad, tal como lo conseguía Greene con su ruleta rusa, desaparecería el problema del «sueño». El *significado* nos despertaría más eficazmente que ningún esfuerzo violento y agotador. El significado crea inmediatamente la energía. Sería suficiente si consiguiéramos localizar el interruptor de la «luz» que Greene accionaba al apretar el gatillo.

Pero al expresar el problema de esta forma olvidamos un factor importante. Las «dos conciencias» del hombre *están* interconectadas. Lo consciente y lo inconsciente no operan como entidades separadas, y lo mismo ocurre con las dos mitades, derecha e izquierda, del cerebro.

Es importante comprender la forma en que actúa la «negatividad». Cuando nos despertamos por la mañana, es nuestro ego racional el que afronta el mundo. Si «Yo» veo que llueve y recuerdo que tengo una cita con el dentista y que el director del banco quiere hablar conmigo sobre el descubierto de mi cuenta bancaria, me siento hundido y sin *energía*. Pero cuando me siento alegre y lleno de expectativas, surge una fuente de energía de mi mente inconsciente; el significado crea la energía. A la inversa, cuando me siento triste y desilusionado, mi energía parece agotarse. La sensación resultante de fatiga intensifica la desilusión y ésta, a su vez, intensifica la fatiga, a menos que aparezca algún factor que consiga alegrarme. Es decir, se produce un efecto de *retroalimentación*

*negativa* entre mis «dos Yoes».

Si, por el contrario, me despierto con el sol brillante de la mañana y recuerdo que al cabo de unas horas iniciaré mis vacaciones, mi ego racional reacciona con satisfacción y experimento el comienzo de un agradable brillo interior. Se ha producido entonces una «retroalimentación positiva».

Vemos aquí que aunque es el «inconsciente» el que controla la provisión de energía, sus decisiones están totalmente dirigidas por las *sugerencias* del «ego racional». Si soy una persona débil y autocompasiva, esas sugerencias serán en su mayor parte negativas y me sentiré exhausto y deprimido durante casi todo el tiempo. Pero si soy una persona alegre y racional, mi inconsciente responderá a las sugerencias positivas, mi sentido de significado, manteniéndome bien provisto de energía. Además, esta energía hará que el mundo *parezca* más feliz y luminoso - induciéndome a ver *nuevos significados*- y confirmará mi optimismo.

Cuando consideramos la humanidad moderna en general, hay un hecho que destaca con toda claridad: nuestra actitud básica frente a la existencia tiende a ser negativa, teñida de desconfianza. Esto indica que la mayor parte de nosotros ha caído en el hábito de la «retroalimentación negativa». Parece haber razones de peso para ello: la vida moderna es difícil y compleja; la humanidad afronta numerosos problemas. Pero quien haya comprendido las ideas de Gurdjieff sabrá que esas «razones» carecen de importancia. Sería igualmente cierto si dijéramos que la humanidad se siente más feliz y confortable que nunca. El auténtico problema es nuestro *hábito de negación*.

Gurdjieff nos enseñó que ese hábito es estúpido e innecesario. Lo que realmente importa respecto al hombre es que posee la posibilidad de alcanzar una libertad real, una vez ha comprendido el hecho de que, en este momento, su vida es casi totalmente mecánica. Necesita enfocar el reflector de su razón, sus procesos analíticos, sobre sus supuestos inconscientes.

Es al enfocar el reflector sobre las actividades contrastadas de nuestras «dos conciencias» cuando comprendemos una verdad fundamental respecto a la existencia humana, una verdad que, desde mi punto de vista, Gurdjieff sólo entendió parcialmente. El ego racional tiende a ser pesimista porque ve las cosas *demasiado cerca*. Es algo así como intentar juzgar la valía de un gran cuadro examinando el lienzo a través de una lupa o de un microscopio. En realidad, ese examen, por muy concienzudo que pueda ser, no nos permitirá descubrir lo que el artista intentó expresar en ese cuadro. En cambio, la conciencia de la parte derecha del cerebro se mueve en el terreno del significado, de los modelos globales. Y, como hemos visto, la conciencia pura de la parte derecha del cerebro produce siempre el sentimiento de deleite total, de «buenas noticias absurdas».

En resumen, la «visión de gusano» de la parte izquierda del cerebro

es negativa por naturaleza, mientras que la «visión de pájaro» de la parte derecha del cerebro es positiva por naturaleza, y revela panoramas de significado e interconexión que resultan invisibles para el gusano.

El problema práctico, el problema que afrontamos todos los días de nuestra vida, es decidir cuál de los dos dice la verdad. Pero a menos que comprendamos que uno de ellos se mueve en el terreno de la «percepción inmediata» y el otro en el de la «percepción del significado», no podemos sopesar su testimonio. En primer lugar, es la parte izquierda del cerebro la que intenta sopesar ese testimonio. En segundo lugar, «los momentos de visión» son mucho menos numerosos que los momentos de aburrimiento y desilusión, de forma que, por razones puramente aritméticas, nos sentimos inclinados a creer el testimonio negativo. Pero lo que debemos saber es que el «ego racional», pese a toda su lógica y claridad de percepción, es fundamentalmente un microscopio, que sólo puede ver las cosas de forma fragmentaria. Es posible que el «otro yo» no posea capacidad de expresión, pero capta de forma instantánea el significado. Cuando hayamos comprendido esto, no tendremos duda alguna respecto a cuál es el testimonio que debemos aceptar. La parte izquierda del cerebro no es, en esencia, mentirosa, pero su visión parcial induce a sacar conclusiones incorrectas sobre el mundo. Su posición es la misma que la de los mendigos ciegos de la parábola de Ramakrishna, que intentan describir un elefante simplemente mediante el sentido del tacto.

Pero he aquí la prueba más convincente de todas: cuando la parte derecha y la parte izquierda alcanzan uno de los momentos poco frecuentes de armonía -esos momentos extraños y relajados que parecen combinar la penetración psicológica con la excitación intelectual-, la parte izquierda del cerebro aparece totalmente convencida de que la derecha tenía razón en todo momento. Ahora ve con claridad que su pesimismo se basaba en una falsa interpretación de hechos insuficientes; se produce una sensación de revelación directa que sólo puede expresarse con estas palabras: «*por supuesto!*».

Ahora bien, dado que, por naturaleza, la parte izquierda del cerebro realiza tan sólo una percepción fragmentaria, el problema parece insoluble... hasta que comprendamos que éste es un problema que resolvemos cada día de nuestra vida. De hecho, la parte izquierda del cerebro está continuamente aceptando verdades que son contrarias a sus propias percepciones. La percepción inmediata dice que el Sol gira en torno a la Tierra y que la Tierra es llana; pero no tiene dificultad en aceptar la teoría copernicana. La percepción inmediata dice que un libro es un objeto bidimensional, pero acepta con toda naturalidad que tiene tres dimensiones.

Lo que es más claro todavía es que las percepciones de la parte izquierda del cerebro dicen que un libro es tan sólo una combinación de papel y tinta negra y, sin embargo, sabe perfectamente bien que un libro tiene otra dimensión, que lo que importa respecto al libro es su contenido, su *significado*. Un niño a quien le gusta mucho leer siente una especie de

placer instintivo a la vista de un libro. Pero *no* es instintivo; es «aprendido». Tal vez la parte izquierda del cerebro es escéptica por naturaleza, pero ha sido entrenada para creer.

De todo esto se deduce que el corolario de las ideas de Gurdjieff podría ser más importante e interesante de lo que creyó el propio Gurdjieff. Él dedicó toda su vida a resolver el problema de cómo unir las «dos conciencias», de forma que la esencia y la personalidad puedan desarrollarse en armonía. Ideó todo tipo de métodos para conseguir despertar a la «esencia», para rescatar el ego de su sentido del absurdo y de la irrealidad. Sin embargo, no se dio cuenta de que poseemos ya un facultad para hacerlo espontáneamente. La mente no necesita que la despierten; puede ser educada para estar despierta. Todo lo que hace falta es un cambio de actitud. El ego racional ha adquirido un hábito de desconfianza fuertemente enraizado. El hombre occidental afronta sus «momentos de visión» con un cierto escepticismo, como si equivalieran a estar borracho. Si comprendemos las diferentes funciones de las «dos conciencias», nos daremos cuenta de que esta desconfianza es innecesaria. Los «momentos de visión» nos estaban diciendo la verdad en todo momento. En el momento en que *comprendamos* esto -de una forma racional y lógica, como comprendemos que la Tierra es redonda- comenzaremos a *ver* la visión de la posibilidad infinita que Greene experimentaba cuando jugaba a la ruleta rusa, pero tendremos una visión permanente y no una vislumbre súbita.

La experiencia de Greene pone de relieve otro aspecto al que Gurdjieff no prestó la atención necesaria. El cerebro posee un *mecanismo* para liberarnos del robot, un mecanismo que yo he comparado con un poderoso muelle en espiral. Si intentamos contraer ese «muelle» mediante un acto de voluntad, mediante la concentración, el esfuerzo nos resulta doloroso y agotador. Una crisis súbita resulta mucho más efectiva. Sin embargo, lo realmente importante es que comprendamos que *podemos* contraerlo mediante un esfuerzo determinado de la voluntad. El «músculo» mental que utilizamos para ese propósito no está desarrollado, pero es posible desarrollar todos los músculos. En realidad, si tomamos la costumbre de contraer ese «músculo» de atención o concentración, nuestra capacidad para utilizar el «muelle» no tardará en desarrollarse.

Y llegados a este punto, podemos responder con más precisión a la pregunta: ¿Cómo podemos convencer a la parte derecha del cerebro para que vuelva a asumir su tarea de «apoyar» a la conciencia de la parte izquierda del cerebro? La solución radica en el hecho de que la conciencia de la parte derecha del cerebro se mueve a un ritmo mucho más lento que la parte izquierda. La parte izquierda del cerebro siempre tiene prisa, lo cual explica por qué reduce el mundo a símbolos, a superficies planas, bidimensionales. Cuando miramos algo muy rápidamente, sólo apreciamos sus características superficiales. Si, cuando tengo prisa, algo llama de pronto mi atención y despierta mi interés, inmediatamente

*aminoro la marcha*, tal como lo haría con un coche al pasar ante un paisaje interesante. Pues bien, ese acto mental de aminorar la marcha revela, de manera inmediata, delicados matices de significado que antes no había apreciado porque tenía demasiada prisa.

En realidad, el hombre inventó el arte con el propósito específico de que le hiciera aminorar su propia marcha. No es posible gozar en una galería de arte o en un concierto sin «relajarse» y prestar una atención total a los cuadros o a la música.

¿Qué ocurre cuando «aminoramos la marcha» y nos sumergimos profundamente en un libro o en una pieza musical? Lo que ocurre es que comienza a aparecer «otra dimensión» de significado. De pronto, tomamos conciencia de nuestros sentimientos, de nuestros estados interiores, al mismo tiempo que nos sumergimos en el libro o en la sinfonía, es decir, alcanzamos de forma natural y sin un esfuerzo exagerado el estado de autorrecuerdo. Y ocurre un fenómeno interesante. Si pensamos en el «yo» de hace una hora, apresurándose entre la multitud, tenso por efecto de la ansiedad, lo consideramos con una especie de superioridad. Ya no nos sentimos identificados con él. Nuestro «centro de gravedad personal» se ha desplazado de la parte izquierda a la parte derecha del cerebro. Ahora nos «identificamos» con ese yo más relajado y perceptivo.

Esto no quiere decir que la respuesta radique simplemente en la «relajación». La relajación habitual no produce el desplazamiento del «centro personal de gravedad». Lo importante aquí es el *acto mental* que nos induce a aminorar la marcha. Reduzco la velocidad porque estoy profundamente interesado, porque se requiere toda mi atención. (Pensemos, por ejemplo, en un hombre que está desactivando una bomba sin explotar.) Además, el proceso de aminorar la marcha implica también al «muelle» que controla nuestra provisión de energía. Realizar un esfuerzo deliberado y determinado de voluntad significa automáticamente aminorar la marcha. De hecho, ese proceso se puede conseguir mediante un esfuerzo deliberado de concentración.

Es de extraordinaria importancia comprender que lo importante *no* es la relajación en sí misma. Lo fundamental es la razón que hay detrás de la relajación: el reconocimiento de que nuestra percepción ordinaria no llega a descubrir la realidad del mundo. Si sospecháramos que un extraño al que vemos en un tren es un conocido nuestro que va disfrazado, le miraríamos con gran intensidad *intentando penetrar el disfraz*. En este caso, la base del «acto mental» sería la sospecha de que la percepción ordinaria nos está engañando y el deseo consiguiente de profundizar la percepción. Es éste un acto que realizamos instintivamente cuando experimentamos un placer intenso: el deseo de refrenar el fluir, habitualmente impetuoso, de la conciencia.

Una vez se ha alcanzado esta percepción de «otra dimensión», se produce una sensación instantánea de alivio y un flujo inmediato de vitalidad, un sentimiento de renovación. El significado hace que se produzca energía. En este estado podemos reconocer con toda claridad

cómo la «conciencia ordinaria» agota nuestras energías sin renovarlas. En el momento en que la conciencia conecta con el significado, comienza el proceso de revitalización.

No es difícil ver por qué el énfasis de Gurdjieff en el «esfuerzo y más esfuerzo» era contraproducente. Y esto nos lleva a plantearnos un inquietante interrogante: ¿Cómo es posible que a un psicólogo tan perspicaz como Gurdjieff se le escapara la importancia fundamental del proceso de aminorar la marcha, de poner el énfasis en el *significado*? Creo que podemos hallar la respuesta en el primer capítulo de *Relatos de Belcebú*, en que habla de la naturaleza de las «dos conciencias independientes» del hombre. Afirma que una de ellas es la conciencia «mecánica», creada por la experiencia (es decir, el robot), y la otra, la conciencia «hereditaria» o instintiva. (Añade que la conciencia hereditaria es lo que llamamos el «subconsciente» y que debería ser nuestra conciencia real.) Esta división ignora el hecho importante de que la conciencia «mecánica» se ocupa de lo «inmediato», mientras que la otra conciencia se centra en los modelos y significados globales.

Gurdjieff insiste en su concepción errónea en el capítulo en el que habla sobre el «órgano Kundabuffer», donde Belcebú explica cómo el hombre quedó atrapado en la ilusión. Gurdjieff relata que a una comisión de arcángeles le preocupaba que el hombre pudiera desarrollar la «razón objetiva» y, por eso, se opuso al objetivo básico en este planeta, proporcionar «alimento a la Luna». Los arcángeles decidieron impedir esa posibilidad, implantando en el hombre un órgano llamado Kundabuffer, que distorsionaría su percepción y le haría confundir la ilusión con la realidad. Podríamos ver en esta historia la versión de Gurdjieff de la leyenda del pecado original, la «catástrofe primordial» de Newman, en la que se ve implicada toda la humanidad,

Pero, como hemos visto, no se trata de una cuestión de ilusión, sino simplemente de la *percepción parcial* del ego racional. La proximidad nos priva del significado. Al crear una leyenda de ilusión o pecado, Gurdjieff da a su filosofía una orientación pesimista. Esta tendencia se ve subrayada por la historia de las ovejas y el mago, citada por Ouspensky (*En busca de lo milagroso* (pág. 219 de la edición inglesa). El mago era demasiado avaro como para contratar pastores. Por ello, hipnotizaba a sus ovejas diciéndoles que eran inmortales, de este modo no sufrirían daño alguno cuando las despellejaran; al contrario, disfrutarían con ello. También les decía que el mago era un buen señor que amaba a su rebaño. Estos razonamientos servían para garantizar la docilidad de las ovejas hasta que llegaba el momento de conducir las al matadero. Ésta, añadía Gurdjieff, es una ilustración perfecta de la posición del hombre. De nuevo estamos, pues, ante una filosofía pesimista. La necesidad de escapar se convierte en una cuestión de urgencia extrema, en un asunto de «esfuerzo y más esfuerzo».

Esto nos sitúa ante otra cuestión mucho más personal y delicada. Al igual que a los discípulos de Gurdjieff del Prieuré, ha llamado mi

atención la tendencia de Gurdjieff a sufrir accidentes durante toda su vida. Por lo general, son las personas desgraciadas las que tienen tendencia a sufrir accidentes. Es como si un poderoso sentido de finalidad generara un sistema intuitivo de defensa. Es cierto que Gurdjieff era un pésimo conductor, pero parece que los dos accidentes más graves que sufrió no son imputables a errores suyos.

Creo que la tendencia a sufrir accidentes tiene relación con su costumbre de relacionarse con gran número de personas. Por supuesto, consideraba que ésa era la forma lógica de comunicar sus enseñanzas, pero todos sus intentos de crear un instituto fracasaron. La guerra y, posteriormente, la revolución dieron al traste con el instituto ruso. La revolución de Atatürk fue la causa de su marcha de Turquía. La revolución alemana frustró las esperanzas de crear un instituto en Berlín. El ministerio del Interior británico acabó con sus intentos de establecer un instituto en Hampstead. Con extraordinarias dificultades, Gurdjieff adquirió el Prieuré, para ver cómo antes de que transcurrieran dos años sus esperanzas se veían truncadas por un accidente de coche. Finalmente, se vio obligado a hacer lo que debería haber iniciado muchos años antes: plasmar por escrito sus ideas. El resultado fueron dos libros extraordinarios: *Relatos de Belcebú* y *Encuentros con hombres notables*. Pero abandonó a medio escribir *La vida no es real sino cuando yo soy* y volvió de nuevo al agotador trabajo de enseñar sus ideas directamente. La lectura de *Relatos de Belcebú* -que describe William Seabrook- pone de relieve que esperaba que sus escritos causaran un impacto inmediato. Por desgracia, la incompreensión total de la gente culta corriente le convenció de que ésa no era la respuesta.

Si Ouspensky hubiera publicado *En busca de lo milagroso* en 1930 -en la época en que Gurdjieff daba los últimos toques a *Relatos de Belcebú*, indudablemente hubiera causado el impacto que *Relatos de Belcebú* no consiguió. Pero la visión estrecha y puritana del «trabajo» que tenía Ouspensky le convenció que escribir era una actividad prohibida. De hecho, la publicación final de su propio libro, así como la de numerosos libros brillantes de otros individuos comprometidos en «el trabajo», demostró más allá de toda duda que la esencia de las ideas de Gurdjieff puede ser transmitida perfectamente por medio de la palabra escrita. Como afirma insistentemente Bennett, es posible que haya aspectos de la enseñanza que sólo pueden comunicarse directamente de profesor a discípulo, pero, en general, las ideas de Gurdjieff se comprenden mejor cuando se leen y se discuten.

Creo que esto explica por qué Bennett cree que en sus últimos años, Gurdjieff era un hombre triste. El trabajo al que había dedicado toda su vida era extraordinario; había partido en busca del conocimiento oculto y lo había encontrado. El «Sistema» que construyó era, en el contexto de la cultura occidental, de extraordinaria originalidad. Es perfectamente comprensible que deseara que sus ideas ejercieran la mayor influencia

posible en el mundo del siglo XX. Eso no era vanidad; todos los pensadores experimentan el deseo de comunicar sus ideas. Eso es parte del impulso evolucionista. Sin embargo, Gurdjieff fue prácticamente un desconocido durante toda su vida. En el libro *God is My Adventure* de Rom Landau, uno de los pocos escritos sobre Gurdjieff publicados en vida de éste, Gurdjieff aparece tan sólo como uno más en medio de una galería de personajes en la que estaban incluidos Rudolf Steiner, Krishnamurti, Shri Baba, el doctor Frank Buchman y George Jeffreys. Irónicamente, se dedica a Ouspensky todo un capítulo; a Gurdjieff se le menciona tan sólo brevemente, pero en ningún momento se dice que la «guerra contra el sueño» fuera una idea de Gurdjieff y no de Ouspensky.

Creo que la tragedia de Gurdjieff fue abandonar el proyecto de difundir sus ideas por escrito y reanudar el único oficio que conocía: el de maestro. Por las referencias que diversos autores -Fritz Peters, Margaret Anderson, Irmis Popoff- hacen de sus alumnos, parece evidente que éstos ponían a prueba su paciencia. En conjunto, un «maestro» no puede elegir a sus discípulos, sino que tiene que aceptar lo que le envía el destino. Inevitablemente, un elevado porcentaje de ellos son estúpidos. Pocos discípulos como Bennett u Ouspensky pueden haber consolado a Gurdjieff de la pobre calidad de tantos otros. Pero, sin duda, algunas veces Gurdjieff debió sentir que el destino le había hecho cargar con una cruz demasiado pesada. De haberse convertido en un autor conocido, Gurdjieff podría haber esperado a que la gente acudiera a él. Pero en lugar de actuar así, eligió el camino más difícil. Su optimismo era extraordinario y su vitalidad inmensa. Sin embargo, parece que tenía que ayudarse bebiendo grandes cantidades de coñac y fumando enormes cigarros puros. Era el tipo de hombre que uno esperaría ver vivir hasta los noventa años, pero lo cierto es que murió cuando apenas superaba los setenta. En la época de su muerte, Gurdjieff debía preguntarse si sus ideas le sobrevivirían. Transcurridos cinco años, no había duda sobre eso. Gurdjieff tuvo la mala fortuna de no saber nunca hasta qué punto había triunfado.

Si pudiéramos resumir las ideas de Gurdjieff en una frase, diríamos que el hombre es como un reloj de péndulo impulsado por un minúsculo resorte, o como un enorme molino de agua movido por un hilillo de agua cenagosa. La extraña paradoja es que, a pesar de que la fuerza motriz sea inadecuada, parece existir un enorme y complejo mecanismo. Al igual que una escala, el hombre posee numerosos niveles. El problema es pues muy claro: hay que incrementar la fuerza motriz. Tal vez el hombre sea bastante mecánico, pero puede elegir si desea vivir en un estado vacío e hipnotizado, o pensando que al otro lado de la cortina de la realidad de cada día existe un significado extraordinario, que espera ser revelado para producir un sentido de finalidad.

El «Sistema» de Gurdjieff es, probablemente, el intento más extraordinario de toda la historia del pensamiento humano para lograr

que nos demos cuenta del potencial existente en la conciencia humana. Aunque él quizás no lo supiera, el trabajo de toda su vida *había* alcanzado su objetivo.

## Bibliografía

### Obras de Gurdjieff

*Relatos de Belcebú á su nieto*. Hachette, Buenos Aires, 1980.

*Encuentros con hombres notables*. Hachette, Buenos Aires.

*The Herald of Coming Good. First Appeal to Contemporary Humanity*. París, 1933 (reimpreso por Samuel Weiser, Nueva York, 1973).

*Life is Real Only Then, When 'I Am' (All and Everything, Third Series)*. Triangle Books, Nueva York, 1975 (edición de uso privado).

### Obras de Ouspensky

*Tertium Organum*. Kier, Buenos Aires, 1982.

*Un nuevo modelo del Universo*. Kier, Buenos Aires, 1980.

*Psicología de la posible evolución del hombre*. Hachette, Buenos Aires, 1984.

*Fragmentos de una enseñanza desconocida (en busca de lo milagroso)*. Hachette, Buenos Aires, 1968.

*Charlas con el diablo*. Hachette, Buenos Aires, 1982.

*The Fourth Way. A Record of Talks and Answers to Questions*. Routledge and Kegan Paul, Boston, 1975.

*The Strange Life of Ivan Osokin*. Hermitage House, Nueva York, 1955.

### Obras de John Bennett

*Gurdjieff: haciendo un mundo nuevo*. Sirio, Málaga, 1986.

*The Dramatic Universe. 4 vols.* Hodder and Stoughton, 1956-1966.

*Gurdjieff: A Very Great Enigma*. Coombe Springs Press, 1963.

*Gurdjieff Today*. Coombe Springs Press, 1974.

*Is There 'Life' on Earth? An Introduction to Gurdjieff*. Stonehill, Nueva York, 1973.

*Gurdjieff: Making a New World*. Turnstone Press, Santa Cruz, California, 1973.

*Witness. The Autobiography of John G. Bennett*. Turnstone Press, Santa Cruz, California, 1974.

*What Are We Living For?* Hodder & Stoughton, 1949; Coombe Springs Press, Charles Town, WV.

### Obras acerca de Gurdjieff

Hartmann, Thomas de: *Nuestra vida con el señor Gurdjieff*. Hachette, Buenos Aires, 1979.

Nicoll, Maurice: *Comentarios psicológicos sobre las obras de Gurdjieff y Ouspensky*. Kier, Buenos Aires, 1980.

Pauwels, Louis: *Gurdjieff*. Hachette, Buenos Aires, 1982.

Walker, Kenneth: *Enseñanza y sistema de Gurdjieff*. Dédalo, Buenos Aires, 1976.

Anon: *Guide and Index to All and Everything: Beelzebub's Tales to His Grandson*. Traditional Studies Press, Toronto, 1973.

Anon: *Gurdjieff: Views From the Real World. Early Talks as Recollected by his Pupils*. Routledge and Kegan Paul, Boston, 1973.

Anderson, Margaret: *The Unknowable Gurdjieff*. Routledge and Kegan Paul, Boston, 1962.

- Butkowsky-Hewitt, Anna: *With Gurdjieff in St Petersburg and Paris*. Routledge and Kegan Paul, Boston, 1978.
- Hulme, Kathryn: *Undiscovered Country: In Search of Gurdjieff*. Little, Brown and Co., Boston, 1966.
- Nott, C. S.: *Teachings of Gurdjieff. The Journal of a Pupil*. Routledge and Kegan Paul, Boston, 1961.
- : *Journey Through This World. The Second Journal of a Pupil*. Routledge and Kegan Paul, Boston, 1969.
- Peters, Fritz: *Boyhood With Gurdjieff*. Gollancz, 1964.
- : *Gurdjieff Remembered*. Samuel Weiser, Nueva York, 1971.
- : Popoff, Irms B.: *Gurdjieff: His Work on Myself, With Others, For The Work*. The Aquarian Press, Stockbridge, MA, 1978.
- Reyner, J. H.: *The Diary of a Modern Alchemist*. Neville Spearman, 1974.
- : *The Gurdjieff Inheritance*. Turnstone Press, Santa Cruz, California, 1985.
- Travers, P. L.: *George Ivanovitch Gurdjieff*. Traditional Studies Press, Toronto, 1973 (ampliación de un artículo aparecido en *Man, Myth and Magic*).
- Walker, Kenneth. *Venture With Ideas*. Jonathan Cape, 1951 (reimpreso por Neville Spearman, 1971).
- : *The Making of Man*. Routledge and Kegan Paul, Boston, 1963.